

Primavera en
Kingeston House 5

El DUQUE busca una *esposa perfecta*



ENCARNA MAGÍN

Selecta

El duque busca una esposa perfecta

SERIE

Primavera en Kingeston House 5

Encarna Magín

Selecta

lectuepub2.com

Capítulo 1

Otoño de 1816, Londres.

Los ojos verdes de Edward, duque de Kingeston, estaban fijos en la silueta de su hermano Humphrey, marqués de Breence. Este se hallaba frente al espejo de cuerpo entero situado a la salida del vestidor. El ayuda de cámara estaba dando los últimos toques a un frac sobrio y elegante, en tonos oscuros, donde el chaleco de damasco en tono gris era lo único que aportaba algo de luz. Humphrey no era un hombre feliz, y sus ropajes eran un fiel reflejo de cómo se sentía por dentro.

El ayuda de cámara se marchó, cerró la puerta doble de una alcoba de dimensiones considerables, que tenía un aspecto muy masculino: muebles oscuros de líneas rectas, y textiles y alfombras en verdes donde predominaba el tono oliva. La cama era enorme, con postes gruesos, y no tenía ni dosel ni tafetanes.

Edward también iba ataviado de rigurosa etiqueta; sin embargo, él había añadido un chaleco en color cobalto y un pañuelo de seda, atado a modo de corbata en su cuello, en un tono ocre, aportando viveza a su semblante. Se acercó a su hermano y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Hoy va a ser una gran noche, se va a hacer oficial el compromiso entre tú y lady Sarah Walber.

—Sí —soltó sin ninguna emoción.

—¿Estás completamente seguro de seguir adelante con esto?

El marqués medio giró el rostro hacia su hermano.

—Sí, ella será una buena esposa. Además, es hermosa y procede de buena cuna. Tiene unos modales exquisitos y cumplirá con su papel de marquesa a la perfección.

—Pero no la amas.

—No hace falta que la ame, Edward, seguramente tú tampoco amarás a tu esposa.

El duque torció la boca.

—Madre es muy insistente —manifestó en un suspiro largo—, quiere que busque una esposa perfecta la próxima temporada. Pero no estamos hablando de mí.

Humphrey se miró en el espejo. Se había dejado su cabello rizado castaño claro un poco largo y lo llevaba atado en una cinta negra en una cola en la nuca. Varios mechones sobresalían en los laterales y le conferían un aspecto rebelde. Pero lo que más sobresaltaba eran sus ojos verdes, que habían perdido su brillo intenso desde que Marie marchara sin ni siquiera despedirse. La había amado con todos sus sentidos, pero ella se había limitado a enviar una carta a la duquesa viuda anunciando que no pensaba regresar más. Le había dejado un vacío enorme, casi se convierte en un alcohólico y solo gracias a su familia había podido levantar cabeza.

Y cuando aceptó que ella nunca más regresaría, decidió que seguiría con su vida, a pesar de Marie. Todo le fue más fácil de sobrellevar cuando sus primas organizaron varios encuentros con damas; y Sarah fue quien le llamó más la atención. La decisión fue fácil y no se demoró en cortejarla.

—Y yo tampoco quiero hablar de mí, Edward, tengo un futuro y eso es lo que me importa ahora mismo.

—¿Y si te digo que Marie va a regresar?

Humphrey se giró hacia su hermano y achicó los ojos. Su tez había palidecido, la noticia lo había cogido por sorpresa y su respiración se atascó en sus pulmones. Balbuceó una injuria debido a la rabia, pero se obligó a calmarse y respiró con profundidad en su intento por que la noticia no lo afectara.

Edward se metió la mano en el bolsillo de su levita oscura y sacó una carta que alargó hacia el marqués.

—Escribió a madre, dice que va a regresar, que nos echa de menos y que se precipitó en tomar decisiones.

Humphrey se quedó contemplando un buen rato el papel que su hermano sostenía.

—No me interesa lo que Marie diga. —Miró hacia el vestidor, en el cajón de la cómoda guardaba el anillo que le había comprado para pedirle matrimonio, no había podido deshacerse de él y a Sarah le había comprado otro—. Vayámonos, no quiero llegar tarde a la cena y enojar a mis futuros suegros.

Dicho esto, se dirigió a la puerta. Edward no quería dejar la conversación en ese punto. Había detectado en su hermano la furia por el regreso de Marie y eso no era bueno. Suspiró con resignación, se volvió a guardar la carta en el bolsillo y lo siguió.

Ambos enfilaron hacia el salón familiar, donde los esperaba Alexia, la duquesa viuda de Kingeston, de más de sesenta y seis años. Se había ataviado con un vestido de seda gris oscuro de cuello alto, con encajes blanco en el bajo del dobladillo y mangas, y bordado con pequeñas flores plateadas. El cabello lo llevaba recogido en un tocado vaporoso que había adornado con plumas y horquillas con brillantes, que hacían juego con los pendientes y collar.

La anciana dama se levantó tan pronto sus hijos entraron en el salón familiar dividido en dos partes. En un costado estaban los sofás estilo piamontés, y en el otro se hallaba el clavicémbalo. Alexia evaluó a su hijo Humphrey y no detectó ninguna emoción, echó un vistazo a Edward, su

cara de circunstancia le advertía que la charla con su hermano no había ido bien.

—¿Nos vamos, madre? —instó Humphrey, ofreciendo su brazo para que ella posara una mano —. A este paso mis primas y sus esposos llegaran primeros que nosotros.

Sin embargo, la duquesa viuda tenía sus pensamientos en otro lugar.

—Hijo, ¿te ha dado tu hermano la carta que he recibido de Marie? —preguntó preocupada mirando a Edward.

—Sí.

—¿La has leído?

—No me interesa nada de lo que diga Marie, madre.

—Humphrey, piénsatelo, por favor —intervino Edward.

—Escucha a tu hermano —pidió Alexia—, no cometas un error esta noche comprometiéndote con una mujer que no amas.

—No insistáis, por favor —recriminó mirándolos alternativamente—. No voy a cambiar de opinión.

La dama se encogió de hombros y decidió no insistir.

—Tu hermano y yo solo queremos tu felicidad, hijo —puntualizó, al percatarse de la tensión que cubría el rostro de su hijo.

—Seré feliz, os lo prometo —mencionó suavizando su semblante—. Casarme y formar una familia con Sarah es todo lo que necesito. Y espero que me apoyéis.

Alexia y Edward se echaron una mirada rápida.

—Tendrás mi apoyo, Humphrey, bien lo sabes —corroboró su hermano.

—Y el mío —añadió la madre—. ¿Nos vamos? —pidió la dama introduciendo sus manos por el hueco de los codos de sus hijos.

Caminaron hacia la puerta doble del salón familiar y salieron al ancho pasillo, se dirigieron a la salida, donde los esperaba el lujoso carruaje; el cochero, vestido con librea oscura, tricornio y calzas claras a media pierna, estaba en su lugar, en el pescante, y el lacayo mantenía la puerta del vehículo abierta.

—¿Y dónde está Katherine? —inquirió Edward mientras andaban.

—Le he dado fiesta esta noche, hijo.

El duque cabeceó con pesar. Katherine era la dama de compañía de su madre, porque él le pidió, meses atrás, que la acogiera en Kingeston House. Pero desde el primer día no le cayó bien, y era algo que él llevaba mal. Se encontró con ella por casualidad, cuando salía del Banco de Inglaterra. La joven estaba desesperada y buscaba trabajo para que ella y su hermana Evie pudieran salir adelante. No había podido remediarlo, y un sentimiento de protección nació en su interior; por ello decidió ayudarla.

De hecho, la conocía desde que ambos eran unos críos. Por aquel entonces, él vivía con los que creía que eran sus padres verdaderos y ella era hija de la cocinera. Podía decirse que ambos habían crecido juntos en la cocina, donde él había pasado muchas horas, pues habían sido

numerosas las veces que se quedaba solo en su cuarto y, para no aburrirse, jugaba con los niños del servicio.

Y entonces crecieron, y sin darse cuenta se enamoraron. Pero un día, madre e hijas desaparecieron, y nunca supo el motivo. Tampoco, de momento, había tenido oportunidad de preguntárselo, ya que, a pesar de que hacía unos tres meses que era la dama de compañía de su madre, no había podido hablar con ella. A decir verdad, Kathy, tal como la llamaba él, lo evitaba a toda costa.

—Katherine es una buena chica —soltó Edward en un tono recriminatorio.

—No lo pongo en duda, hijo, tiene un buen fondo, pero hay algo en esa mujer que no me encaja.

—Madre, reconoce que no le has dado ninguna oportunidad —repuso Humphrey.

—¿Así que tú te pones del lado de tu hermano? —le recriminó la dama.

—Madre, solo expongo mi opinión. ¡No me regañes! —exclamó el marqués en un tono alegre, en un intento por quitarle hierro al asunto.

Sin embargo, la duquesa viuda estaba crispada. No le agradaba su dama de compañía, no porque no fuera una buena chica, sino porque siempre actuaba con extrañeza. Era incapaz de mirarla a la cara, como si se sintiera culpable de algo. Sin duda guardaba secretos y ella estaba dispuesta a averiguarlos. No se sentía cómoda con que alguien que vivía bajo el techo de los Kingeston tuviera secretos, unos secretos que podían perjudicarlos en el futuro.

—En condiciones normales no la hubiera aceptado, pero te prometí que la contrataría como mi dama de compañía, Edward.

—Y es algo que te agradezco, madre.

—Por cierto, hijo, la otra hija de los condes de Walber debutará el año que viene, sería una buena candidata para ti.

Humphrey no pudo evitar compadecerse de su hermano.

—Oh, madre, todas son buenas candidatas para ti —se quejó el duque.

—No todas, bien lo sabes. Me prometiste buscar la esposa perfecta y yo solo te menciono las que cumplen con los requisitos, y da la casualidad de que esa lady los cumple.

—Te prometí que para la próxima temporada buscaría esposa, y aún quedan unos meses. Dame un respiro.

—Está bien, hijo. —Alexia se detuvo, miro a uno y a otro, sonrió—. ¿Sabéis que soy la dama más envidiada de la aristocracia? Estoy custodiada por los dos solteros más guapos y más deseados de Londres. Ni la realeza supera mi buena suerte.

El comentario arrancó las risas de los nobles, Alexia se sumó a la dicha. Lo cierto era que se sentía inmensamente feliz. Amaba a sus hijos con locura, al igual que a sus sobrinas.

No tardaron en subir al carruaje que los llevó a la mansión de los condes de Walber, que tenían dos hijas. Sarah era la mayor y había debutado hacía dos temporadas; Madeleine era la menor y lo haría en la siguiente. Las dos ladies poseían belleza, tenían el cabello moreno, los

ojos grises, la piel de un blanco inmaculado, las mejillas elevadas y los labios carnosos, por lo que no era de extrañar que acapararan las miradas masculinas.

Sin embargo, a pesar de las semejanzas físicas, la mayor era la más alta, un rasgo que había heredado de su padre, y la menor era bastante más bajita, como la madre. Nadie entendía cómo Sarah no había conseguido un buen partido la temporada anterior, porque la joven tenía cualidades de sobra. Además, era una pieza codiciada dentro del mercado matrimonial. Sin embargo, ella rechazó a todos los pretendientes que se le acercaron. A su padre no le quedó más remedio que intervenir, y le dio un ultimátum, por lo que la lady decidió aceptar el cortejo de Humphrey si no quería desatar la furia paterna.

Al evento también habían acudido también los condes de Hampford (Garrett y Rose); los marqueses de Befast (Cameron y Daisy); los vizcondes de Wilbur (Angus y Lily), los barones de Ferbuth (Owen y Violet) y también estaba la marquesa de Wendy, Lousia Foster, que casi podía decirse que formaba parte de la familia Kingeston. Era un día especial y todos querían estar presentes para felicitar a la pareja. Cuando los invitados llegaron a la velada fueron recibidos con alegría y mucha emoción. Teniendo en cuenta que emparentarse con la poderosa familia Kingeston era de gran valor, algo con lo que muchos aristócratas soñaban, a nadie le extrañó.

La cena transcurrió en un clima de armonía para regocijo de todos, y decidieron que la boda se celebraría unos días antes de Navidad. No obstante, Sarah se mostró ausente durante la velada, se miraba el anillo de compromiso, que lucía en su dedo, como si no fuera real, incluso a veces con algo de desprecio. Nadie le dio importancia a ese detalle y lo adujeron a la juventud y a la timidez de la lady, salvo Humphrey, que tenía mucha experiencia con damas, debido a un pasado cargado de conquistas, y supo que ella dudaba del enlace. Desde luego que no quería empezar un matrimonio en esas circunstancias, por lo que decidió que se lo preguntaría cuando tuviera un momento.

Y ese momento llegó al despedirse. Mientras unos y otros felicitaban a los anfitriones por la velada tan especial que habían pasado, el marqués de Breence apartó a Sarah a un rincón, la tomó de la mano y besó el dedo donde estaba el anillo. Estaba dispuesto a ser un buen esposo, solo así podría salir adelante sin que el recuerdo de Marie aflorara para atormentarlo.

—¿Me permites llamarte por tu nombre? —pidió el lord.

Ella lo miró con sus ojos grises abiertos de par en par.

—Desde luego.

—Tú puedes llamarme Humphrey, si así lo deseas. —Ella asintió y agachó la cabeza en un intento por esconder su miedo, él se dio cuenta y no le gustó que ella lo temiera, cuando no le había dado motivos para ello; sin duda había alguna cuestión que se le escapaba—. ¿Hay algo que quieras explicarme, Sarah?

La dama alzó la barbilla, el aristócrata apreció las mejillas sonrojadas y el brillo desconcertado de sus ojos. Era evidente que su prometida escondía alguna cosa.

—No... —murmuró la joven noble tragando saliva, empezó a temblar.

El marqués sabía que no era de frío, sino de miedo. Se preguntó si era por él, o, por el contrario, había otro motivo. Clavó su mirada verde en la dama y ella no pudo aguantar la tensión, quiso marcharse, pero el marqués la tomó de la muñeca. La lady lo miró, y el lord le sonrió a fin de no asustarla más de lo que estaba.

—Sarah, queda un par de meses para que nos casemos, estoy dando por hecho que es tu deseo tanto como el mío. Si no es así, quiero que sepas que, si hay algo que te perturba, te escucharé, sea lo que sea, te lo prometo.

Ella asintió y se marchó junto a sus padres para despedirse de los invitados. Humphrey la observó, era una dama delicada y bella como una rosa. Pero como las rosas, quizá tenía alguna espina. Decidió que sería amable con la lady a fin de que confiara en él y le hablara de los temores que había detectado en su preciosa mirada gris. En definitiva, Sarah era la mujer que había escogido y se convertiría en su responsabilidad cuando se casaran. A pesar de que no la amaba, no pensaba ignorarla y la ayudaría en todo lo que fuera necesario.

Capítulo 2

La noche era tan oscura como la garganta de un lobo. Katherine había alquilado un pequeño carruaje que la llevaba a una de las calles cerca del puerto. Will Baley la esperaba en la taberna The Anchor, cerca del muelle donde iban los marineros. Sin embargo, no era un lugar seguro, la pobreza inundaba las calles y siempre había altercados entre las prostitutas que buscaban clientes, los borrachos y los delincuentes.

Pero Katherine no tenía alternativa. El detective, caído en desgracia debido a un sinfín de fechorías que le habían pasado factura, la había citado allí porque era un lugar seguro para él. Estaba en busca y captura, y nadie lo reconocería en un lugar como ese, donde la palabra «civilización» era un espejismo, pues en cada rincón abundaban la maldad y la delincuencia.

El carruaje llegó al destino, el cochero le abrió la puerta y, antes de pisar el suelo, le advirtió del peligro que corría allí. Bien lo sabía, pero intentó no pensar en ello, y le aseguró que solo se quedaría un momento. Él le informó que solo la esperaría diez minutos. Después se iría, aunque ella no estuviera, ya que temía que lo asaltaran o lo lastimaran. La mujer no puso ninguna objeción; de hecho, entendía que estar en ese lugar era arriesgar la vida.

Katherine cruzó la calle empedrada, que estaba en malas condiciones. La noche era muy oscura, pero la luz de las velas, que se filtraba por las ventanas al exterior, iluminaba algo el camino, cosa que le permitió ver el letrero de madera colocado sobre la puerta de entrada de la taberna, cuyas letras y el dibujo de un ancla estaban medio desgastados.

De tanto en tanto, soplaba un viento tan helado que arrastraba las hojas secas de otoño por el suelo y su sonido le resultó inquietante. Si bien llevaba una capa azul de lana y unas medias gruesas, no pudo evitar que el aire frío se colara por debajo de su vestido y enfriara su cuerpo. Empezó a temblar y aligeró el paso, entró en la taberna y el hedor a pescado podrido fue un bofetón en sus sentidos. Sin embargo, la chimenea encendida que había en un lateral hacía del lugar un sitio cálido, y dejó de temblar. No se quitó la capucha de su capa, se sentía más segura guardando cierto anonimato. Además, no quería que la confundieran con una de las prostitutas que había allí, de juerga con los marineros.

Un hombre la agarró con fuerza, ella abrió los ojos y giró la cabeza pensando que se trataba de

un borracho o alguien que la quería incordiar, pero se encontró con la mirada parda del detective. No le sorprendió verlo tan cambiado, era su manera de que nadie, ni en un lugar como ese, lo reconociera. Se había dejado el cabello y la barba largos, tenía un tono canoso muy deslucido; aun así, en el brillo de su mirada seguía habitando la maldad.

—Vamos a ese rincón —ordenó el detective señalando con la cabeza una rudimentaria mesa pequeña ubicada en una esquina.

Ella obedeció y se dirigió hasta allí. Se sentó en una silla que crujía y temió que se partiera, de modo que se mantuvo lo más quieta para no tentar a la suerte.

—Y mi hermana, ¿cómo está?

La tabernera, una mujer rechoncha con un escote que dejaba a la vista unos pechos enormes, se acercó a ellos. Llevaba el vestido lleno de lamparones de todas las medidas, y su cabello oscuro era una maraña atada en un moño en lo alto de la cabeza.

—¿Qué vais a tomar?

—Yo, nada —comunicó Katherine.

—Una pinta de cerveza —pidió el detective, mirando los pechos de la mujer; esta pareció darse cuenta.

—Si pagas bien puedo enseñarte mis dos monumentos —sugirió esbozando una sonrisa lasciva, al tiempo que se apretujaba los senos con sus manos llenas de grasa—. Y si pagas un poco más, dejaré que ella sea nuestra espectadora —mencionó mirando a Katherine.

A esta le sobrevino una arcada solo de imaginarlo y tragó saliva, a duras penas pudo controlar su malestar. El bullicio y el hedor que desprendía el local no ayudaban, desde luego. En el rincón contrario, se desató una pelea entre dos borrachos, pero tanto el detective como ella la ignoraron.

—Trae la cerveza —soltó Will con exigencia, dejando claro que no quería nada más de la tabernera.

—Está bien, tú te lo pierdes.

Los gritos del cantinero llamando al orden a los dos borrachos resonaron entre las paredes.

—Tengo prisa, necesito saber cómo está mi hermana —insistió ella mientras observaba al enorme tabernero echar a los borrachos.

El detective sacó un papel del interior de su viejo chaleco.

—Te ha escrito una carta.

Ella la agarró con la respiración entrecortada, se dio cuenta de que estaba abierta, lo censuró con la mirada.

—La has leído —soltó en un tono de reproche.

—No soy estúpido, Kathy, tengo que hacerlo, demasiado indulgente estoy siendo con permitirle que te escriba.

La mujer apretó los labios, odiaba que la llamara por su diminutivo, más que nada porque solo la llamaban así la gente que apreciaba y quería, y a ese hombre que contemplaba estaba muy lejos de tenerle una pizca de estima. Se guardó la carta para leerla más tarde.

—Y ahora hablemos de lo importante —declaró el detective—. Será antes de Navidad que llevaré a cabo mi venganza.

—¿Qué planeas hacerles a Humphrey y a Edward? ¿Los piensas matar?

Will esbozó una sonrisa maliciosa.

—Esa era mi intención al principio, pero he pensado que la muerte sería demasiado poco para ese par de traidores. He tenido una idea mejor para que conozcan el infierno en vida.

Katherine retuvo sus lágrimas. Conociendo a Will como lo conocía, sin duda la crueldad que les esperaba al marqués y al duque sería digna de un plan diseñado por el mismo diablo. Y ella sería culpable también del sufrimiento de ellos. Eran buenos hombres, y Edward seguía siendo como cuando era un niño, una persona atenta que ayudaba a quien lo necesitara, sin tener en cuenta su procedencia. Un alma que tenía mucho por dar y que sentía muy cerca de la suya. Volverlo a ver había supuesto abrir las ventanas de una casa que había permanecido largo tiempo a oscuras, para que entrara la luz a raudales. Su cercanía la colmaba. Su sonrisa la curaba. Su mirada la salvaba. Solo con pensar en él su respiración se entrecortaba.

No sabía cómo podría seguir viviendo después de traicionarlos, pero no podía hacer nada por salvarlos. Evie era su prioridad.

—Está bien, haré lo que me ordenes, ¿qué tengo que hacer?

—Te haré llegar una carta con las instrucciones.

—Supongo que no la enviarás a tu nombre.

Él le sonrió con altanería.

—Desde luego, no he llegado hasta aquí cometiendo estúpidos errores. Enviaré la carta a nombre de tu hermana.

Katherine apretó los labios, lo tenía todo calculado al milímetro.

—Está bien, si no tienes nada más que decirme —se levantó—, tengo que irme antes de que el cochero se marche sin mí.

La mujer no esperó a que él añadiera nada más, echó a andar a la salida, a su espalda escuchó la voz grave de un hombre que llamaba a Will. Ella se medio giró y vio que ambos se saludaban como si se conocieran de tiempo. Dedujo, por la piel cuarteada por el sol, que se trataba de un rudo marinero. Parecía tener unos cincuenta años y tenía una complexión fuerte. Se preguntó qué tipos de negocios unirían a esos dos hombres, pero no hacía falta ser muy lista para adivinar que no sería nada legal.

Echó de nuevo a andar y salió de allí. Respiró con profundidad en un intento por limpiar sus pulmones del hedor y el humo a tabaco de la taberna. Corrió hacia el carruaje, este emprendió la marcha enseguida.

Cuando llegó a Kingeston House entró por la puerta del servicio, el mayordomo le aseguró que la dejaría abierta a cambio de que la cerrara en cuanto regresara, y así lo hizo. Estaba helada, por lo que no se quitó la capa; fue a la cocina y, con las brasas residuales que había en los fogones de la cocina de hierro fundido, calentó agua para hacerse un té.

Después se sentó en una de las sillas que rodeaban una gran mesa rectangular, que se hallaba en el comedor que utilizaba el servicio. Encendió una vela y sacó la carta de su hermana del bolsillo, que dejó sobre la superficie de madera. Dio un sorbo a su bebida caliente y sintió el calor circular por su cuerpo haciéndolo revivir.

Algo más serena, decidió leer las palabras que Evie le había escrito. Desplegó la carta con manos temblorosas. Echaba de menos su voz, su sonrisa, sus abrazos... Las lágrimas inundaron sus ojos, con movimientos furiosos se las secó. Inspiró y empezó a leer. Le decía que la extrañaba y que tenía ganas de volver a casa. Le aseguraba que, de momento, estaba bien y que no se preocupara. Sobre todo le pedía que hiciera todo lo que Will le decía o no la volvería a ver nunca más. Katherine apretó los labios, sabía con seguridad que esto último lo había escrito obligada por Will. Si de una cosa estaba segura era de que su hermana siempre había minimizado sus inquietudes a fin de no preocuparla.

No le decía nada más, pero no pudo evitar fijarse en el trazo tembloroso de las letras. La caligrafía de Evie siempre había sido perfecta, tanto era así que, muchas veces, ella le había dictado sus cartas para que las escribiera. Era evidente que estaba asustada. Se le hizo un nudo en la garganta solo de imaginarlo y se echó a llorar con desconsuelo. Se apretó la carta en el pecho, se levantó y caminó en dirección a su alcoba, mientras las lágrimas brotaban sin parar. Sin embargo, en cuanto alcanzó la lujosa escalinata curva, pegada a la pared, tuvo la necesidad de correr al darse cuenta de que quería gritar de impotencia y subió los peldaños a toda prisa.

Se sentía tan triste, tan destrozada, tan desesperada, que en su precipitación por llegar a su alcoba no se dio cuenta de que Edward estaba en lo alto de la escalera para bajar. No podía dormir y había decidido ir a la biblioteca para coger un libro y leer un poco. Chocó con él y este la agarró de la cintura para que no se cayera de espaldas escalones abajo.

—¡Oh, Dios santo! —exclamó el duque haciendo un movimiento rápido con las piernas para alejarla de la escalinata.

No había mucha luz en el pasillo, salvo la que proporcionaban los apliques con velas encendidas en las paredes. Aun así, fue suficiente para que ambos se miraran a los ojos. Él advirtió las lágrimas de ella y arrugó el entrecejo.

—Kathy... —murmuró—, ¿qué te sucede?

La mujer parpadeó y provocó que las gotas saladas se adhirieran a sus pestañas. Tenía la espalda pegada a la pared y las manos del duque rodeaban su cintura. Edward era alto y ella bajita, y tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Se agarró a la pechera de bata de seda gris con rayas verticales oscuras que él llevaba puesta. Abrió la boca para hablar; en verdad deseaba explicarle el motivo de su llanto, tal vez de este modo la piedra que aplastaba su corazón no dolería tanto. No obstante, la sensatez acudió en su ayuda y le dijo una verdad a medias.

—Echo de menos a mi hermana Evie.

—¿Tienes noticias de ella?

La mujer asintió.

—Sí, me ha escrito una carta, excelencia.

Kathy necesitaba el formalismo para marcar distancias, pues el aroma a sándalo de Edward envolvía su espíritu y calmaba su dolor. Además, con el pasar de los años él se había convertido en un hombre muy apuesto: alto, hombros anchos, caderas estrechas, cabello negro perfectamente peinado. Emanaba una masculinidad arrolladora y su enorme mirada verde no hacía otra cosa que incrementar esa sensación.

—¿Qué dijimos de las formalidades? —le recriminó él.

Ella medio sonrió.

—Que solo utilizaría las formalidades en público —contestó Kathy.

—Y eso me recuerda que desde que estás aquí no hemos podido tener una conversación. —Hizo una mueca torcida—. Me da la impresión de que me evitas.

Kathy empezó a llorar de nuevo al recordar que Will quería lastimarlo de la manera más cruel posible.

—Pertenecemos a clases sociales diferentes —dijo como excusa—. Mi ocupación es ser la dama de compañía de tu madre.

Edward limpió las lágrimas con el dedo índice.

—Eso no es excusa. ¿Te acuerdas qué te hacía cuando llorabas?

La mente de ella reculó varios años atrás. Edward, de niño, siempre se sintió solo, y los que creía que eran sus padres todo el día estaban fuera en fiestas y eventos. Le gustaba bajar a donde estaba el servicio para sentirse acompañado. Su lugar preferido era la cocina donde ella ayudaba a su madre, que trabajaba de cocinera. Crecieron en un espacio cálido mientras el aroma de carnes salseadas, pudines, tartas, panes... que preparaba su progenitora a todas horas impregnaba el ambiente. Él le enseñó a leer entre platos y cacerolas. Compartieron sus sueños para el futuro mientras saboreaban deliciosa comida. Y también le dio el primer beso. No pudo evitar sonrojarse.

—Sí... —musitó la mujer cerrando los ojos.

—Te besaba los párpados —mencionó depositando unos besos suaves y tibios—. Y luego te besaba los labios —explicó posando un dedo en la barbilla femenina para alzar su rostro.

Las miradas de los dos se encontraron en la semioscuridad del pasillo por el que se accedía a las alcobas. Los brillos anhelantes de los ojos de ambos eran piedras preciosas bañadas por la luz tenue.

—Edward, no lo hagas —pidió ella con las manos en el torso masculino, apretando para que se alejara.

El duque quería besar los labios de Kathy, no podía apartar sus ojos verdes de esos rebordes carnosos. Recordaba lo suaves que eran, lo mucho que le gustaban, la manera en que se entreabrían para acoger su lengua. Y tenía hambre de sentirlos de nuevo. Pero ella lo apretaba para alejarlo y no quiso insistir, de modo que dio un paso atrás.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que iba vestida, y con una capa puesta. Arrugó el entrecejo, era evidente que había salido y le extrañaba que hubiera sido a esas horas tan intempestivas. A no ser que...

—¿Has salido? No es prudente que lo hagas sola, Kathy —manifestó con los labios apretados, con los celos adueñándose de su musculatura, que se tensó.

La mujer no sabía qué decir y balbuceó en busca de un pretexto.

—No podía dormir... —explicó con voz temblorosa—. Y salí a pasear un poco.

Las facciones varoniles de Edward se endurecieron, ella abrió los ojos como platos, era evidente que no la había creído y no lo podía culpar. Siempre había habido una conexión entre ellos que iba más allá de lo racional y provocaba que ambos quedaran desnudos ante el otro, como en ese instante.

Kathy se lo quedó mirando con un brillo triste en sus ojos pardos. Le costaba horrores mentirle, pero debía pensar en Evie.

—Me voy a mi alcoba —dijo ella, y empezó a caminar.

Él se apartó para dejarla pasar, la vio desaparecer por el pasillo, entonces Edward empezó a descender la enorme escalinata, con una sensación amarga en el corazón. No entendía por qué ella le mentía, pues nunca lo había hecho. La idea de que no quería decirle la verdad porque había un hombre en su vida, al que seguramente había ido a visitar esa noche, empezó a ponerlo de muy mal humor. Incluso se le fueron las ganas de leer y se dio la vuelta para irse a su alcoba.

Empezó a pensar que, tal vez, su madre tenía razón. Kathy se comportaba de una manera extraña, nada usual en su carácter. Siempre había sido una joven muy audaz, que tenía una palabra amable para todo el mundo. En cambio, esa noche le había mentido, y, también, se había percatado de la mirada triste de ella. ¿Qué era lo que le sucedía?

***

Pasaron dos días y Alexia había invitado a tomar el té a Sarah y a su hermana. Lousia, la marquesa de Wendy, amiga íntima de la duquesa, también estaba presente. Lo cierto era que no había mucho que hacer en Londres en esa época del año, ya que la aristocracia estaba en sus fincas en el campo y regresaban antes de que se iniciara la nueva temporada. Aun así, había muchos que no viajaban, como la familia Kingeston, ya que habían decidido quedarse para acabar de concretar el nuevo negocio familiar: construir una ciudad balneario en Clevedon, que requería de mucho trabajo.

Se hallaban en el salón principal, una estancia amplia y tan lujosa como todo Kingeston House. El techo era artesonado y las paredes las cubrían paneles de madera de excelente calidad. La enorme chimenea, enmarcada en mármol grisáceo con adornos en forja dorado, estaba encendida y emanaba una calidez agradable en un día frío. Había varios candelabros con las velas encendidas, puesto que, a pesar de que era primera hora de la tarde, no había mucha luz

natural. En el exterior, las nubes grises en el cielo presagiaban una lluvia tranquila tan típica de otoño.

Las hermanas Walber estaban sentadas en uno de los sofás con patas cabriolé, en tela de damasco, y tenían una taza de té a la que daban pequeños sorbos. Perpendicular, había dos butacas en las que estaban sentadas Alexia y Lousia. Kathy siempre se mantenía alejada de la familia, era su manera de tomar distancia, ya que la conciencia la martilleaba a todas horas. Sufría por su hermana y porque se vería empujada a traicionar a Edward y a Humphrey, algo que la estaba enfermando. Permanecía en el otro sofá paralelo al que estaban ubicadas Sarah y Madeleine. La primera se alargó para coger una galleta que había en una bandeja de varios pisos repleta de tentempiés salados y un surtido de galletas y pastas.

—Siento que Humphrey no esté aquí —se disculpó la duquesa—, está con su hermano y los esposos de sus primas para hablar de su nuevo negocio en Clevedon; de todos modos, no creo que tarde en venir.

—No se preocupe, ya habrá más momentos de tomar el té juntos —mencionó Sarah.

Llevaba un vestido de manga larga en un tono claro con pequeños bordados florales, y un pañuelo blanco de gasa estaba remetido en su escote bajo. Su rostro estaba enmarcado por varios tirabuzones. Su hermana también vestía con elegancia, y ambas miraban a su alrededor, admirando el lujo que desprendía el salón principal.

—Teniendo en cuenta que se va a casar con el marqués, sin duda disfrutará de muchos tés con él —habló Lousia en un tono divertido, que arrancó una sonrisa a las dos hermanas.

En ese instante se oyeron las risas de Humphrey y Edward, sus pasos amortiguados por las alfombras se hicieron cada vez más intensos, e indicaban que se acercaban. No tardaron en cruzar la doble puerta abierta.

—Buenas tardes, bellas damas —saludó el duque.

—Tú siempre tan galante —mencionó Lousia.

Humphrey se acercó a las hermanas y se inclinó en señal de cortesía.

—Me alegro de veros. Estáis preciosas las dos —elogió el marqués, miró a su prometida y le ofreció su mano para ayudarla a levantarse, ella posó la suya enguantada—. Me alegro de que estés aquí, quería hablarte de un asunto.

La pareja se acercó a la ventana a fin de tener un poco de privacidad mientras Alexia, Lousia, Edward y Madeleine hablaban sobre asuntos banales. Kathy, como era natural en ella, se mantuvo al margen de todo.

—¿De qué quieres hablarme? —inquirió la lady.

—Me gustaría saber dónde desearías vivir.

La dama miró por la ventana. El jardín parecía haber entrado en un letargo y tenía los colores del otoño: anaranjados, rojizos y marrones en todas sus versiones.

—Me da lo mismo, donde tú decidas estará bien.

Hablaba con tan poco entusiasmo que Humphrey hizo una mueca torcida. Quizá la estaba

abrumando, pero eran cosas que necesitaba saber, así que se sinceró.

—Poseo una mansión señorial en Surrey que necesita una buena reforma y había pensado que podría ser nuestra residencia de verano.

Ella apartó la mirada del jardín y lo contempló, le sonrió.

—Me parece una buena decisión.

Él se sintió complacido por haberle arrancado un gesto de aprobación, aunque solo se tratara de una ligera sonrisa. Era más de lo que había conseguido hasta ese momento.

—El problema es que después de nuestra boda debo trasladarme a Clevedon para gestionar el inicio de la construcción de la ciudad balneario, así que me he comprado una mansión y nos trasladaremos a vivir allí una temporada, claro, si tú quieres, desde luego. Entiendo que no desees separarte de tu familia tan pronto, así que no pondré ningún inconveniente si no quieres venir al principio... —Se detuvo en cuanto vio humedad empañar su mirada, estaba al borde del llanto.

—Eres un hombre tan considerado —confesó ella con voz entrecortada—, no sé si te merezco, Humphrey.

Él se atrevió a alargar la mano y le acarició el mentón.

—Tendremos un buen matrimonio, te lo prometo.

Y de pronto, en ese mismo instante, entró Marie por la puerta, y la estancia quedó en silencio.

Capítulo 3

El crepitar de los troncos en el hogar tomó una sobredimensión en el ambiente debido al silencio, que provocaba que su sonido fuera más intenso. La primera en reaccionar fue la duquesa viuda, que se levantó y abrió los brazos.

—¡Marie! —A pesar de las arrugas, y del perigallo que colgaba de su cuello, fue visible en su rostro y en su mirada gris su felicidad por el reencuentro—. ¡Qué alegría verte de nuevo! ¡Ven aquí, criatura, deja que te abrace!

La francesa se acercó rauda a ella y se fundieron en un abrazo, mientras las lágrimas brotaban de los ojos de ambas.

—¡Siento tanto lo que pasó, querida! —exclamó apenada la duquesa.

—He tenido mucho tiempo para pensar, para llorar y para maldecir. He regresado porque sentía que me faltaba el aire, entendí que lo que me hacía incompleta era estar lejos de aquí. —Alzó los brazos—. ¡Este es mi hogar!

Alexia y la mujer se abrazaron de nuevo, todos las miraban sin saber muy bien qué decir.

—Te presento a mi nueva dama de compañía, la señorita Katherine Dean —anunció la duquesa viuda en cuanto se separaron, alargó la mano en dirección a la mujer.

Katherine se levantó, ambas damas inclinaron su cabeza en un gesto de saludo y respeto.

—Es un placer conocerla, señorita Dean.

—Su excelencia me ha hablado mucho de usted, señorita Clement. Es muy grato ponerle rostro.

Katherine dio un paso atrás para mantenerse apartada, como siempre solía hacer. Era su manera de levantar muros, no podía involucrarse emocionalmente con una familia que lastimaría con el tiempo.

Lousia se levantó y también recibió a la francesa con un abrazo. Edward la saludó y le dio la bienvenida, le sonreía con afecto, pero quien no dijo nada fue Humphrey, que la miraba sorprendido. Marie ya no tenía la apariencia de una joven tímida que se sonrojaba cuando la miraba con intensidad; en su lugar había una mujer sofisticada. Llevaba un vestido muy al estilo de los que solía usar María Antonieta, con elementos decorativos grandes como los lazos en el

corpiño y los grandes encajes de chantilly. Las mangas eran voluminosas y con caída a partir de los codos. Sin duda había estado viviendo en París, donde la moda era más atrevida. Su cabello pelirrojo lo llevaba recogido en un laborioso tocado adornado con lazos, plumas y horquillas con brillantes. Por supuesto, su belleza resaltaba con el nuevo estilo, tanto era así que Humphrey tuvo que hacer esfuerzos para no gemir asombrado... y excitado.

Hubo un instante en que la mirada verde del marqués y la mirada gris plomo de la francesa se cruzaron. Los ojos de él eran dos volcanes en erupción, y aunque no pronunció palabra, ella podía escuchar sus recriminaciones silenciosas: «Te fuiste sin decirme nada, sin despedirte, me dejaste destrozado, no te perdonaré».

—Hola, Humphrey —se atrevió a decir ella, echó un vistazo rápido a la dama que estaba a su lado—. Tú eres el único que no me ha dado la bienvenida.

Él no se molestó ni en sonreír, miró a Sarah, después a ella.

—Te presento a mi prometida, lady Sarah Walber.

—¿Tu... prometida? —mencionó conmocionada, tuvo que obligarse a permanecer enderezada, pues la noticia la había cogido por sorpresa y su cuerpo empezaba a tambalearse.

—Sí, esta preciosa dama será con la que voy a casarme antes de Navidad. Y mi futura cuñada —esta se acercó— es lady Madeleine Walber. Las cosas han cambiado mucho desde que decidiste huir.

Era evidente que Humphrey había erigido una pared entre la francesa y él. Estaba dolido. Rabioso. Y frustrado. Porque Marie estaba más hermosa que nunca y su corazón latía de manera tan desenfrenada que no podía casi respirar.

En cambio, ella se estaba quedando pálida al saber que había perdido a Humphrey para siempre. Notó cómo su corazón se rompía en mil pedazos. Todos fueron conscientes de ese dolor, por lo que la duquesa viuda decidió intervenir.

—Me encantaría celebrar el regreso de Marie —manifestó eufórica Alexia—, y estaba pensando, si el día lo permite, organizar un pícnic mañana.

—Me parece una idea maravillosa —dijo Edward con premura, advirtiendo que era urgente suavizar el momento, pues la furia de su hermano se palpaba a simple vista y en cualquier momento podía desencadenarse alguna escena desagradable—. Enviaré ahora mismo unas invitaciones a mis primas, estarán encantadas de volverte a ver, Marie.

La francesa se acordó de Violet, era con la que más se había relacionado de las hermanas McJones y la consideraba su mejor amiga.

—Espero que Violet no esté muy enfadada, no me digné a escribirle —manifestó evidenciando su pesar con sus manos unidas y pegadas en su vientre, era consciente de los errores que había cometido y pretendía arreglarlos; se había prometido una y mil veces no volver a actuar de igual manera.

Lousia, una anciana bajita y de caderas anchas, se acercó a ella ayudándose de su bastón, el atentado que había sufrido y los achaques que conllevaba su edad le estaban pasando factura; aun

así, lo compensaba con su mente clara y vivaz.

—Creo que en cuanto te vea se le pasará —la tranquilizó, agarrando sus manos y estrechándolas entre las suyas—. Estará tan feliz de verte que no se acordará de regañarte.

—Eso espero, les traigo cintas, encajes, guantes, sombreros y telas de París, para hacerse vestidos, y también regalos para los pequeños de la familia, en fin... —Miró con afecto a los presentes—. De hecho, he traído cosas para todos.

—¿Pretendes hacerte perdonar con obsequios? —le recriminó Humphrey con dureza.

Marie escondió su mirada agachando la cabeza. El tono seco de Humphrey la laceraba por dentro. Él nunca le había hablado de esa manera, pero reconocía que se lo merecía. Además, tenía unas ganas enormes de llorar, pues saber que él pronto se casaría era algo con lo que no había contado.

—Nosotras tenemos que irnos —intervino Sarah para alivio de los presentes—, la modista me espera para hacer pruebas al vestido de novia.

En el fondo, el marqués agradeció la interrupción; necesitaba alejarse de Marie antes de perder los estribos. Estaba tan dolido que nunca la perdonaría.

—Os acompañaré a la salida — se ofreció Humphrey, como todo el caballero que era.

—Espero que mañanas estéis en el pícnic —solicitó la duquesa viuda—, enviaré una invitación a tus padres por si les apetece.

—Gracias, excelencia, desde luego que acudiremos —mencionó Sarah haciendo una inclinación que su hermana imitó.

La duquesa ordenó al mayordomo que acompañara a Marie a su alcoba. Después del viaje necesitaba descansar, ya habría tiempo de hablar. La francesa se retiró y los demás se sentaron a saborear el té. Edward y Kathy intentaban no mirarse, pero les resultaba imposible y se encontraron cruzando sus miradas en más de una ocasión, algo que no le pasó desapercibido a la duquesa. Debía buscarle la esposa perfecta a su hijo antes de que cometiera una locura.

***

Para felicidad de la duquesa viuda, el día después amaneció soleado y sin ninguna nube. Si bien hacía un ligero aire fresquito, que anunciaba que el invierno pronto llegaría, el sol del mediodía templaría el ambiente y podrían disfrutar de una jornada familiar al aire libre.

Fueron a un lugar tranquilo cerca del Támesis, donde había barcas con barqueros que daban paseos por un puñado de monedas. Habían dispuesto mesas cubiertas por manteles blancos con sándwiches, pollo al limón, panecillos, fiambre de cerdo, fruta, frutos secos, pasteles, vino, hojaldres rellenos de crema, limonada, café, té, chocolate... Toda la familia Kingeston al completo había acudido. Los pequeños eran los que estaban más contentos; corrían de un lado a otro volviendo locos a niñeras y padres. También hubo un momento para la celebración cuando los barones de Ferbuth, Violet y Owen, anunciaron que esperaban su primer hijo y brindaron la

buena nueva con champán que había traído Marie de tierras francesas.

Lousia y Alexia estaban sentadas en unas sillas de madera; la duquesa miraba con felicidad a su extensa familia. Los infantes jugaban con sus padres y con Madeleine, que le encantaban los niños, y le arrancó una sonrisa. Sus padres, los condes de Walber, no habían podido acudir debido a diversas dolencias producidas por la edad. Humphrey y Sarah estaban navegando por el río en una barca con un barquero. Desvió la mirada hacia sus sobrinas, estaban con Marie, sin duda hablaban de los atuendos de las mujeres parisinas. Ella también había sido joven y coqueta, y se había pasado horas charlando de moda con su amiga Lousia. Giró la cabeza, Edward estaba junto a Katherine al borde del río dando de comer a unos patos. La duquesa pensó que la vida le había dado una hermosa familia; sin embargo, la tristeza la inundó por unos segundos, suspiró.

—¿Te sucede algo, querida? —preguntó la marquesa de Wendy percibiendo su malestar.

—Estaba pensando que es una pena que mi esposo Edward no esté aquí. Se sentiría tan feliz...

—Y lo está, porque con seguridad os está viendo desde el cielo.

La duquesa medio giró la cabeza hacia su amiga.

—Yo también pienso lo mismo —mencionó con sus ojos gris claro llenos de lágrimas sin derramar—, es lo único que me reconforta, lo perdí tan pronto.

—Y tu hijo Edward debe recordártelo cada día, se parecen como dos gotas de agua. —Ambas ancianas miraron hacia él, estaba hablando con Katherine—. Parece que ese par se lleva muy bien, me comentaste que se conocían desde niños.

Alexia asintió.

—Sí, su madre era la cocinera de Will, y Edward creció en la cocina, me ha contado que se sentía solo y se relacionaba con los sirvientes en busca de compañía. —Torció la boca—. Pero hay algo en esa chica que me preocupa.

—¿Y qué es eso?

—Esconde algo —contó—, le cuesta mirarme a los ojos y cuando lo hace veo la culpabilidad brillar en su mirada. También evita a los demás miembros de la familia, en realidad actúa como un gatito asustado al que le da miedo todo. Y debe ser grave lo que esconde, porque la he sorprendido llorando varias veces.

—¿Y por qué no se lo preguntas?

Alexia la miró con el ceño fruncido.

—Afrontar los problemas de cara es la mejor decisión, desde luego, pero elude contestarme cuando le pregunto cualquier cosa. He insistido varias veces para que me explique qué fue de ella, su hermana y su madre cuando se marcharon de la casa de Will Baley, y me responde con evasivas. No quiere que sepa nada de su vida, y eso me asusta.

—Tendrás que insistir.

—Lo sé, lo sé...

Mientras, a unos metros de allí, las hermanas McJones se sentían fascinadas por lo que les contaba Marie sobre las damas de París y los vestidos que lucían.

—¡Estoy deseando ir a la modista para que nos hagan vestidos con las telas y encajes que nos has traído! —exclamó eufórica Violet.

—¿Eso quiero decir que me perdonas? —preguntó la francesa poniendo un semblante de no haber roto nunca un plato.

Todas estallaron en carcajadas. Violet abrazó a su amiga.

—Claro que sí, tonta. Jamás podría enfadarme contigo. Bueno, reconozco que las telas han ayudado —manifestó en un tono divertido, arrancando risas a las demás.

—Y los sombreros y guantes, también —añadió Rose.

—Y las cintas —agregó Lily.

—Y los obsequios para nuestros pequeñines —puntualizó Daisy.

Marie puso las manos en su cintura.

—¡Ohhhh, sois unas interesadas! —exclamó en un tono jovial, miró hacia el río, donde estaban Humphrey y Sarah paseando en un barco; su semblante entristeció—. Ojalá todos se alegraran de mi presencia como vosotras.

Suspiró con dolor mientras volvía a centrar su mirada en las hermanas, estas fueron demasiado conscientes del sufrimiento que le provocaba el desprecio de Humphrey, echaron un vistazo rápido a la pareja.

—Está dolido, lo pasó muy mal, casi se convierte en un alcohólico —explicó Violet.

—Tuvimos que implicarnos todos para que no cayera en un agujero negro —añadió Daisy.

—El hecho de casarse y formar una familia fue lo que le hizo salir adelante —mencionó Lily.

—Y también se centró en el proyecto de la ciudad balneario en Clevedon —explicó Rose—. Eso también lo ayudó mucho.

—Me porté mal, lo sé, y es lo que merezco. Ojalá pudiera deshacer lo que hice —dijo la francesa con lágrimas en los ojos.

—Yo, en tu lugar, no sé lo que hubiera hecho —dijo Violet muy compungida, que se había puesto en el pellejo de Marie muchas veces—. Tu vida se desmoronó ante tus narices al conocer la verdad de tu madre. En el fondo comprendo por qué huiste. Humphrey también debería entenderlo.

—Tendría que haberme sincerado con él y haber dejado que me ayudara a superar el disgusto. —Negó con la cabeza ante la evidencia que veía cuando lo observaba junto a su prometida—. Supongo que ha dejado de amarme, Sarah será una buena esposa para él, y con eso me conformo.

—No creo que haya dejado de amarte —expuso Violet—, pero su dolor sigue vivo en su interior y eso lo mantiene lejos de ti.

—Bueno, hablemos de cosas alegres —soltó Marie esforzándose por salir adelante—, y decidme si hay algún cotilleo que me he perdido de Londres en el tiempo que he estado fuera que merezca la pena que sepa.

—Aquí siempre hay cotilleos —manifestó entre risillas Daisy.

Entretanto, Humphrey y Sarah estaban sentados uno al lado del otro en la proa del barco. Los

remos del barquero se hundían en el agua y los impulsaban hacia adelante. Si bien el sol de otoño tenía poca fuerza, la lady llevaba una sombrilla para que no le dieran sus rayos. Quería que su piel tuviera el inmaculado blanco de siempre y se aseguraba de ello.

—Tienes una maravillosa familia, Humphrey —mencionó Sarah mirando a los Kingeston desde la lejanía.

Él desvió la mirada y los contempló.

—Son mi mayor tesoro, mi refugio cuando estoy mal, mi felicidad cuando ellos están felices; son mi apoyo, mi bastón. —Hizo una pausa—. Son mi corazón, sin ellos en mi vida dejaría de latir.

La lady giró el rostro en su dirección y lo observó a los ojos.

—Dices unas cosas preciosas —mencionó ella—. Los amas, y eso se nota. Amar es una bendición. Sin embargo, existen diferentes maneras de amar.

Él la miró interesado por lo que decía.

—¿Hay más maneras de amar? —le preguntó.

Ella hundió sus ojos grises en el agua del río.

—El que se da entre un hombre y una mujer cuando se aman de verdad. Ese tipo de amor es el más grande, no se puede comparar con el amor a la familia, o las amistades. Sé que a mí no me amas, pero ¿has amado alguna vez a alguna mujer?

El marqués miró a Marie, estaba hablando con sus primas y se reían de algo que explicaban. Su corazón se hinchó, pero se desinfló rápido cuando recordó lo cobarde que había sido marchándose sin darle ninguna explicación.

Sarah se giró para saber qué contemplaba su prometido con tanta intensidad, boqueó cuando se dio cuenta que las pupilas de Humphrey se dilataban de emoción, aunque lo escondió rápido cuando se percató de que lo observaba con mucho interés. Sin embargo, ya era tarde, porque ella comprendió que amaba a esa mujer.

—Lo importante ahora somos nosotros —puntualizó el marqués—. Te haré feliz, Sarah, lograremos tener un buen matrimonio.

Ella no dijo nada, sintió lástima por Humphrey, tanto él como ella habían renunciado al amor y tuvo ganas de llorar. ¿Cómo podrían ser felices sin amor?

Mientras, Edward y Kathy conversaban cerca de la orilla, ella le daba de comer a los patos.

—¿Qué has hecho todos estos años, Edward?

—Viajar.

—¿Te convertiste en un aventurero?

El duque miró a la mujer, Kathy giró el rosto un instante en su dirección. Un ligero viento agitaba los tirabuzones negros que enmarcaban su rostro, su boca parecía tan jugosa que quiso saltar sobre ella y besarla. Sus ojos, con el sol dándole en el rostro, se asemejaban a brillantes piedras preciosas. Pero ni el astro rey ni el cielo azul tenían suficiente fuerza para eclipsar la belleza de ella, una belleza que se alzaba por encima de la hermosura del lugar.

—No por gusto —confesó el noble.

—¿Qué quieres decir?

—Después de que tú, tu hermana Evie y tu madre os marcharais, Will me envió a vivir lejos. En un principio me gustó, pero siempre terminaba echando de menos Londres y regresaba. Pero él siempre me convencía y me enviaba de nuevo a otro lugar diferente al anterior para que no me aburriera.

—¿Dónde estuviste?

—En Grecia, Italia, España, Francia, Portugal, incluso en la India.

—¿Te gustó?

—Desde luego que tengo buenos recuerdos, hice muchas excursiones y vi cosas muy interesantes, y aprendí mucho. —Cabeceó—. Pero Londres, con sus defectos y virtudes, no tiene rival para mí. Ningún lugar me llenaba el corazón, y solo pensaba en regresar a los pocos días. De hecho, nunca entendí esa necesidad, hasta que me enteré de que yo era Edward y de que Will solo quería mantenerme apartado de aquí por mi parecido a mi padre.

—De alguna manera estabas unido a tu familia, aunque no la conocieras, por eso tenías esa necesidad de regresar a tus orígenes.

Ambos miraron a Alexia, que seguía hablando con Lousia.

—Sé que no le caigo muy bien a tu madre —mencionó ella tirando las últimas mollas del panecillo, que tenía en las manos, a los patos.

—No es que no le caigas bien —la disculpó él—, cuando se trata de proteger a la familia, no tiene medida y se comporta como una gallina con sus polluelos.

La comparación provocó una carcajada en la mujer.

—No la puedo culpar, soy una desconocida. Yo hubiera reaccionado del mismo modo. —Se sentó en una enorme piedra, él se quedó de pie frente a ella mientras los patos se alejaban después de darse un festín con el panecillo—. Tu madre es una gran dama, una gran mujer que protege su mayor tesoro: su familia.

Edward miró con adoración a su progenitora.

—Lo sé, y yo solo deseo hacerla feliz... —Guardó silencio, lo que a su madre la haría feliz sería que se casara con la dama perfecta y que le diera nietos, no pudo evitar mirar a Kathy y se la imaginó en ese papel, su interior se emocionó y decidió cambiar de tema—. ¿Sigues echando de menos a tu hermana Evie?

El rostro de Kathy se entristeció.

—Mucho —expresó con voz rota, bajó la mirada a sus manos unidas sobre la falda de su vestido celeste.

—Dile que venga a pasar unos días a Kingeston House.

La mujer levantó la cabeza, se obligó a sonreír.

—Eres muy bueno, pero mi hermana ahora mismo... —carraspeó—... no puede viajar, está... está ocupada. Además, no quiero que tu madre piense que me aprovecho.

De nuevo, Edward tuvo la impresión de que no le decía la verdad, y era la segunda vez en poco tiempo. Empezó a preocuparse, ya que conocía a Kathy y no estaba en su esencia mentir de esa manera. Quiso averiguar algo más, sobre todo lo que más curiosidad le provocaba era saber si había un hombre en su vida. Lo cierto era que la noche en la que la sorprendió cuando llegaba a Kingeston House a altas horas de la noche no le había dejado muchas dudas, desde luego. A decir verdad, ya lo daba por hecho; aun así, tenía la necesidad de que ella se lo confirmara. Tal vez así no le dolería tanto.

—¿Hay un hombre en tu vida, Kathy? —preguntó de pronto él, provocando que ella abriera los ojos de par en par—. ¿Es por él que el otro día llegaste tan tarde?

Por suerte, Alexia la llamó para que le fuera a buscar al carruaje las mantas para taparse las rodillas y la salvó de contestar. A pesar del tiempo benigno y del sol que lucía en el cielo, estaban en otoño, y tanto la duquesa viuda como la marquesa notaban enfriarse su cuerpo. Si no le ponían remedio, acabarían con dolor de huesos, o peor aún: terminarían enfermas, y a sus avanzadas edades podía ser peligroso.

Kathy agarró las mantas de lana del interior del carruaje, que estaba a unos cien metros aparcados en el camino de acceso, y enfiló al lugar en el que estaba Alexia y Lousia. Pero se detuvo cuando apenas había dado un par de pasos, tenía una vista panorámica hermosa de toda la familia. La imagen le resultó maravillosa y se le contrajo el corazón de emoción. No había nada más fuerte en el mundo que el amor de la familia, un amor ferviente, sincero y bondadoso, donde la maldad no tenía cabida. Esa familia era feliz en mayúsculas. Y ella los destrozaría a todos en cuanto entregara a Humphrey y a Edward al malvado Will. ¿Cómo podría seguir respirado después?

Sus ojos se llenaron de lágrimas, apretó las mantas contra su pecho y empezó a temblar. No. No podía destrozar a los Kingeston. Entonces, a su mente acudió su hermana Evie.

—Evie... —musitó entre un llanto silencioso.

Kathy se enderezó, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Llorar no salvaría a Evie, ni a Edward ni a Humphrey de las garras del ogro de Will Baley. Buscaría la manera de protegerlos de esa bestia engendrada por el diablo. No permitiría que se saliera con la suya.

Capítulo 4

Al día siguiente, Alexia amaneció algo resfriada. La salida del día anterior había tenido consecuencias para la anciana. A su edad, coger un poco de frío equivalía a enfermarse, y así había sido. El médico la visitó y le recomendó que permaneciera en la cama y evitara tanto las corrientes de aire como los cambios bruscos de temperatura, y le recetó unas infusiones a base de hierbas que aliviarían su malestar. La duquesa viuda obedeció; y como había pasado mala noche, se quedó dormida tan pronto el facultativo se marchó.

Esa jornada, a diferencia del día anterior, había amanecido fría y una espesa niebla se extendía por todo Londres, opacando el ambiente. Katherine se abrigó muy bien y fue a comprar las hierbas para las infusiones, y aprovechó esa salida para adquirir ropa de chico usada, ya que la necesitaba para llevar a cabo su plan, que iniciaría esa misma noche. Había tomado la decisión de salvar a su hermana y a los hijos de Alexia, y no pensaba echarse atrás. Desde luego que debía ser cautelosa, no podía cometer ningún error o todos lo pagarían muy caro, incluso ella. Aun así, tenía claro que daría la vida por que todo saliera bien.

Mientras tanto, Sarah Walber también había reflexionado y había tomado decisiones que marcarían su futuro. Escribió una nota, que metió dentro de un sobre y, secretamente, envió a su doncella de confianza a que se la llevara a su prometido a Kingeston House. Lo citaba detrás de su hogar, en el jardín, donde había un portillo trasero en el muro de piedra que ella dejaría abierto.

El marqués se encontraba en el estudio, una estancia enorme que se había remodelado no hacía mucho. Las paredes estaban forradas con estanterías en las que había libros que abarcaban cualquier tema que necesitara para emprender un negocio con garantías de éxito. La chimenea estaba encendida y las llamas calentaban la estancia en un día de otoño frío. El marqués, junto a Edward y sus primos políticos, se hallaban sentados alrededor de la gran mesa ovalada ubicada en el centro del estudio, ultimando los detalles sobre la ciudad balneario que construirían en Clevedon. También comentaron la cantidad de peticiones que habían recibido de otros nobles para invertir en el proyecto. Pero ellos decidieron no aceptar ninguna, ya que deseaban que ese negocio fuera familiar.

Humphrey agarró la nota de su prometida, que el mayordomo llevaba en una bandeja de plata. Tuvo que acercarse al candelabro para que las velas le proporcionasen más nitidez, ya que la niebla en el exterior parecía espesarse cada vez más y el ambiente había quedado en penumbra. Cabe decir que se sintió muy intrigado; además, le agradó que ella le tuviera confianza para que lo citara a solas. Sin duda, avanzaba en la buena dirección para que su matrimonio fuera digno y feliz.

No quiso hacerla esperar, y más teniendo en cuenta el frío que hacía en el exterior, por lo que se despidió de su hermano y primos y pidió que le prepararan rápido su faetón. El día no invitaba a ello, pues no tenía cubierta, pero era más rápido que cualquier otro carruaje, de modo que se abrigó bien con su chaqueta, capa oscura, guantes de cuero forrados y sombrero.

Salía a toda prisa de Kingeston House cuando se topó con Marie, que llegaba de Dorty House, el hogar de Violet y Owen. Ambos se miraron con intensidad durante unos segundos. Humphrey se levantó el sombrero a modo de saludo y echó a andar sin decir una palabra.

—¿Vas a perdonarme algún día? —preguntó la francesa.

Él se detuvo y se dio la vuelta. No entendía cómo la belleza femenina de Marie había explosionado de una manera arrolladora en tan poco tiempo. Toda ella rezumaba sensualidad atrevida, placer divino, y se quedó contemplando sus carnosos labios, cual sediento que estuviera ante una fuente después de atravesar un desierto durante días. Se odió a sí mismo, porque estaba prometido con Sarah y él solo pensaba en besar a Marie.

—No —soltó con dureza él.

Hizo ademán de marcharse, pero de nuevo ella lo detuvo.

—¡Espera, no te vayas todavía!

—Tengo prisa.

Marie acortó la distancia que los separaba.

—Fue un golpe duro para mí enterarme de que fui fruto de una violación y de que mi madre se dedicó a la prostitución toda su vida —explicó en un acento francés muy marcado debido a los nervios—. No quise poner en problema a la familia.

Él soltó una risa irónica.

—Mi madre sabía la verdad desde el primer día que te acogió. Y se aseguró de que fueras respetada por todo el mundo.

Marie agachó la cabeza en un gesto culpable.

—Me llevó un tiempo hacerme a la idea. —Alzó la cabeza y clavó sus ojos gris plomo en los verdes intensos de él—. Nunca me sentí tan desdichada en la vida al estar lejos de todos vosotros, sobre todo de ti. Pensaba en ti todos los días.

Humphrey apretó los labios antes de contestar.

—Deja de mentir, si lo que dices fuera verdad, me hubieras escrito una carta.

—Me sentía avergonzada.

El marqués la agarró por los antebrazos y la sacudió.

—¡Ya basta! Nada de lo que me digas hará que cambie de opinión.

Ella no hizo ningún esfuerzo por liberarse, siguió mirándolo mientras las lágrimas rodaban mejillas abajo. Él la observó, de cerca era aún más tentadora. Incluso las pecas del puente de su nariz adquirían un matiz atrevido que la hacía más deseable. Sus ojos lo traicionaron y miró embobado sus labios rojos.

La soltó tan de golpe que ella se tambaleó; aun así, logró guardar el equilibrio. Él la observó con dureza, no le dijo nada y se dio la vuelta. Llegó a su faetón escupiendo rayos y truenos por su boca. Había estado a punto de besarla, y sabía de cierto que nunca se podría quedar a solas con Marie si no quería perder la cabeza. Si bien no estaba enamorado de su prometida, pretendía serle fiel. Sarah no merecía menos, por lo que se obligó a no pensar en la francesita. Además, su prometida lo esperaba y se estaba entreteniendo demasiado. La suerte era que no vivía a gran distancia y llegó en apenas quince minutos.

Sarah le pedía en la nota que fuera discreto, por lo que dejó el faetón escondido entre una arboleda, la niebla densa sin duda ayudaría en el cometido. Enseguida se dirigió andando los últimos metros. La bruma era tan espesa y fría que depositaba humedad en cualquier superficie, incluso sus ropajes empezaron a quedar cubiertos por diminutas gotas de condensación.

Entró por el portillo trasero del jardín. A unos pocos metros había una casita de madera que utilizaba el jardinero para guardar sus utensilios. Se dirigió allí cuando vio a Sarah asomarse por la puerta.

—Hola, entra, hace frío aquí fuera —sugirió ella.

Cerraron la puerta para que nadie los descubriera, los ojos de ambos relucían por encima de la penumbra que dominaba el ambiente debido a la niebla. Por sus bocas salían nubes de vaho producidas por la baja temperatura.

El semblante contraído de la joven puso en alerta a su prometido.

—¿Sucede algo, Sarah?

Ella guardaba cierta distancia con él.

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que podía confiar en ti? —inquirió con voz trémula, lo cierto era que toda ella temblaba, por suerte su gruesa capa gris clara lo ocultaba.

—Y lo sigo manteniendo —afirmó dando un paso hacia la lady. Pero su prometida reculó y decidió mantener las distancias, ella necesitaba esa seguridad para seguir hablando; aun así, necesitó que lo supiera—. Sea lo que sea, no voy a hacerte nada, Sarah. Jamás podría lastimarte.

La noble suspiró, fue entonces cuando tomó conciencia de que su temor era demasiado visible.

—Lo siento, es que tengo miedo... —confesó abrazándose a sí misma.

Humphrey le sonrió.

—No lo tengas, Sarah, sé que vas a decirme algo que no me va a gustar, o si no, no te comportarías como un perrito que teme que le den una patada.

—Es que no puedo casarme contigo, amas a la señorita Marie Clement, y no lo niegues, vi ayer cómo la mirabas. Sabes, el amor no es un sentimiento que pueda esconderse, y no es justo

que seas infeliz; con que lo sea yo ya hay bastante. Aún estamos a tiempo.

Humphrey arrugó el entrecejo.

—¿Sabes por qué te elegí a ti como mi esposa? —Ella negó con la cabeza y él siguió—: Tu belleza salta a la vista, pero no fue eso lo que me hizo decidir, sino tu mirada. Tus ojos destilan verdad, y es una virtud que pocas damas tienen.

—¿No estás enfadado?

—Jamás podría enfadarme. Pero me gustaría que me dijeras a quién amas tú, porque es evidente que sabes lo que es el amor.

Ella suspiró.

—Sí, amo a un hombre que prometió que vendría a pedir mi mano —confesó con voz entrecortada—. Ha dejado de escribirme cartas, ha desaparecido sin dejar rastro y temo lo peor. Y yo... yo he perdido la fe en que venga a buscarme.

—¿Y quién es?

—No pertenece a la nobleza, se llama Harris Nicholson y es soldado. Lo conocí cuando estuvo en Londres con otro grupo de soldados que acompañaban a Wellington en el homenaje que le hizo todo Londres por sus logros. Desde entonces nos escribimos, recibí una carta antes de que se produjera la batalla de Waterloo, a partir de ahí no sé nada de él. —Tragó saliva y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Mi cabeza me dice que murió en la batalla, pero mi corazón no lo escucha.

Humphrey se acercó a ella y la abrazó ofreciendo su consuelo. Entonces Sarah rompió a llorar.

—No llores, Sarah, te prometo que lo buscaré.

Ella se limpió las lágrimas y lo miró.

—¿Cómo lo harás?

Él sonrió, escribiría una carta a Wellington pidiéndole su ayuda, que le entregaría una persona de su confianza para acelerar el proceso, ya que la boda se celebraba antes de Navidad y había que darse prisa. A Wellington lo conoció el día que se le hizo un homenaje en Vauxhall Gardens por su éxito contra las tropas napoleónicas en la ciudad de Vitoria, en España. Se cayeron bien a la primera conversación, y si estaba en su mano, con seguridad él lo ayudaría a localizar a Harris Nicholson.

—De momento no pierdas la fe. ¿Entendido?

—Está bien —aseguró asintiendo a la vez.

—Daremos con Harris.

—¿Y si... si está... muerto?

—Seguiremos con nuestros planes de boda.

—Pero tú amas a Marie.

—Es largo de contar, pero no tengo ningún interés en casarme con ella.

—Tengo que marcharme, he estado demasiado tiempo fuera, y si me están buscando y no me encuentran, me ganaré un sermón de mi padre.

La lady lo acompañó al portillo, y cuando Humphrey lo cruzó, ella se lo quedó mirando y lo vio desaparecer en la niebla espesa, después volvió a cerrar con llave.

Él montó en su faetón y se dirigió de nuevo a Kingeston House. Tan pronto llegara, escribiría a Wellington, solo esperaba que Harris no estuviera muerto.

***

Kathy dejó a Alexia hablando con Marie mientras ella iba a la biblioteca a por un libro. La duquesa viuda, que guardaba reposo en el lecho por el resfriado, le había pedido que le leyera alguna novela a fin de que las horas no se le hicieran eternas. Caminaba por el amplio pasillo por el cual se accedía a la biblioteca cuando al pasar por el estudio de Edward y Humphrey, vio que el primero estaba sentado echando un vistazo a un libro. Se encontraba solo, su hermano no estaba y tampoco los esposos de sus primas, que los había visto marcharse desde la ventana de la alcoba de la duquesa viuda.

En un primer momento pasó de largo del estudio y agradeció en silencio que el duque no la hubiera visto, pero al cabo de pocos segundos, detuvo sus pasos. Se sentía culpable por tener que mentirle no solo a él, sino a toda la familia; sin embargo, había asuntos que no era necesario esconder o mentir. Así que dio media vuelta y se acercó al estudio. Se quedó en la puerta y contempló a Edward. Tenía sus ojos verdes pegados en el libro. Por su aspecto revuelto —tenía el cabello negro liso algo alborotado, no llevaba ni chaleco ni chaqueta y las mangas de la camisa blanca de muselina estaban remangadas para que los volantes de los puños no molestaran—, la reunión de trabajo debía haber sido intensa. Lo cierto era que todos ellos estaban poniendo cuerpo y alma en sacar el proyecto de la ciudad balneario adelante y convertirlo en un glamuroso éxito.

—Hola —saludó ella para que él se percatara de su presencia.

Edward se levantó, era un hombre alto de hombros anchos. La camisa estaba ligeramente abierta y dejaba a la vista parte de su torso musculoso, cubierto por un ligero vello oscuro. La respiración de ella se agitó ante la imagen del hombre, que tenía el aspecto de un pirata de altamar. Sus entrañas recibieron el latigazo del deseo y tragó saliva para esconder su gemido.

—Me alegra verte, Kathy.

La manera en que él pronunciaba su diminutivo, en un tono suave y largo, como una lenta ola lamiendo la arena que se negaba a abandonar, provocó en la mujer su deseo de tenerlo cerca. Solo podía pensar en su cuerpo pegado al suyo y cabeceó para sacarse tan atrevidos pensamientos. Desde luego que no era una jovencita virginal, pasaba de los veintiún años; y si bien no había amado a su esposo, el poco tiempo que estuvieron casados, no le negó compartir el lecho marital. Sin embargo, la sensación que sentía en su bajo vientre era la primera vez que la experimentaba, y le gustaba mucho.

—¿Puedo entrar? —preguntó ella admirando la estancia lujosa, cada mueble y cada detalle

estaba creado para resaltar el dominio de los Kingeston en la aristocracia.

—Desde luego, ¿mi madre está bien?

Kathy entró y él rodeó la mesa ovalada para situarse frente a ella; la joven era más bien bajita y el noble, alto, por lo que la diferencia de altura era más que evidente.

—Sí, solo está aburrida, ¡suerte que Marie la entretiene con las anécdotas vividas en París! Pero las historias se están terminando y me ha pedido que escoja un libro para leérselo.

Edward miró las estanterías llenas de volúmenes.

—Dudo mucho que a mi madre le gusten estos textos.

—Ah, no, no he venido para llevarme un libro de estos, yo iba a la biblioteca y al pasar por delante he visto que sigues aquí, ¿ha ido bien la reunión?

—Sí, ha ido muy bien, lo cierto es que todos estamos muy ilusionados con el proyecto de la ciudad balneario.

—Sin duda será un éxito. ¿Ya tiene nombre el lugar?

—Todavía no, pero barajamos varias alternativas. Sabes, me gusta que hayas entrado a saludarme —confesó en un tono muy sensual.

Ella agachó la cabeza y entrelazó sus dedos a la altura de su vientre, de nuevo alzó la mirada y hundió sus ojos pardos en los verdes de Edward.

—Quería darte una respuesta a tu pregunta —mencionó ella.

Edward arrugó su entrecejo sin entender a qué se refería.

—¿Qué pregunta?

—Ayer, en el pícnic, me preguntaste si hay un hombre en mi vida.

El duque se tensó, su semblante quedó serio al instante.

—¿Hay un hombre, Kathy? —Inspiró, temía la respuesta, pero lo ocultó.

—Hubo un hombre con el cual me casé, pero murió a los seis meses de nuestra boda. En realidad, no soy la señorita Katherine Dean, sino la señora Chambers, mi esposo se llamaba Greyson Chambers. Aunque sé que no es correcto, prefiero utilizar mi nombre de soltera, no hago daño a nadie, ya que mi difunto esposo no tenía ningún familiar vivo.

—Lo siento...

Edward se sentía mezquino. En el fondo no lo lamentaba y creyó que era el ser más despreciable de Londres. Le alegraba que ella estuviera viuda, y la culpabilidad por albergar tales sentimientos provocó que no le pudiera sostener la mirada, por lo que se dio la vuelta y se acercó a la chimenea.

—¿Lo amabas? —preguntó el noble todavía dándole la espalda.

Se hizo un silencio y Edward aguantó la respiración, cerró los ojos.

—No... era un buen hombre y merecía que lo amara, pero solo le tenía estima, se portó muy bien conmigo y con Evie cuando mi madre se puso enferma y falleció.

El aristócrata se obligó a soltar el aire que retenía en sus pulmones e instó a sus facciones a que se relajaran, se dio la vuelta.

—No entiendo por qué tuvisteis que marcharos cuando tu madre trabajaba de cocinera. Yo te hubiera ayudado siempre, bien lo sabes, jamás me hubiera ido de Londres si hubiera sabido dónde estabas.

—Fue Will quien nos echó, se dio cuenta de que sentías algo por mí y quiso cortarlo de inmediato. De hecho, nosotras no queríamos irnos.

Edward hizo rechinar los dientes para refrenar sus insultos. En el pasado, Will Baley le había dado a entender que habían sido ellas las que habían querido marcharse y a él le dolió que se hubieran ido sin decirle nada. Pero había mentido, como siempre había hecho, porque no quería que nada ni nadie lo atara a Londres. Su plan había sido alejarlo de la ciudad y enviarlo a diferentes países, para que nadie sospechara que era el hijo perdido de los duques de Kingeston, debido a la extraordinaria semejanza que tenía con su padre. Ese hombre había sembrado oscuridad allí donde siempre había habido luz. ¡Y pensar que tuvo compasión de Will por la suerte que correría cuando sus tejemanejes salieron a la luz!

—Espero que ese hombre reciba su merecido esté donde esté —dijo entre dientes, con las pupilas brillando de enfado.

En esta ocasión fue ella quien agachó la cabeza. No podía mirarlo a los ojos sin sentir el peso de la culpabilidad sobre sus hombros. Si supiera que ese malnacido estaba más cerca de lo que creía, y que ella estaba al tanto, la odiaría como odiaba al detective. De pronto, imaginó los ojos verdes de él acusándola de mentirosa, imaginó que la odiaba, imaginó que la echaba para no verla nunca más. Y el mundo cayó sobre ella. El ambiente de su alrededor actuó como una serpiente que se enrollaba en su cuerpo y la asfixiaba.

—Voy... voy a buscar un libro para tu madre.

Necesitaba salir de allí antes de derrumbarse, él no podía notar que estaba entre la espada y la pared, porque si se daba cuenta, le preguntaría y le tendría que mentir. De momento, no podía decir la verdad hasta asegurarse de que Will no podría lastimarlo.

—Y a mí, ¿me amaste? —preguntó el aristócrata, evitando que ella se fuera. Se miraron un minuto largo, él acortó la distancia que los separaba—. O solo me tuviste estima, la misma estima que le profesabas a tu difunto esposo —susurró muy cerca de la boca de ella.

El aroma a lavanda suave de ella penetró en las fosas nasales masculinas y actuó como un potente afrodisíaco. Y fue su perdición.

Él acercó sus labios a los de ella, la quería besar hasta que sus labios dolieran. Kathy no lo rechazó y las bocas se unieron, las lenguas se fundieron en una anhelante danza. Un beso que estremeció cuerpo y alma y que supo a demasiado poco cuando se separaron en busca de aire. Se miraron con las respiraciones agitadas, la mujer sentía que un calor agradable viajaba por su cuerpo y la aturdía, como si se hubiera bebido una botella de whisky. Se dio la vuelta y empezó a caminar a la salida, a pesar de que las rodillas le temblaban; pudo avanzar sin tambalearse y se felicitó por ello.

—¿No vas a contestarme? —preguntó Edward cuando ella alcanzaba la puerta—. ¿Me

amaste?

Kathy giró la cabeza lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—Supongo que mi beso ha contestado a tu pregunta, ¿no crees?

Dicho esto, siguió andando y desapareció por el pasillo con dirección a la biblioteca.

Mientras, Edward seguía en el mismo lugar con una enorme sonrisa dibujada en los labios.

Lo amaba. Lo seguía amando. Ese amor de juventud continuaba tan vivo como el primer día.

Capítulo 5

Se había hecho de noche y Kathy esperó a que Kingeston House quedara en silencio para salir a hurtadillas. Esta vez no había pedido al mayordomo que le dejara la puerta abierta, pues no quería tener que dar explicaciones, de modo que salió por la balconera del comedor de desayuno, que dejó entreabierta para poder entrar más tarde.

La noche era oscura y muy fría, pero no podía encender un farolillo si no quería que la descubrieran. Siempre cabía la posibilidad de que alguien, dentro de la mansión, no estuviera dormido y la viera desde algunas de las ventanas. Llevaba puestas las ropas de chico que había comprado en la mañana. Eran bastantes viejas y estaban muy desgastadas por el uso, por lo que no abrigaban y el ambiente gélido la abrazó. Empezó a temblar como un cervatillo recién salido del vientre de su madre, pero no pensaba regresar a la calidez del interior de Kingeston House hasta llevar a cabo su cometido.

Kathy se agachó, agarró tierra húmeda del jardín y se la restregó por la cara. Quería tener el aspecto de un muchacho de la zona pobre de Londres, solo así pasaría desapercibida y Will no la reconocería. Se había hecho un moño y se había puesto una raída gorra para esconder su melena morena. Lo cierto era que se sentía satisfecha con el resultado, puesto que su delgadez y su estatura baja casaban muy bien con la complexión de un muchacho de unos catorce años que pasaba hambre y que deambulaba por las noches en busca de algo que llevarse a la boca.

Kathy dejó la zona rica de Londres y se adentró en los lugares más pobres y conflictivos. Respiró aliviada cuando se percató de que nadie le prestaba atención y que la veían como un chico pobre. Seguía temblando de frío, incluso, de tanto en tanto, los dientes le castañeaban, pero no le importaba si su plan salía bien.

Las luces de los farolillos que algunos transeúntes llevaban creaban unos juegos inquietantes de luces y sombras en la espesa niebla, pero ella apartó el miedo de su corazón y siguió adelante. La verdad era que la semioscuridad de esas calles malolientes, debido a la basura que se acumulaba en los rincones, le impedía ir más deprisa y, de cuando en cuando, debía detenerse para asegurarse de ir por el camino correcto.

A veces escuchaba los gritos de alguna pelea, incluso el sonido de golpes, pero no se detuvo a

curiosear por temor a que la lastimaran. Se preguntó si esos aristócratas tan bien cebados, con sus vientres prominentes debido a la buena alimentación, sabían que existía un infierno a tan pocos metros de ellos. La gente de allí apenas tenía oportunidades, y por un momento odió a todos los nobles. Sin embargo, recordó que no todos eran iguales, siempre había excepciones, como los Kingeston, que le devolvían la esperanza de que, tal vez, las cosas algún día pudieran cambiar. El dinero para esa familia no lo era todo, eran conscientes de las dificultades de los demás. Lo había tenido claro cuando se enteró de los buenos sueldos que cobraba el servicio y, sobre todo, quedó fascinada con la historia de Marie y Humphrey, la manera en que la duquesa viuda los ayudó; y deseó que toda la gente rica fuera como ellos. Quizá esas calles que cruzaba dejarían de existir.

Después de una hora caminando, por fin llegó a la taberna The Anchor. En el exterior había mucho ajetreo, al parecer acababa de llegar un barco y los marineros se habían acercado en busca de una prostituta. Ella se quedó en un rincón, protegida por la niebla y la oscuridad, y vigilaba la puerta de la taberna por si entraba o salía Will Baley. Cuando quedó con él en el lugar se percató de que utilizaba el bar para reunirse con sus secuaces. Solo le haría falta seguirlo, y quizá la llevaría a donde tenía a su hermana secuestrada.

Pero las horas pasaron y ella sentía el frío y la humedad instalarse en sus huesos de una manera dolorosa. Era evidente que esa noche Will no había acudido a la taberna y la desesperación provocó que derramara lágrimas. No le quedó más remedio que regresar de nuevo a Kingeston House. Según sus cálculos, el servicio de la casa no tardaría en levantarse para encarar una nueva jornada y no podía dejar que la descubrieran.

Caminó rápido por entre las callejuelas malolientes y sucias, se encontró a más de un borracho, sentados en el suelo de piedra. Algunos hablaban como si tuvieran la boca pastosa, y otros ya dormían anestesiados por el licor, sus ronquidos daban fe de ello. Ella los tuvo que sortear, caminando pegada a la pared para no tener que saltar por encima de ellos.

Llegó a Kingeston House, la puerta exterior del comedor de desayuno seguía entreabierta y la cruzó con sigilo, el mismo sigilo que utilizó para llegar a su cuarto. Una vez dentro, se echó a llorar; aun así, no tenía intención de dejarlo estar, porque a la siguiente noche volvería a acercarse al The Anchor. En algún momento Will Baley haría acto de presencia; solo esperaba que fuera antes de que le enviara la carta con las instrucciones para llevar a cabo su plan de venganza contra Edward y Humphrey.

Sin más lágrimas en los ojos, y temblando todavía de frío, se metió en el lecho y se tapó hasta la barbilla. No pudo evitar tocarse los labios y rememoró el beso que hacía unas horas le había dado Edward. El recuerdo sirvió para ahuyentar el frío de sus huesos y el calor viajó por sus venas calentando sus entrañas. Gimió de placer, todavía le quedaba una hora para poder dormir antes de levantarse. Solo esperaba soñar con Edward, y con sus manos acariciando todo su cuerpo.

***

El día había amanecido con niebla y con frío. Marie, Kathy y la duquesa viuda estaban en el salón familiar. Alexia se había negado a permanecer en su alcoba a pesar de que seguía constipada.

La noble estaba sentada en una butaca, con las rodillas tapadas con una manta, frente a la enorme chimenea custodiada por dos columnas a los laterales. En la repisa de mármol reposaba un reloj de soporte de oro, cincelado en la base con motivos vegetales. La pieza la coronaba un ángel y las manecillas del reloj marcaban las once y media de la mañana.

Marie y Kathy permanecían sentadas en uno de los dos sofás, de estilo neoclásico piamontés, lacado en dorado y tapizado en una tela color crema con rayas granates. La dama de compañía llevaba un vestido camisero en un tono verde menta con encajes en el cuello y los puños. El atuendo contrastaba con la indumentaria sofisticada de Marie, de seda malva, con encajes y adornos dorados y brillantes. Kathy admiró la pieza tan pronto vio a la joven aparecer por la puerta del comedor de desayuno. A pesar de que tenía dinero para permitirse prendas de ese estilo, le gustaba más la sencillez y la naturalidad. Además, a ojos de todos solo era una dama de compañía y debía ir muy al tanto de que no descubrieran que estaba allí porque no le había quedado alternativa. Will la tenía en sus manos, pero esperaba que eso cambiara en los próximos días. Solo necesitaba tener la suerte de su lado.

La francesa bordaba una mantita para el bebé que esperaba su gran amiga Violet y la dama de compañía leía un libro. Esta, en un gesto inconsciente, bostezó.

—¿Acaso no has dormido bien? —preguntó la duquesa viuda.

Kathy enrojeció al sentirse descubierta, qué poco cuidado había tenido, pero lo cierto era que estaba cansada y muerta de sueño debido a su aventura nocturna. Aun así, pensaba regresar esa misma noche a la taberna, y no cejaría en su empeño hasta dar con el malnacido de Will Baley.

—No, no he dormido muy bien, espero no estar constipada —explicó, a fin de que no siguiera indagando.

—¿Te gusta? —preguntó la francesa enseñando su trabajo a Kathy.

—Son unos patos preciosos, creo que le va a encantar.

Marie sonrió satisfecha con el comentario.

—Y a ti, Alexia, ¿te agrada cómo queda? —dijo levantándose para enseñar el bordado.

La duquesa viuda agarró la manta y se puso el monóculo. Contempló con una sonrisa en los labios los patos que había bordado.

—Son preciosos, coincido con Katherine: a Violet le va a encantar... —Tuvo que ponerse el pañuelo de encaje en la boca cuando le sobrevino un ataque de tos.

—¿Se encuentra bien, excelencia? —Quiso saber Kathy, levantando la vista del libro.

—Sí, solo es un poco de tos —aseguró la aristócrata.

—Estarías mejor en tu alcoba —sugirió Marie, sentándose de nuevo.

—Aquí estoy bien —afirmó, miró las llamas altas de los troncos que quemaban en la chimenea—, y muy calentita. Por cierto, cambiando de tema, quería hablar contigo de un asunto,

Marie.

—¿Un asunto? —Dejó la costura a su costado—. ¿De qué se trata?

—Debes empezar a buscar esposo.

Kathy observó a Marie y pensó que era una belleza pelirroja que atraería a muchos nobles como osos a un panal. Tenía un no sé qué exótico y tentador que cautivaba en segundos.

—Creo que no tendrás problemas —aseguró la duquesa viuda—, en cuanto la aristocracia londinense se entere de que buscas esposo, provocarás colas de pretendientes frente a Kingeston House para que los recibas.

Marie puso los ojos en blanco.

—No quiero casarme —dijo tajante.

—De ningún modo, querida —la regañó la noble—. No quiero que formes parte del grupo de bobas insensatas que se ponen en ridículo al decidir que no se casarán. Solo conseguirás prosperar en la vida si te unes en santo matrimonio con un buen partido.

—Tengo la fortuna que me dejó mi madre, no necesito a ningún hombre para que me mantenga.

—Criatura, no solo se trata de eso. Una dama hermosa como tú puede aspirar a un excelente partido de alta alcurnia que elevará tu nivel dentro de la sociedad.

—No necesito estatus para ser feliz.

Alexia cabeceó, observó su elegante y sofisticado vestido malva.

—¿Y qué te hace feliz, querida? ¿Te gastarás toda tu fortuna en vestidos y fiestas? ¿Y qué será de ti después? Las damas solteras no son bien aceptadas.

—¿Me echarás de Kingeston House, llegado el caso? —la increpó.

—Me estás ofendiendo —soltó con dureza—, jamás haría una cosa así, nadie de esta familia te echaría y te haría vivir en la miseria si lo perdieras todo, o lo malgastaras todo.

Marie se dio cuenta de que estaba pagando su frustración con Alexia.

—Lo siento... —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. No puedo casarme con nadie.

La duquesa viuda empezó a comprender su negativa.

—Humphrey está prometido, pronto se casará, debes pensar en tu futuro, querida.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Me equivoqué y pagaré mi error toda la vida —mencionó con la voz rota y en un acento francés muy marcado.

Kathy veía el dolor en el rostro de la francesa, colocó su mano sobre la de ella y la palmeó.

—Las heridas terminan por curar tarde o temprano —dijo a fin de consolarla.

Marie giró la cabeza, le sonrió con timidez en un gesto de agradecimiento.

—¿Has amado a alguien alguna vez? —preguntó la joven.

—Sí, conocí el amor pronto, pero no tuvo un final feliz.

Alexia la miró como si la desconociera. Siempre se había mostrado muy reservada con sus asuntos, tanto era así que las veces que ella le había consultado, había eludido darle respuestas. Se preguntó a qué era debido ese cambio.

—¿Qué sucedió? —indagó Marie.

Katherine encogió los hombros.

—Seguimos caminos diferentes en la vida.

—¿Es por ese amor por el que no estás casada?

Katherine soltó una pequeña carcajada.

—¡Estuve casada durante seis meses! Enviudé muy pronto.

Alexia y Marie se sorprendieron tanto que abrieron los ojos de par en par.

—¿Llegaste a amar a tu esposo? —preguntó Marie.

—Era muy buen hombre, pero eso no bastó para que me enamorara de él. Le tuve estima, nada más.

Marie se acomodó en el sofá, miró las llamas del hogar con fijeza.

—Es lo mismo que me pasará a mí si decido casarme —manifestó la francesa.

—Seguiremos hablando del tema, querida —intervino Alexia—, considero que te estás equivocando. Date unos días para asimilar que Humphrey se casará con otra.

—No me harás cambiar de opinión —aseguró la joven, negando con la cabeza.

—Si me permite, excelencia —medió Katherine—, Marie sabe lo que es mejor para ella, y no creo que ser una solterona sea un error o un pecado.

Marie le susurró un «gracias». Alexia observó a su dama de compañía, estaba muy lejos de enfadarse por la intromisión. Siempre le habían gustado las mujeres resueltas que decían lo que pensaban. Desde luego que estaba descubriendo otra Katherine que le agradaba mucho más. ¿En verdad estaba dejando atrás su carácter retraído? Aun así, nada era casual, y ese cambio que veía en ella debía ser por algún motivo. No quiso pensar más en ello, quizá se estaba obsesionando, lo reconocía.

—Esta tarde tengo que ir a la sombrerería —habló Marie mirando a la dama de compañía—, les envié un boceto de un sombreo que vi en una revista de París. ¿Por qué no me acompañas, Kathy?

—No sé si su excelencia me necesita.

—Precisamente esta tarde vendrá Lousia a tomar el té conmigo —informó la duquesa viuda—. Estaré entretenida, tenemos que confeccionar una lista de las posibles esposas para Edward.

El libro que sostenía Katherine en las manos cayó al suelo debido a la sorpresa. Se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva para deshacerlo.

—Lo siento —se disculpó agachándose para cogerlo.

—¿No crees que te estás adelantando a los acontecimientos? —mencionó Marie—. Edward puede molestarse.

—Lo sé, querida, pero a pesar de que me ha prometido buscar esposa la próxima temporada, no muestra ningún interés y debe casarse. No puede esperar más, necesitamos un heredero.

—Tal vez tendríamos que seguir con la tradición familiar del cáliz —propuso la francesa en un tono divertido.

—Bueno, también lo había pensado, pero sería la primera vez que se utiliza en un heredero.

Kathy las miraba con el ceño contraído sin entender de qué hablaban.

—¿Un cáliz para escoger esposa? No lo entiendo.

Alexia le explicó el ritual con el que sus sobrinas habían escogido sus esposos. Y lo cierto era que había funcionado a las mil maravillas. La prueba era que estaban casadas con hombres maravillosos que las amaban con locura, un amor recíproco, de esos que duran toda la vida.

—Reconozco que algo de mágico debe tener el cáliz —dijo la dama de compañía, que no salía de su asombro.

—Yo también lo pienso —coincidió la duquesa viuda—. Quizá funcione en mi hijo. Se lo propondré.

Kathy no dijo nada. La tristeza la inundó como una gran ola, siempre había amado a Edward; incluso cuando todos creían que era Tom, el hijo de Will Baley, hubo un amor profundo, sincero y puro. Tal vez en esa época hubieran tenido alguna oportunidad en el caso de que el detective no la hubiera echado de su casa para separarlos. Pero ahora que él era el gran duque de Kingeston, no tenían ninguna posibilidad. Él necesitaba la esposa perfecta que exigía su título, y no una viuda que estaba engañando a los Kingeston para arrancar a su hermana de las garras de Will Baley.

Y cuando saliera esa verdad, la repudiarían para siempre. Sobre todo Edward. Esa realidad provocó que su corazón llorara en silencio.

Capítulo 6

Alexia y Lousia estaban en el salón familiar degustando un té antes de confeccionar la lista de las esposas perfectas para Edward.

—¿Ya se han marchado Marie y Katherine? —preguntó Alexia a su mayordomo, sentada en la butaca frente a la chimenea, en cuyo interior había troncos ardiendo.

—Sí, excelencia.

—Gracias, puedes retirarte.

El sirviente desapareció y la anciana se apartó la manta de las rodillas, se levantó de una manera tan ágil que su compañera parpadeó creyendo que estaba viendo una alucinación.

—Querida, ¿qué lleva tu té que parece que tus huesos han rejuvenecido?

—¡No digas tonterías! Anda, sígueme.

La marquesa tuvo que ayudarse de su bastón y se alzó emitiendo un quejido. Estaban pasando por unos días de niebla muy húmedos que repercutían en sus huesos. En cambio, Alexia, en ese momento, estaba muy excitada y el dolor quedaba algo anestesiado, por lo que caminaba de manera más fluida. De tanto en tanto se detenía para esperar a su amiga.

—Dios santo, Lousia, apresúrate, vas más lenta que un caracol —la regañó a los pies de la enorme escalinata curva pegada a la pared.

—¿Me vas a hacer ir por allí? ¿Acaso te has vuelto loca? ¡Necesito una semana para subir los peldaños!

—Con los años te has vuelto una cascarrabias, querida —la censuró la duquesa viuda.

La agarró del codo y la ayudó a avanzar.

—¿Se puede saber a dónde quieres llevarme? —preguntó la marquesa rebufando por el esfuerzo.

—Necesito tu ayuda.

—Para qué.

—Pronto lo sabrás.

Llegaron a lo alto, se quedaron un par de minutos para recuperar el aliento y enfilaron por el pasillo al que se accedía a las alcobas. Kathy dormía frente al dormitorio de Alexia, para que esta

pudiera tenerla disponible a cualquier hora. La duquesa viuda miró a un lado y a otro antes de abrir la puerta.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —inquirió la marquesa de Wendy.

Alexia la agarró de la muñeca y, literalmente, tiró de ella para que entrara de una vez, cerró la puerta con cuidado para no hacer ruido.

—Esta es la alcoba de Katherine, necesito que me ayudes a registrarla.

Lousia la miró como si no estuviera en su sano juicio.

—Querida, ¿aún estás obsesionada con que esa muchacha esconde alguna cosa?

—¿Vas a ayudarme o no?

La marquesa profirió una maldición y cabeceó.

—¡Claro que te voy a ayudar! Aunque pienso que Katherine es una buena chica, y si esconde alguna cosa debe tener un motivo.

—¿Sabes que estuvo casada? Pero enviudó a los pocos meses.

—Nosotras también somos viudas, no entiendo qué tiene eso de raro.

—Nada, pero es muy reservada y necesito saber que bajo mi techo vive una persona de impecable reputación. Imagina el revuelo que puede causar que haya cometido alguna barbaridad como asesinar a alguien, o robar...

Se detuvo cuando su compañera empezó a desternillarse de risa.

—¿Y crees que tiene el cadáver escondido bajo la cama? —dijo entre carcajeos.

Alexia la fulminó con su mirada.

—No tiene ninguna gracia.

—¡Yo creo que sí! —exclamó limpiándose con el pañuelo ribeteado con encaje que se había sacado de la manga.

Alexia la ignoró y miró la alcoba. Era grande, con una chimenea en el lateral, perpendicular había un lecho con dosel, frente a este había dos ventanas, entre ellas había un bargueño de estilo barroco. Se acercó al mueble mientras decía:

—Tú ve al vestidor.

Lousia obedeció y fue a la puerta que había a unos metros de la chimenea, la abrió y entró. Mientras, la duquesa viuda abría los cajones del bargueño y curioseaba en su interior. Encontró una carta que le había escrito Evie, la leyó y no detectó nada sospechoso que no se le diría a una hermana, le pedía que no se preocupara por ella y le comentaba que estaba bien. Lo que sí le resultaba extraño era que solo le hubiera escrito una carta. En fin, lo adujo a que tal vez no tenían buena relación.

—Aquí no hay nada —informó Alexia cerrando los cajones.

—Pues yo he encontrado algo muy curioso —mencionó la marquesa de Wendy desde la puerta.

Alexia se dio la vuelta, se tensó tanto que el perigallo se estiró y sobresalió del cuello alto de encaje de su vestido color berenjena.

—¿Qué es eso? —preguntó acercándose a su amiga.

—Creo que son ropas de chico.

La marquesa las mantenía en alto. De hecho, no le había costado verlas, ya que contrastaban con las demás prendas, todas pulcras y bonitas, a pesar de su sencillez.

Alexia se puso el monóculo que llevaba colgado del cuello y observó las prendas.

—Son viejas y están sucias. No entiendo. ¿Qué hace mi dama de compañía con estos harapos?

—Definitivamente es muy extraño. Creo que tienes razón: algo esconde esa jovencita.

—¿Ahora me crees? —le recriminó—. ¡Siempre te lo he dicho!

Lousia miró las prendas, después a su amiga.

—Oh, no te enfades y no hagas un drama de esto, querida.

Alexia puso los ojos en blanco.

—Anda, deja esa ropa donde la has encontrado y salgamos de aquí.

Lousia obedeció, ambas se acercaron a la puerta.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó la marquesa—. ¿Se lo vas a preguntar?

—¡Claro que no! Tendría que reconocer que he registrado su alcoba. Una duquesa como yo no comete tales barbaridades, tengo una reputación, querida.

Abrió la puerta, pero con lo que no contaban las ancianas nobles era que por el pasillo pasaba Edward camino a su aposento y se las encontró cara a cara.

—Madre... —murmuró sorprendido, centró su atención en la marquesa—. Lousia... —Estiró el cuello para comprobar si detrás de ella estaba Kathy, bien sabía que esa era su alcoba; al no ver a nadie arrugó el entrecejo al tiempo que le sobrevenían muchas preguntas—. Pero... ¿qué hacéis aquí?

Lousia y Alexia se miraron. La marquesa le dio un codazo a su amiga para que dijera algo, un gesto que no pasó inadvertido al noble.

—Na... nada, hijo. Solo... —carraspeó— he venido a buscar el libro que me estaba leyendo, tengo ganas de terminarlo.

El duque las miró alternativamente, la comisura de su labio se elevó formando una mueca recelosa.

—¿Y el libro? —inquirió cruzando sus brazos a la altura del torso.

Alexia apretó sus labios, miró sus manos vacías, unió sus palmas.

—Bueno, no lo he encontrado aquí, es evidente, hijo —mencionó soltando una risita nerviosa.

—Oh, Alexia, mientes fatal —soltó la marquesa, las habían cazado y de nada serviría inventar mil excusas—. Hemos entrado a registrar la alcoba de Katherine.

—¡Qué! —exclamó colérico llevándose las manos a la cabeza—. ¿Habéis registrado la alcoba de Kathy?

—Oh, hijo, has escuchado a Lousia, no lo repitas como si fueras un loro.

—¿Os dais cuenta de lo que habéis hecho? —soltó enfadado, miró a una y a otra—. Habéis actuado como unas ladronas —sentenció.

—Duque, esa es una palabra muy fuerte —dijo Lousia muy molesta.

—Cierto —apuntó Alexia.

—También es muy feo lo que habéis hecho, ¿no creéis? —abroncó él.

—Yo no quería, fue tu madre la que me obligó —se disculpó la marquesa.

—¡Traidora! —clamó la duquesa viuda, con sus ojos gris claro escupiendo lava.

—Me has arrastrado hasta aquí —tronó Lousia defendiéndose, agarrándose a su bastón—. ¡No lo puedes negar!

—¿Queréis parar las dos? Lo que habéis hecho no ha estado bien —clamó desesperado el noble.

—Cierto, pero Katherine esconde secretos que pueden perjudicarnos —intervino la duquesa viuda.

—¿Todavía estás con la misma historia? Conozco a Kathy y es una buena muchacha, la estás insultando pensando de esa manera. Me jugaría mi cuello por ella.

—¿Tanto la aprecias?

—Hemos vivido muchas cosas juntos, y no las he olvidado.

—No niego que en esa época fuera una buena chica. Pero tú no sabes qué fue de su vida una vez que vuestros caminos se separaron.

—Escucha a tu madre, Edward —sugirió Lousia—. Tal vez no le falte razón.

—Hemos encontrado ropa de chico sucia y vieja entre sus cosas —explicó Alexia—. ¿No te parece extraño?

Edward miró la alcoba vacía, después contempló a las ancianas nobles.

—Seguro que hay una explicación —dijo él.

—Haremos una cosa, hijo —empezó a decir la duquesa viuda, le costaba entender que estuviera tan ciego y empezaba a estar irritada, enderezó la espalda y continuó—: Si tanto la aprecias, averigua la verdad de esa muchacha antes de que sea tarde para todos.

—Me parece una gran idea —dijo Lousia.

Alexia deslizó su mano por el hueco del codo de su amiga.

—Vámonos, querida, necesito un té con un poco de coñac.

Lousia se rio.

—Yo también, querida amiga.

—Ni una palabra a nadie de lo que hemos hecho hoy.

—Descuida, mis labios están sellados.

Y Edward necesitaba un whisky doble, pero se quedó allí mirando la alcoba de Kathy. ¿Y si de verdad escondía algún secreto? Se sacudió la cabeza a fin de sacarse tales pensamientos. Ella siempre había sido como la nieve recién caída: pura y perfecta.

Aun así, la duda empezó a carcomer su interior, no podía obviar las ropas viejas y sucias que había encontrado su madre. Lo había instado a que averiguara si tenía algún secreto. Reconocía que, si había algo grave, perjudicaría a toda la familia, y no quería eso. Meditó que le haría

algunas preguntas, pero al mismo tiempo admitía que se sentiría mal, era como si la traicionara y su corazón se negaba a ello.

Edward estaba rabioso y enfiló al estudio. Por supuesto había algo perturbador en el comportamiento de Kathy. Lo había sabido desde el momento en que la sorprendió llegando a altas horas de la noche, subiendo la escalinata, días atrás, y ahora estaba esa ropa vieja de muchacho. La duda estaba alimentando sus pensamientos y estaba empañando los momentos vividos en aquella lejana cocina, que se mantenía intacta en su mente a pesar de los años transcurridos. Una cocina llena de aromas y calidez en la cual ambos se enamoraron. De acuerdo, eran jóvenes, pero por aquel entonces tenían claro que sus almas estaban unidas.

Una vez dentro del estudio se sirvió un whisky generoso. Bebió un tragó mientras se sentaba en una de las sillas que rodeaban la mesa ovalada de grandes dimensiones. Tenía el vaso de cristal en la mano y contempló el líquido ambarino brillar bajo las luces de las velas de los dos candelabros posados sobre la brillante superficie.

—Por tu semblante diría que estás enfadado.

La voz de su hermano Humphrey lo sacó de sus pensamientos. Suspiró hastiado.

—Tengo que averiguar qué esconde Kathy antes de que salpique a la familia.

El marqués de Breence se sirvió un trago de whisky y tomó asiento en la silla de al lado de su hermano.

—¿Madre sigue insistiendo con lo mismo de que su dama de compañía tiene secretos?

El duque giró la cabeza y miró a Humphrey.

—Tal vez madre tenga razón.

Edward le explicó el momento en que descubrió a Kathy llegar a altas horas de la noche y lo acontecido apenas hacía unos minutos con la duquesa viuda y Lousia. El marqués no pudo hacer otra cosa que desternillarse de risa.

—Ese par, cuando se juntan, tienen más peligro que un ejército —mencionó Humphrey.

El duque soltó una ligera carcajada.

—Pueden iniciar una guerra ellas solitas.

—O detenerla.

—Cierto, no dudo de las buenas intenciones de madre y de Lousia, pero conozco a Kathy y jamás haría nada que perjudicara a la familia Kingeston, no está en su naturaleza.

Humphrey dio un sorbo a su bebida.

—¿Estás seguro? Madre tiene razón en una cosa que no puedes obviar, no sabes qué vida llevó en cuanto cada cual siguió su camino.

—Aun así, apostaría mi vida —soltó sin titubeos, removió el vaso y el licor se agitó en su interior, se lo quedó mirando un breve momento.

—Es una apuesta muy arriesgada, querido hermano.

Edward se terminó el whisky de un solo trago. Miró a Humphrey, él tampoco estaba pasando por uno de sus mejores momentos. También tenía sus fantasmas que lo acosaban cuando menos

lo esperaba. Marie lo había dejado herido cuando se marchó, y que apareciera meses después no había hecho otra cosa que abrir más esa herida. Como buenos hermanos que eran, no había secretos entre ellos, y como estaba al tanto de los últimos acontecimientos entre Sarah y su hermano, le preguntó:

—¿Ya has enviado la carta a lord Wellington? —preguntó cruzando los pies por los tobillos.

—Sí, y espero que no tarde en enviarme una respuesta.

—¿Estás seguro de seguir con la boda si Harris Nicholson está muerto?

—Por supuesto, Sarah es una buena chica y será una marquesa excelente.

—¿Y si su enamorado aparece? ¿Qué harás?

Humphrey sonrió; a pesar de que consideraba a Sarah la mejor esposa que podía tener un lord como él, creía que ella tenía derecho a vivir junto al hombre que amaba, y no pensaba poner dificultades llegado el momento.

—No voy a separarlos, y encontraré la manera de anular nuestro compromiso para que puedan casarse.

—Y después, ¿le darás una oportunidad a Marie?

Los ojos de Humphrey se endurecieron. Empujado por la rabia que sentía cada vez que escuchaba el nombre de la francesa, se levantó de golpe.

—No. Buscaré a otra para casarme.

Dicho esto se marchó. Sin embargo, a Edward no lo engañaba y sabía que bajo esa máscara de resentimiento habitaba un hombre con ganas de entregarse a la mujer que amaba. Solo el tiempo y el perdón podrían desintegrar esa máscara. Simplemente esperaba que, cuando abriera los ojos, no fuera demasiado tarde y se encontrara casado con otra mujer a la que no amaría nunca.

Capítulo 7

Alexia estaba en su alcoba a punto de meterse en el lecho cuando le pidió a Kathy que fuera a buscar a su hijo.

—¿Después querrá que le lea un poco antes de dormir, excelencia? —preguntó la dama de compañía.

—No, estoy cansada, ha sido un día ajetreado, puedes retirarte en cuanto avises al duque.

Kathy hizo una reverencia y se marchó. Edward no tardó en aparecer.

—¿Te encuentras bien, madre? —preguntó sentándose en la butaca de al lado del lecho.

—Perfectamente, hijo. —Miró un papel doblado que tenía a su lado, lo agarró y se lo entregó a su hijo—. Aquí tienes una lista de las mejores damas de la aristocracia, solo quiero que la leas, medites y escojas a una de ellas.

Edward ni tan solo desplegó la hoja de papel, se levantó y se acercó a la chimenea.

—Madre, aún no estoy preparado para escoger esposa —confesó dándole la espalda.

—¿Te crees que no me he dado cuenta? Hijo, necesitamos herederos y en esa lista sé que se halla la esposa perfecta para ti.

Él no ponía en duda que en ese escrito estaba lo mejor de la aristocracia. Pero él solo podía pensar en Kathy y en lo que le provocaba. Miró a su madre y evaluó si confesarle que su corazón lo ocupaba una mujer que ella desaprobaría por completo. Él no podría hacer como su hermano y darle la espalda al amor. Sabía que era una idea descabellada, nadie aceptaría un enlace entre la dama de compañía de su madre y él, y menos teniendo en cuenta que Kathy algo escondía. Aun así, no podía silenciar a su corazón cuando le gritaba que ya tenía dueña.

—Necesito más tiempo —pidió el duque mientras guardaba la lista en el bolsillo de su levita y se daba la vuelta.

—Tiempo es lo que no tenemos. Te propongo que utilicemos la reliquia familiar y sea el destino el que decida. A tus primas les ha funcionado.

—¡Madre! —exclamó tenso.

Ella agitó la mano en el aire.

—Por favor, no lo descartes todavía. Piénsatelo.

Edward se dio la vuelta otra vez, miró las llamas durante unos segundos. Los troncos chisporroteaban mientras escuchaba su agitada respiración en sus oídos, entonces creyó haber dado con la solución. Con una gran sonrisa, se acercó a su madre; esta receló, lo conocía lo suficiente para saber que algo tramaba.

—Madre, solo te pido un poco de tiempo, y te prometo que antes de que acabe el año habré escogido esposa.

Se sentó en el lecho y agarró las manos huesudas de la duquesa viuda, besó sus palmas con afecto y ella sonrió de agrado.

—¿Me lo prometes? —pidió la anciana noble.

—Solo si tú me prometes que si hay alguna mujer que no está en la lista y quiero incluirla en el cáliz no pondrás ningún impedimento.

—¿Será digna de ser la esposa perfecta del duque de Kingeston?

—Tan digna como todas las que has escogido.

—Está bien, hijo, confío en tu criterio y acepto.

Edward besó la mejilla de su madre. Debía descubrir qué secretos guardaba Kathy, y una vez que se asegurara de que no se trataba de nada de importancia, podría aspirar a que ella fuera su esposa. Era la única mujer que había amado y mucho temía que nunca más querría a ninguna otra. Ni tan solo sus aventuras en los viajes y en los muchos lugares en el extranjero, en los cuales había vivido, habían borrado el amor que siempre le tuvo a Kathy. Y cuando se reencontraron el pasado mes de julio al salir del Banco de Inglaterra, había hecho revivir un sentimiento que había tenido hibernando en su interior todo el tiempo.

Mientras, Katherine se preparaba para pasar una noche en The Anchor por si aparecía Will Baley. La duquesa viuda no la necesitaba, por lo que podría salir más pronto. Estaba en el vestidor y se había quitado la ropa para ponerse las de chico cuando un golpecito en la puerta la alertó. Se puso una bata beige y se acercó a la batiente. Creyó que era un sirviente que la avisaba porque la duquesa viuda requería su presencia, por lo que abrió la puerta sin más. Se quedó petrificada cuando se dio cuenta de que se trataba de Edward.

—Ed... Edward... —murmuró.

Él la miró de arriba abajo, la tela se adhería a su silueta como un guante ceñido, y su cuerpo entró en llamas. Ella agarró las solapas de la prenda y se arrebujó en su intento de protegerse.

—¿Tu madre está bien? —preguntó la mujer.

Pero Edward seguía sin decir nada, estaba demasiado absorto admirando la figura femenina y solo era capaz de prestar atención a la parte de su anatomía que crecía expectante.

—¿Edward?

—Ehhh, ¿decías?

—Preguntaba si tu madre está bien.

—Sí, acabo de dejarla en el lecho a punto de dormirse. Estoy aquí porque quiero hablar contigo.

Ella miró el pasillo.

—Creo que este no es lugar...

No pudo continuar, ya que él la agarró del brazo y la arrastró dentro, cerró la puerta.

—Aquí nadie nos molestará.

—Edward, esta es mi alcoba, y en la de enfrente está la de tu madre —se quejó la mujer—. Creo que no es adecuado que estés aquí, puede malinterpretarse.

—Nadie sabrá que he estado aquí, yo no pienso decir nada. ¿Y tú?

—¿Qué quieres de mí? —preguntó exasperada.

Edward la contempló, estaba enfadada y sus ojos pardos parecían los de una gata que estaba a punto de arañarlo. Dios santo... y solo podía pensar en que le arañara la espalda por sus embestidas, las embestidas que le estaba dando en su mente calenturienta. Carraspeó asustado por sus fuertes pensamientos, se estaba convirtiendo en un pervertido. Se centró en la pregunta y concluyó que debía ser sutil para sonsacarle información.

—Solo quiero saber cosas de tu vida. Por ejemplo, de dónde venías el otro día por la noche.

Bueno, reconoció que muy sutil no había sido, al contrario, había sido directo, pero tal vez era mejor así, siempre le había gustado la sinceridad y ella lo sabía.

—No es asunto tuyo.

—Desde que vives bajo este techo, es asunto mío. No quiero ningún escándalo que perjudique el buen nombre de la familia.

Ella apretó los labios y se dio la vuelta. Nunca le había mentido a Edward y no quería empezar en ese instante.

—Por favor, vete, estoy cansada y tengo sueño.

El duque la agarró de los hombros y le dio la vuelta.

—Me gustaría saberlo todo de ti, conocer lo que has hecho todos esos años en los que hemos estado separados.

—Ya te dije que estuve casada.

—Pero muy poco tiempo.

Ella hundió los hombros, comprendió que no se iría hasta que le hablara de su pasado.

—Después de que Will nos echara, encontramos trabajo de modistas. Mi madre cayó enferma y falleció. Me quedé sola con mi hermana Evie y no tuve más remedio que aceptar la propuesta de matrimonio de Greyson, mi esposo era comerciante de telas. Ahora ya lo sabes todo, por favor, vete.

—Pero hay cosas que no me explicas, lo sé.

Ella achicó la mirada, sorprendida. ¿Tanto se le notaba?

—¡No digas bobadas! —exclamó nerviosa.

Caminó hacia la puerta con tanto ímpetu y movimientos enérgicos que no se dio cuenta de que su bata se abría de una manera tentadora. Puso la mano en el pomo y la abrió.

—Vete.

Pero él no prestaba atención a las palabras, solo era consciente del muslo que salía de la bata y de las porciones de carne de sus pechos descubiertos. En ese instante creyó estar frente a la diosa de la tentación. Se acercó a ella mientras sus pupilas se dilataban, miró sus ojos coléricos, sus mejillas sonrojadas, sus labios carnosos, sus pechos que subían y bajaban debido a la respiración descontrolada.

—Kathy...

Deslizó su gran mano por la cintura femenina y la apretó contra su cuerpo, con la otra cerró la puerta.

—No lo hagas —musitó ella.

Él acercó sus labios a los de ella y los atrapó en un feroz beso, pero Edward se separó al instante.

—¿Que no haga qué, Kathy?

Las manos de Edward se desplazaron al cinturón de la bata, que deshizo. La prenda cayó por los hombros femeninos con parsimonia, como si se tratara de una hoja besada por la brisa; la piel de la joven se erizó de goce. El duque acarició su espalda, sus nalgas, sus caderas y fue ascendiendo por su vientre hasta llegar a sus pechos. Ella gimió al notar las yemas masculinas sobre sus pezones, que se endurecieron al instante. El deseo despertó salvaje, junto al anhelo y la necesidad. Sus caricias atrevidas eran llamas que se filtraban por su piel.

—Edward...

Colocó sus menudas manos en el ancho torso masculino y apretó para apartarlo, pero no tenía fuerzas, todos sus sentidos estaban puestos en su sexo, que palpitaba de una manera tan deliciosa que creyó que se desmayaría. No entendía qué le sucedía; por una parte no quería que ocurriera, pero por otra ansiaba como una loca que él la penetrara, era lo único que saciaría esa necesidad que recorría su cuerpo de arriba abajo, y que era la primera vez que experimentaba.

—Kathy, te deseo...

Deslizó un brazo por la parte de atrás de sus rodillas y otro por la espalda, y la alzó; la llevó al lecho y la tumbó. Edward contempló embobado la desnudez de ella. Había curvas donde debía haberlas, era esbelta donde correspondía para que un cuerpo femenino fuera espectacular, culminado por unas redondeces jugosas, con unos tentadores pezones color canela que clamaban por ser devorados. Y allí donde se unían los muslos estaba el tesoro que él más deseaba.

Edward llevó la mano ahí; ella, en un gesto instintivo, abrió las piernas. La palma masculina se deslizó por los pétalos carnosos, humedecidos de una tibieza suave como la seda, y empezó a masajear la zona. Kathy arqueó la espalda, sus pezones enhiestos fueron toda una tentación y él chupó uno y el otro de manera voraz, mientras sus dedos masajeaban el punto más tierno y jugoso. Kathy empezó a gemir con desesperación; entonces Edward aumentó la velocidad de sus yemas, y no dejó de hacerlo hasta que ella empezó a sacudirse de placer.

—Grita mi nombre, grita mi nombre... —susurró él cerca de su oreja.

Y ella obedeció, y gritó «Edward» una y otra vez como si no hubiera un mañana, mientras

enredaba sus dedos en los cabellos lisos negros.

El duque se alzó, y fue entonces cuando ella abrió los ojos. Vio que él se desabrochaba la levita, sus ojos verdes estaban velados por un brillo tentador y su rostro estaba contraído por el placer que lo estaba consumiendo. El bulto prominente que se advertía en las calzas claras era la prueba de ello.

Entonces, la mujer tomó conciencia de lo que había sucedido y no entendía cómo lo había permitido. Su fuerza de voluntad había flaqueado ante las caricias de él, pero la templanza volvía a conquistar su mente y no era sensato, ni responsable, que dejara que ocurriera, por mucho que lo deseara y por mucho que su cuerpo se lo pidiera a gritos.

Con un movimiento rápido, agarró la sábana y se cubrió, saltó al lado contrario del lecho mientras se aseguraba de que sujetaba la prenda por detrás, para mantenerla pegada a su cuerpo.

—Por favor, Edward, vete.

Él se la quedó mirando.

—Lo deseas tanto como yo.

Ella negó con la cabeza.

—No me conviertas en una furcia. No lo hagas estando tu madre durmiendo frente a esta alcoba. Solo soy su dama de compañía, ¿cómo crees que me sentiré si traspasamos esta línea?

El duque miró hacia la puerta, después observó a la mujer. Ella tenía sus ojos anegados en lágrimas.

—Jamás serás una furcia, Kathy, yo te amo y sé que tú también.

—Pertenecemos a clases diferentes. ¿Crees que no ansío despertarme un día convencida de que todos mis problemas se han solucionado y que en el mundo solo estamos tú y yo?

Edward se tensó.

—¿Qué problemas, Kathy? —preguntó en un tono duro, en ese momento tuvo la seguridad de que ella escondía algo de gravedad, no solo lo confirmaba sus palabras, sino que su cara de pavor dejaba poco espacio a la duda.

La mujer no sabía cómo arreglar su desliz, se sentía tan fuera de sí, tan abrumada por cómo los dedos de Edward le habían dado placer que no había calculado sus palabras. Rodeó la cama y, cuando llegó a su altura, lo empujó hacia la puerta, él no opuso resistencia.

—¡Márchate! —clamó al borde del llanto.

Kathy abrió la puerta.

—Descubriré lo que escondes —juró el duque.

Como respuesta, ella lo empujó una última vez hasta que salió fuera y cerró la puerta delante de sus narices. Él se quedó mirando la batiente, como si esperara que se abriera y ella le comentara lo que la perturbaba tanto. Pero nada de eso pasó; y con la rabia circulando por su cuerpo, se fue a su alcoba.

En cuanto estuvo en el interior, introdujo una mano en el bolsillo, con las yemas acarició el papel con la lista de candidatas a duquesa que le había confeccionado su madre. Su rabia

aumentó, se quitó la levita a tirones, que arrojó al lecho en un gesto de impotencia. Se sentía ofuscado, deseaba a Kathy de una manera desesperada, lo revolucionaba, y verla desnuda había sido demasiado para él. Deseaba hacerla suya, saciar su instinto varonil de miles de maneras, ¡incluso no podía reprimir su mente, asaltada con imágenes eróticas de ellos dos!

Edward se paseó frente a la chimenea en busca de calmarse. Sin embargo, le costaba, porque lo que lo ponía de muy mal humor era la poca confianza que ella le tenía. Aun así, lo secretos siempre acababan saliendo a la luz y estaba seguro de que los de Kathy también lo harían. ¿Qué era lo que escondía?

Capítulo 8

Katherine no obtuvo ningún resultado en su segunda noche frente a The Anchor: Will Baley no apareció. Llegó a su alcoba casi al amanecer, cuando Kingeston House estaba todavía en silencio. Había pasado tanto frío que cuando se metió bajo las sábanas y mantas de su lecho, para dormir un poco antes de levantarse, siguió tiritando un buen rato antes de cerrar los ojos.

Los minutos pasaron más deprisa de lo que deseaba y se despertó poco después, con el cuerpo aún entumecido por efecto del frío, que parecía no querer abandonarla. Le costaba mantener los párpados en alto, pues permanecer casi dos noches en vela empezaba a pasarle factura. Cuando atendió a la duquesa viuda, bajaron al comedor de desayuno, una taza de té le supo a gloria bendita y se sintió renacer. Aun así, seguía cansada, y de vez en cuando bostezaba cuando nadie la veía.

En esa jornada ella evitó a toda costa cruzarse con Edward. Estaba demasiado agotada y temía decir algo que delatara que estaba allí por Will Baley, para facilitarle su plan de venganza contra él y su hermano. Por suerte, al mediodía, Edward, Humphrey y los esposos de sus primas habían partido a Clevedon para iniciar las obras de esa ciudad balneario que todavía no tenía nombre. Estarían fuera una semana, una semana en la que ella podría respirar tranquila. Después de lo que había pasado entre ellos la noche anterior, no tenía valor para quedarse con Edward a solas, porque sucumbiría a sus caricias y terminarían unidos en el lecho.

Ella estaba dispuesta a todo por salvarlo a él, a su hermano y a su querida Evie; incluso dar su vida si con ello Will no se salía con la suya. Y si su plan salía bien, y todo se solucionaba, confesaría la verdad a los Kingeston. Con toda seguridad la echarían, pero lo peor de todo era que Edward la odiaría para siempre. Por ello, no podía dejar que él la sedujera y que su amor, que empezó a fraguarse a fuego lento cuando apenas eran unos críos, se hiciera más grande. Porque era fácil amar a un hombre como él, bondadoso y atento, lleno de amor por su familia, que no había cambiado a pesar de ser el duque de Kingeston y poseer una de las fortunas más grandes de Londres y de toda la aristocracia europea. Conservaba intacta esa parte buena de su carácter, que había pulido en los viajes y en las ciudades donde había vivido. De modo que debía proteger sus sentimientos antes de salir lastimada de una manera que no pudiera soportar.

Kathy se negó a compadecerse y sacó adelante el día, no sin esfuerzo. Por la noche volvió a salir a hurtadillas, ataviada con las ropas de chico, para vigilar la taberna The Anchor, y tampoco obtuvo ningún resultado. Como al siguiente día, y al otro, y entre decepciones pasó una semana. La mujer empezaba a pensar que su plan hacía aguas por todos lados. No solo se sentía frustrada porque Will no aparecía por la taberna, sino que pasar tantos días durmiendo apenas un par de horas estaba dejando huellas no deseables en su cuerpo, como unos temblores que aparecían y desaparecían, y unas enormes ojeras violáceas bajo los ojos. Pero lo peor de todo era sobrellevar el frío que tenía adherido a sus huesos, tanto era así que le dolía todo el esqueleto y caminaba como si toda ella fuera una masa sin agilidad.

A Alexia no le pasó inadvertido su estado, tampoco a Marie, pero ella se disculpó diciendo que dormía mal por las noches. Pero el día en que regresaban Edward y Humphrey de su viaje a Clevedon, se desmoronó.

Era media mañana cuando ocurrió. En el exterior llovía, era una lluvia fina y pausada de otoño. Marie había salido hacia Dorty House a visitar a su querida amiga Violet. Alexia y Lousia estaban en el salón familiar sentadas en uno de los sofás neoclásico piamontés, con sus pies reposando en unos hermosos escabeles tapizados, ojeando los diarios y comentando las noticias. Kathy había tomado asiento en el otro sofá, e intentaba que sus párpados no se cerraran mientras trataba de ojear un libro, cuyas letras le costaba distinguir debido al cansancio. Hubo un momento en que su cabeza se ladeó a un costado y no pudo evitar quedarse dormida.

Alexia y Lousia se miraron, la duquesa viuda ya hacía días que notaba que su dama de compañía estaba muy despistada y tardaba más de la cuenta en llevar a cabo sus quehaceres. Desde luego que no le había recriminado su falta de empeño, no era una tirana, nunca lo había sido y no empezaría a serlo con ella. Pero todo alrededor de Kathy le resultaba cada día más extraño. Si ya desde el principio dudó de la mujer, en cuanto vio los harapos de chico y el comportamiento de los últimos días, advirtió que eran síntomas de que ella tenía graves problemas. Creyó que era el momento de hablar claro con ella, antes de que los inconvenientes, fueran cuales fueran, le explotaran en la cara y no pudiera hacer nada por solucionarlos.

—Katherine... —llamó la duquesa viuda.

La mujer dio un sobresalto, el libro se le precipitó al suelo.

—Creo que va siendo hora de que tú y yo tengamos una charla.

La dama de compañía se tensó al tiempo que Lousia miraba a su amiga en una clara muestra de apoyo. La marquesa de Wendy también opinaba que era mejor afrontar las dudas teniendo una charla seria con la joven.

—No la entiendo, excelencia.

—Desde que pusiste un pie en Kingeston House supe que había algo que no me encajaba. Siempre te mostrabas tan distante, eras incapaz de mantenerme la mirada. —Katherine agachó la cabeza—. Como haces ahora, como si escondieras algo de lo que te sintieras culpable o te avergonzaras.

Las lágrimas rodaron por las mejillas apagadas de la dama de compañía. Estaba llegando al límite de su aguante, el cansancio acumulado la mantenía en un letargo pesado que provocaba que no pudiera pensar. En ese momento no supo qué decir, solo tenía ganas de llorar, porque su excelencia tenía razón.

—Por el amor de Dios, criatura —habló la duquesa viuda, con algo de esfuerzo se levantó y se sentó al lado de la joven—. No te estoy diciendo todo esto para hacerte llorar.

Kathy se limpió las lágrimas con manos temblorosas.

—Lo sé, excelencia.

—Reconozco que ha habido un cambio en ti, ahora eres más cercana, incluso parece que tú y Marie os lleváis muy bien, algo de lo que me alegro, pues es una faceta tuya que desconocía y me complace mucho.

Kathy alzó la vista y se miraron.

—¿Eso quiere decir que le agrado un poco?

Alexia le agarró una mano y se la apretó con cariño.

—Nunca me has caído mal. Pero es evidente que tienes problemas, y, entiéndeme, vives bajo el techo de Kingeston House y necesito saber hasta qué punto esos problemas pueden perjudicar a la familia. Tal vez si confiaras en mí, podría ayudarte a solucionarlos para que nadie saliera perjudicado. Bien sabes que tengo contactos, y puedo hacer y deshacer a mi antojo.

Kathy empezó a temblar. Solo podía pensar en Evie, Edward y Humphrey. Y tal vez iba siendo hora de confiar en alguien. Alexia la miraba con dulzura, en el brillo de su mirada no había ni una pizca de recriminación, era evidente que quería que se apoyara en ella. Sí, cierto, era el momento de sincerarse y pedir ayuda.

—Excelencia, yo... yo. —Negó con la cabeza, incapaz de continuar.

—Katherine, tómate tu tiempo, no tenemos prisa.

La mujer asintió.

—Lo que más cuesta es empezar, una vez que lo haces, la paz regresa al cuerpo —intervino Lousia, que se compadecía de Kathy y con sus palabras quería hacérselo fácil.

—Se trata de sus hijos, excelencia.

Alexia se puso nerviosa.

—¿Mis hijos? Explícate, por favor —pidió llevándose la otra mano al corazón, que empezó a latir deprisa.

Kathy tragó saliva, abrió la boca para continuar, pero el mayordomo entró evitando que siguiera con su confesión.

—Señorita Katherine Dean, ha llegado una carta para usted —informó portando la correspondencia en una bandeja de plata.

La mujer tuvo un mal presentimiento, se alzó como si de pronto el sofá hubiera entrado en llamas. Sus dedos temblaban y agarró la carta, cual fuera una copa con veneno. La duquesa viuda y la marquesa la miraban con atención. La primera fue consciente de los temblores continuados

de la mujer, porque no solo eran sus manos, sino que todo su cuerpo aparentaba haber entrado en un estado de agitación y parecía a punto del colapso. La anciana noble se levantó y acarició la espalda de Katherine.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó en un tono preocupado mientras el mayordomo se retiraba después de hacer la correspondiente reverencia.

Lousia también temía por la mujer, pues su rostro había perdido tanto color que incluso sus labios tenían un tono blanquecino preocupante.

—¿Puedo ayudarte en algo, muchacha? —inquirió la marquesa, se quedó sentada, ya que levantarse le suponía demasiado esfuerzo y no lo hacía si no era estrictamente necesario.

Kathy no contestó, contempló la carta con mirada perdida, tragó saliva y se aventuró a mirar el remitente. Como suponía, era de Evie; Will Baley había puesto el plan en marcha. Tal como le había dicho en su encuentro tiempo atrás en la taberna The Anchor, le haría saber sus planes con una carta que le enviaría a nombre de Evie para no levantar sorpresas.

El cansancio, el dolor, la tristeza, la frustración, el frío pegado a sus huesos, su llanto interior, la impotencia... formaron una bola en su interior que la asfixió. Entonces, la carta resbaló de entre sus dedos y cayó al suelo, inmediatamente después, emitió un gemido antes de desmayarse.

En ese mismo instante llegaban Humphrey y Edward de su viaje a Clevedon, que caminaban por el pasillo con dirección al salón familiar, para saludar a la familia. Al duque se le atascó la respiración cuando vio a Kathy en el suelo y a su madre arrodillada a su lado, le había deslizado el brazo bajo la nunca para alzarle la cabeza y con la otra mano le golpeaba las mejillas para que volviera en sí.

—¡Madre! —exclamó Edward.

Su progenitora giró la cabeza.

—¡Oh, Edward, Humphrey, ayudadme!

Ambos nobles se acercaron a la carrera, agarraron a Kathy y la tumbaron en el sofá, le colocaron un mullido cojín bajo la cabeza.

—Iré a buscar al médico —dijo Humphrey.

Mientras, Lousia tocó la campanilla, el mayordomo no tardó en aparecer, este se quedó estupefacto ante la escena y la voz de la marquesa de Wendy lo hizo reaccionar.

—Trae el frasco de sales aromáticas, ¡rápido! —pidió la anciana noble.

—Kathy, Kathy, abre los ojos —demandó preocupado el duque.

Pero hasta que no le pusieron el frasco de sales debajo de la nariz, no reaccionó. Abrió los ojos con lentitud; y en cuanto enfocó su mirada, vio al duque y le sonrió.

—Edward... —musitó de una manera suave que arrancó un suspiro de alivio al noble.

—Me has asustado.

Lousia y Alexia se miraron. La pareja actuaba como si no hubiera nadie a su alrededor, salvo ellos dos. No hizo falta que cruzaran ninguna palabra para advertir que entre esos dos había algo más que una relación de amistad. La duquesa viuda empezó a entender el motivo por el cual su

hijo estaba postergando la elección de una esposa.

En ese momento entró Marie, que había regresado de casa de Violet.

—Oh, ¿qué ha sucedido? —preguntó acercándose a Kathy.

—Se ha desmayado —informó Alexia, por el rabillo del ojo vio la carta en el suelo, sin abrir, que había recibido su dama de compañía hacía unos minutos, se agachó y la cogió—. Todo ha sucedido en el momento de recibir esta carta.

Edward se levantó y cogió la misiva que le entregaba su madre.

—Es de mi hermana —dijo preocupada Kathy, temiendo que la abriera, se sentó y alargó la mano para tomarla, él se la dio—. En cuanto esté mejor la leeré.

—¿Habéis avisado al médico? —preguntó la francesa.

—Humphrey ha ido a buscarlo —informó Lousia.

Marie se acercó a la dama de compañía.

—Te ayudaré a subir a tu cuarto, Kathy. El médico no tardará en llegar.

Ella no opuso resistencia y dejó que Marie la acompañara a su alcoba. De hecho, prefería salir de allí, necesitaba leer la carta lo más pronto posible.

En cuanto ellas abandonaron el salón familiar, Lousia y Alexia volvieron a sentarse, el duque lo hizo en el lugar donde había estado Kathy.

—Hijo, Kathy tiene problemas graves, y ha sido el motivo por el cual se ha desmayado.

—Madre, sufre por su hermana, siempre estuvieron muy unidas.

—No intentes disculparla, he hablado con ella antes de que cayera al suelo.

El duque se tensó en su asiento.

—¿Y qué has descubierto?

—Que sus delicados secretos tienen que ver contigo, con tu hermano y con su hermana Evie.

—¡Qué! —exclamó, su semblante mostró su turbación, se levantó y se acercó a la chimenea.

—Eso es lo que ha confesado antes de recibir la carta y desmayarse —afirmó Lousia.

Alexia observaba a su hijo, tenía las manos en la repisa de la chimenea y miraba las llamas.

—¿Estás enamorado de Katherine, hijo? —preguntó sin andarse con rodeos.

Él se giró en el acto.

—¡Madre! —exclamó a modo de censura.

—Hijo, soy demasiado vieja para que me des excusas, quiero la verdad, la verdad de lo que hemos visto Lousia y yo entre mi dama de compañía y tú hace un instante.

Edward miró a la marquesa, después a su madre, esta mantenía el rostro rígido a la espera de que respondiera.

—Sí, la amo desde siempre, pero puedes estar tranquila, ella nunca se casará conmigo, la conozco, no lo permitiría.

No pudieron continuar, ya que el médico apareció junto a Humphrey. Para alivio de todos, la joven no tenía nada de gravedad, solo estaba agotada, por lo que mejoraría en cuanto descansara.

Mientras, Kathy se había quedado sola en su alcoba, había guardado la carta bajo la almohada

y esperó unos minutos antes de abrirla, para asegurarse de que nadie irrumpiría en la estancia. Por suerte, el médico había informado a la familia que con reposo se restablecería pronto, por lo que nadie la molestaría.

Se sentó en el lecho y abrió el sobre. Desplegó la carta con movimientos frenéticos; y mientras sus ojos recorrían las palabras, las lágrimas acudieron a sus ojos.

Will Baley le pedía que en una semana exacta condujera, con cualquier excusa, a Edward y a Humphrey al puerto si quería ver a su hermana con vida.

Katherine se llevó las manos a la cara y empezó a llorar desconsolada. ¿Qué haría si Will no aparecía por The Anchor antes de una semana?

Capítulo 9

Llegó la noche, y a pesar de la recomendación del médico para que guardara reposo un par de días, Kathy se levantó y, como cada madrugada desde hacía días, se vistió con los harapos de chico. Por suerte, el doctor había aconsejado que la dejaran tranquila, por lo que se fue hacia la taberna The Anchor con la seguridad de que nadie la visitaría en su alcoba.

Afortunadamente, había dejado de llover, cosa que agradeció, porque, tal como estaba de débil, corría el peligro de coger una pulmonía si se mojaba. Las calles en aquella zona estaban en malas condiciones y se habían formado charcos de todas las formas y dimensiones posibles. Había algunos tramos en los que había que hacer equilibrios para no mojarse los pies. Los pocos carruajes que pasaban por allí salpicaban a los transeúntes cuando las ruedas los cruzaban.

Cuando llegó a la taberna, ella se quedó en un rincón, escondida en la penumbra para que nadie la viera. Lo cierto era que esa noche estaba siendo tranquila. Había pocas prostitutas, y clientes aún menos. The Anchor estaba medio vacía, y pensó en irse pronto, ya que dudaba de que esa fuera la noche en que apareciera Will, algo que la desesperaba.

Su humor cambió cuando a lo lejos vio una silueta conocida. Abrió los ojos como si fuera un búho en la noche. La figura, ataviada con capa y un sombrero, se acercó a la taberna. Cuando la puerta se abrió y escapó la luz interior se percató de que era Will Baley.

Mientras tanto, en Kingeston House, Edward no podía dormir. Estaba sentado en la butaca que había frente a la chimenea. Había perdido la cuenta de los minutos que hacía que miraba las llamas. Le resultaba imposible tranquilizarse después de todo lo que había pasado con Kathy. Necesitaba respuestas cuanto antes, se negaba a perder ni un minuto más.

Se puso su bata de satén gris y se plantó frente a la habitación de ella. En un primer momento quiso entrar y hacerle confesar la verdad de los problemas que la atosigaban de tal manera que la habían enfermado, pero recordó su rostro ceniciento y sus ojos llenos de lamentos cuando se desmayó, y su corazón se encogió. Además, el médico había aconsejado que la dejaran tranquila, al menos esa noche, por lo que se dio media vuelta. Pero se encontró con Marie.

—Supongo que has venido a saber cómo está Kathy —dijo la francesa—. Y a buscar respuestas.

—Esa era mi intención, madre ya te ha explicado el misterio que rodea a Kathy.

—Sí, pero creo que esta noche no es el momento de acosarla con preguntas.

—Lo sé, y el médico ha dicho que la dejemos descansar tranquila.

—Te importa, ¿verdad? —Las facciones de Edward se descompusieron—. No pongas esa cara, tu madre también me ha explicado que estás enamorado de ella.

—Entonces no servirá de nada que lo niegue.

Marie cruzó los brazos a la altura del torso.

—Sinceramente, no. Lo cierto es que hacéis buena pareja.

Edward miró hacia la puerta de la alcoba.

—Sí, pero ella nunca me aceptará.

—Lamento escuchar eso, porque tengo la intuición de que sería una gran duquesa. En muchas cosas me recuerda a tu madre.

Él rio, también pensaba lo mismo, ambas eran mujeres fuertes y resueltas que no se dejaban intimidar por nada ni nadie.

—¿Vas a entrar a verla? —preguntó él.

—Sí, aunque el doctor nos ha dicho que la dejemos tranquila, solo será un minuto. ¿Quieres que después te informe de cómo está?

—Te lo agradecería.

Marie le sonrió, y tocó la puerta con los nudillos. Edward echó a andar, pero se detuvo en cuanto Marie volvió a golpear la batiente.

—Kathy, ¿estás despierta? —insistía la francesa.

Pero no obtuvo respuesta. Edward se acercó, ella tenía el oído pegado a la puerta.

—No escucho nada, Edward. —Se llevó la mano al corazón, su semblante se angustió—. Es muy extraño, ¿y si está peor?

El duque dejó a un lado las normas de educación, abrió la puerta de golpe y entró. La alcoba estaba casi a oscuras. Había las últimas ascuas en la chimenea y aportaban al ambiente un halo débil de luz que provocaba que las sombras se alargaran. Aun así, advirtió el lecho vacío. Marie entró y se colocó a su lado.

—Y Kathy, ¿dónde está? —preguntó ella sorprendida.

—No tengo ni idea.

Se acercó al lecho, las sábanas y mantas estaban apartadas del costado por donde Kathy había salido. Se acercó, y a pesar de la poca luz, se percató del papel desdoblado que había cerca de la almohada. Lo cogió y se acercó a la chimenea, para que la claridad que desprendían las ascuas le permitiera leer. Entonces Edward sintió que el corazón se detenía. Debía ser muy evidente su estado, pues Marie le preguntó:

—¿Qué sucede, Edward?

Él la miró, se acercó a ella.

—La carta no está firmada, pero no es de Evie.

—¿Qué dice? —inquirió a toda prisa, con los nervios a flor de piel.

El duque contempló el papel, un sudor frío empezó a recorrerle la espalda.

—Que en una semana debe llevarnos a mí y Humphrey al puerto. —Cabeceó al tiempo que la respiración se atascaba en sus pulmones, alzó la vista y miró a Marie, tragó saliva—. Creo que Will Baley y ella están compinchados.

—¡¿Qué?! ¡Eso no puede ser! ¡Kathy es buena chica!

En el interior del duque, la sorpresa fue dejando paso a la rabia. Le entregó la carta a Marie.

—Voy al puerto.

No dio ni un paso cuando Marie lo agarró de la muñeca.

—¡No puedes ir solo!

Edward hizo rechinar los dientes. Ella tenía razón, por lo que se dirigió a la alcoba de su hermano a zancadas largas, Marie lo seguía de cerca. Él abrió la puerta de golpe, se acercó al lecho y sacudió a Humphrey, este se incorporó de inmediato.

—¡Edward!, ¿te has vuelto loco? ¿Acaso la casa está en llamas para tenerme que despertar de esta manera?

El duque ignoró sus quejas.

—Vístete, nos vamos al puerto. Will Baley está allí.

Fue entonces que se percató de la presencia de Marie, que estaba en la puerta de su alcoba.

—¿Y ella qué hace aquí?

Edward había ido a su vestidor y ya regresaba con ropas, que tiró encima de su hermano.

—No tenemos tiempo que perder. —Miró a Marie—. Y tú despierta a madre, id a Bow Street y avisad de que vayan al puerto, que Will Baley se esconde allí. Que se den prisa antes que se escape de nuevo.

***

Los latidos del corazón de Kathy incrementaron su velocidad y martilleaban en sus sienes. Su respiración se hizo más profunda y toda ella empezó a temblar de emoción. Por fin había dado con Will Baley. Desde luego que las cosas podían salirle muy mal, pero cabía la posibilidad de que terminaran bien, por lo que se centró en ello para no perder la esperanza.

Will no tardó en salir, lo hizo acompañado del rudo marinero de cincuenta años con la piel del rostro cuarteada que ella había visto cuando se citó con el detective en el mismo lugar. Los siguió de lejos a fin de que no la descubrieran. Caminaron por varias callejuelas a paso ligero y llegaron al puerto. El olor a salitre inundó las fosas nasales de la mujer. Ella los seguía pegada a las paredes, que era donde había más oscuridad. No tardaron en subir, por una rampa, a un barco de grandes dimensiones. Tenía el aspecto de haber surcado muchas veces el océano Atlántico.

Katherine esperó a que hubieran cruzado la cubierta y entraran para poder subir con seguridad. No detectó a ningún marinero, todavía era pronto, y quizá estaban con mujeres. Entró con sigilo,

la peste a pescado podrido unido al hedor de habano rancio que desprendían las paredes fue un puñetazo en el estómago. Le sobrevinieron unas arcadas fuertes que amenazaron con vaciarle el estómago, pero logró controlarlas. Prestó atención y escuchó voces que salían por una puerta medio abierta, y se acercó. Se asomó lo suficiente para ver a Will quitarse la capa y el sombrero mientras el marinero servía dos vasos de ron.

—Cuanto esto acabe, quiero a la chica —mencionó el marinero mientras se sentaba, su tono de voz era rudo y se detectaba su poca clase.

—Evie será para ti —sentenció el detective tomando asiento también.

Kathy pegó la espalda a la pared de madera y se mordió el puño para que no escucharan su frenética respiración. Ese desalmado no pensaba soltar a su hermana en cuanto obtuviera lo que quería. Tampoco le extrañaba, era un hombre sin honor, malvado y ruin.

Will bebió de un trago su ron, extendió el brazo para que el marinero se lo volviera a llenar. Kathy se tapó la nariz con el brazo, pues el hedor era insoportable y fermentaba en su interior de manera peligrosa. Si vomitaba la escucharían.

—¿Dónde la tienes? —preguntó Will.

—La fui a buscar a la casa abandonada que me dijiste y la traje aquí. Está en el camarote al final del pasillo. ¿Quieres verla? Solo tiene la mejilla magullada, tuve que pegarle para que obedeciera.

—No, me da igual cómo esté, puedes hacer con ella lo que quieras, solo la mantuve con vida por si tenía que presionar a su hermana Kathy, pero no ha hecho falta.

—¿Y mi dinero?

—Te lo daré cuando Edward y Humphrey estén atados con cadenas en la bodega. Ten todo preparado para zarpar en una semana.

—En la plantación de algodón los tratarán como se merecen —soltó entre carcajeos—. ¡Ningún esclavo ha sobrevivido más de dos años bajo los látigos de los capataces y las duras jornadas de trabajo!

—Solo quiero que sufran una buena temporada antes de morir.

Ambos hombres alzaron sus vasos y brindaron.

Kathy se sentía horrorizada. De modo que ese era el infierno que tenía preparado para los hermanos. Quería secuestrarlos y llevarlos a una plantación al otro lado del Atlántico, propiedad de personas crueles donde los tratarían como esclavos. La maldad de esos hombres la dejó sin aliento.

Kathy debía darse prisa. Sacó otra vez la cabeza para ver qué hacían, seguían bebiendo, para regocijo de ella. Su hermana estaba al final del pasillo, para llegar al camarote debía pasar por delante de la puerta sin ser vista. Tenía que esperar el mejor momento, pero casi lo echa todo a perder cuando una enorme rata pasó por su lado y tuvo que taparse la boca con una mano para ahogar un grito.

Por fin pareció que el momento llegó y aprovechó el instante en que ambos hombres reían a

carcajadas, y que ya estaban un poco borrachos, para pasar por delante de la puerta. Suspiro de alivio cuando lo consiguió, y con mucho sigilo llegó a la puerta del camarote del final del pasillo. Tenía la llave echada, por suerte esta seguía en la cerradura.

La abrió con sumo cuidado a fin de no hacer ningún ruido, abrió y entró, y cerró con el mismo cuidado. En una viga de madera del techo había un clavo donde colgaba un farolillo con el cabo de una vela encendida. Su hermana estaba en un camastro pegado a la pared, le daba la espalda.

—Evie —susurró acercándose.

Su hermana se incorporó al instante, Kathy colocó un dedo índice en sus labios para que guardara silencio. Evie a duras penas se levantó y se abrazaron. A Kathy se le cayó el alma a los pies cuando se percató del moratón en la mejilla. Tenía el pelo oscuro sucio y enredado, sus ropas eran viejas y estaban mugrientas, y sus preciosos ojos negros permanecían hundidos. Si bien ella había sido más delgada de lo normal, en ese momento presentaba una escualidez preocupante; a duras penas podía sostenerse en pie por lo débil que estaba. Sin duda, Will no le había dado comida, solo lo suficiente para no fallecer, ni tampoco le había proporcionado ropa decente, ni tan solo le había permitido que se aseara. Las ganas de matar a ese hombre crecieron en su interior, había hecho pasar a su hermana por un infierno, algo que no le perdonaría jamás.

—Tenemos que salir de aquí sin hacer ruido, ¿podrás? —preguntó Kathy viendo que se tambaleaba.

Evie asintió, Kathy era consciente de que ella no estaba en mejores condiciones. Arrastraba el cansancio de días, estaba mareada y tenía el estómago revuelto. Aun así, pensaba sacar a su hermana de esa pesadilla. La agarró de la mano y salieron con cuidado de no hacer ruido. Se escuchaba a ambos hombres brindar y reír; Kathy sonrió, ya que les proporcionaba cierta ventaja saber que el alcohol mermaría su capacidad de reacción.

Ambas mujeres avanzaron pegadas a la pared de madera, olía a habano rancio, era evidente que el humo a tabaco se había pegado a las paredes durante años. Llegaron a la puerta, Kathy hizo un gesto a su hermana para que se detuviera. Después, sacó un poco la cabeza, ambos criminales seguían sentados alrededor de la mesa y la botella de ron estaba casi vacía.

Kathy miró a su hermana, esta asintió, tenían que pasar por delante y debían hacerlo rápido para que no las vieran. Cogió a su hermana de la mano, Evie inspiró profundo para cargarse de fuerzas. Kathy tiró de ella al tiempo que daba un par de zancadas largas; sin embargo, Evie notaba la musculatura de sus piernas atrofiadas a consecuencia de los meses que había pasado encerrada sin poder caminar, y resbaló precipitándose al suelo.

Los carcajeos de los hombres cesaron al mismo tiempo que dejaban con fuerza sus vasos sobre la mesa. Ambos miraron hacia la puerta y se les congeló el rostro.

—¡Maldita sea! —gritó Will al ver a las dos hermanas, mientras se levantaba con tanta fuerza que la silla cayó al suelo—. Hay que cogerlas, ¡que no se escapen! —voceó.

Ambos delincuentes corrieron a la puerta, en tanto Kathy ayudaba a su hermana para que se levantara.

—¡Vamos, Evie, deprisa! —exclamó.

Su suerte fue que ambos hombres estaban borrachos y sus pasos titubearon, cosa que provocó que el que iba detrás chocara con el de delante y se dieron con los dientes en el suelo.

Kathy y Evie, cogidas de la mano, salieron al exterior, llegaron a la rampa para desembarcar, los dos hombres las seguían de cerca. Evie estuvo a punto de caerse de la rampa al mar, y la reacción rápida de su hermana evitó que sucediera. Corrieron por el puerto, pero Evie no podía ni con su alma, empezaba a marearse y tenía la sensación de que el suelo se ondulaba bajo sus pies. Kathy la agarró de la cintura, deslizó un brazo de su hermana por su cuello y se obligó a cargar con ella. De soslayo apreció a los hombres acercarse demasiado. Era cuestión de segundos para que las atraparan, bien lo sabía, y su corazón empezó a latir tan deprisa que le dolía. Si las cogían ya se podían dar por muertas. ¡Necesitaba de un milagro!

Capítulo 10

Edward y Humphrey se sentían desesperados, habían dado vueltas por el muelle con el carruaje, pero no habían visto nada, por lo que le ordenaron al cochero que se detuviera.

Descendieron si ponerse el abrigo, avisaron a los lacayos y al cochero que estuvieran atentos por si acudían los agentes de Bow Street y que les informaran hacia dónde habían ido. Estaban tan desesperados que no notaban el frío húmedo de la noche, la niebla empezaba a posarse en el puerto, algo que les dificultaría la visión, y más teniendo en cuenta que en muchas zonas no había luz. Empezaron a correr de un lado a otro, sin saber muy bien a dónde dirigirse. Decidieron ir hacia la dársena interior, pues por allí había barcos anclados de hacía tiempo.

Si bien había niebla que opacaba cada vez más el ambiente, había unos farolillos colgados en las paredes de los edificios colindantes. Su luz fue suficiente para apreciar las siluetas de dos mujeres caminando con dificultad.

—¡Kathy! —gritó Edward.

Ambas se detuvieron, detrás de ellas aparecieron el rudo marinero y Will, los ojos de este se cruzaron con los del duque y el marqués. Por un momento todos se quedaron inmóviles.

—¡Tú, quédate con las chicas, yo voy a por esos malnacidos! —gritó Humphrey, dicho esto salió corriendo tras ellos.

Edward se acercó a las mujeres.

—Evie está a punto de desmayarse —murmuró a duras penas Kathy, casi no podía hablar, pues le faltaba el aliento.

Al duque le conmovió ver a Evie en el estado en el que estaba, tan delgada y pálida, se compadeció de ella y la cargó en sus brazos. Después, Kathy y él se miraron, los ojos verdes masculinos se habían convertido en dos icebergs que caían sobre ella, esta reculó un paso. Negó con la cabeza, con el dolor contrayendo sus entrañas, consciente de que había perdido a Edward para siempre.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó ella.

—Encontré en tu lecho la carta que, supuestamente, te había enviado Evie. Fue fácil llegar a conclusiones.

—Lo siento, puedo explicártelo...

—¡Calla! —la cortó él, con un tono tan duro que a la mujer se le heló la sangre en las venas—. ¡No quiero escuchar a una mentirosa!

—¡Tú no sabes nada! —exclamó, en su intento por explicarse—. No tuve más remedio cuando Will...

—¡He dicho que te calles! —gritó con la mandíbula tan rígida que provocó que su tono fuera contante.

A lo lejos, ambos escucharon el chapoteo de alguien que caía al mar. Miraron en dirección al sonido, unos pasos los alertaron de que alguien se acercaba. Edward llevaba a Evie en brazos, la pegó con fuerza a su cuerpo y se colocó delante de Kathy para protegerla. Cuando los pasos se acercaron a la zona donde había luz, se percataron de que era Humphrey.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el duque.

El marqués alzó las palmas.

—Cuando estaba a punto de cogerlos se han tirado al mar.

—No creo que sobrevivan, el agua está helada y a oscuras no pueden orientarse.

—Si quieres que te diga la verdad, me importa poco, solo espero que mueran lentamente.

El duque no podía estar más de acuerdo y no le llevó la contraria. Esta vez el sonido de carruajes les llamó la atención, no tardaron en aparecer los agentes de Bow Street, también había llegado Marie, que bajó rápido del carruaje a atender a las mujeres. Alexia se quedó dentro del vehículo y desde la ventanilla contemplaba el bullicio con un semblante de preocupación.

Los agentes se quedaron a inspeccionar la zona y el barco del marinero. También buscarían los cadáveres de los dos hombres, pero tendrían que esperar a que se hiciera de día. Los demás se fueron a Kingeston House.

Katherine y Evie iban en el carruaje de la duquesa viuda junto a Marie, que permanecían sentadas frente a ellas. Ninguna se atrevió a mencionar palabra alguna y el silencio imperaba en el interior del carruaje, como si fuera un indeseado pasajero. Solo el traqueteo de las ruedas lograba romper ese mutismo tan espeso. Kathy era incapaz de alzar la vista y mirarlas, la vergüenza y la culpabilidad eran demasiado grandes; aun así, asumiría el castigo que quisieran imponerle.

Llegaron a Kingeston House, en cuanto entraron, Marie se encargó de Evie.

—Voy a llevarla a una alcoba, necesita un baño, comida y descanso —mencionó agarrando a la joven por la cintura para ayudarla a caminar—. No te preocupes por nada, Evie, mi dama de compañía te ayudará en todo.

—Gracias... —susurró con lágrimas en los ojos.

—Ahora estás a salvo. Nadie puede lastimarte.

Empezaron a subir los escalones, Kathy se quedó quieta en el lugar, con las manos entrelazadas en el vientre. Seguía sin atreverse a levantar la mirada; no obstante, sentía los ojos de Alexia, Edward y Humphrey sobre su cuerpo, y tembló de miedo. A su alrededor escuchaba

los pasos ajetreados del mayordomo; sin duda, el servicio, a esas alturas, estaría conmocionado, ya que todos debían saber lo que había sucedido.

—Ve a tu alcoba y cámbiate —ordenó Alexia.

Kathy asintió.

—Nosotros te esperamos en el salón familiar para que nos des una explicación —dijo en un tono firme el duque.

Ella ni tan siquiera los miró, subió rápido la escalinata y se encerró en su alcoba. Primero se lavó la cara y las manos, después se metió en su vestidor. Cogió el primer vestido que vio, un modelo floreado de cintura alta ribeteado con cintas rojas. Se peinó y se hizo un moño en la nuca, pues sus manos temblaban tanto que no pudo hacerse otra cosa.

Se miró en el espejo, se alisó la falda del vestido en un gesto de nerviosismo. Respiró con profundidad, dispuesta a explicarse delante de la familia. No sabía muy bien qué esperar. Bueno, sí que lo sabía, la echarían; con todo, asumiría el castigo, fuera cual fuera.

Sin más, bajó a la planta inferior y enfiló al salón familiar. Por unos segundos se quedó bajo el marco de la puerta. En un sofá estaban Humphrey y Edward; y en otro, Alexia y Marie. Ella tomó asiento en una de las sillas que había cerca de los sofás. El mayordomo y uno de los lacayos iban de un lado a otro sirviendo el té; por más que los sirvientes intentaban esconder sus emociones, se apreciaba el nerviosismo y la sorpresa por todo lo que había acontecido esa noche. Kathy solo esperaba que no la odiaran, bien sabía que toda la familia era querida por la servidumbre, los Kingeston los trataban con respeto y sus sueldos eran altos en comparación con los sirvientes de otras familias pudientes.

Kathy los miró uno a uno rogando compasión.

—Supongo que entiendes que te exijamos una explicación —habló la duquesa viuda mirando a su dama de compañía—. Nunca me ha gustado juzgar a la ligera, prefiero esperar a hacerme una idea después de las debidas explicaciones.

—Lo entiendo, excelencia.

—Madre, estás siendo demasiado considerada —aseveró el duque, clavó sus ojos verdes en los oscuros de Kathy—. En realidad, su deber es decirnos la verdad, y si no lo hace, deberá atenerse a las consecuencias.

En sus demandas había implícito el odio que empezaba a sentir por ella, todos los presentes se dieron cuenta.

—Edward, creo que no estás siendo justo —censuró Humphrey.

—¿Justo? —Se levantó de inmediato—. Es ella la que no ha sido justa con nosotros.

—Déjala hablar —pidió el marqués.

Edward se volvió a sentar, ella tomó aire y empezó a relatar su calvario. Explicó el día en que Will Baley secuestró a su hermana en su hogar, una enorme casa señorial en Surrey, que había heredado de su esposo junto a una enorme fortuna. Will le pidió, a cambio de liberar a su hermana, las cabezas de Edward y Humphrey. Contó su encuentro con el detective en la taberna

The Anchor y las noches que había hecho guardia para dar con él y seguirlo, ya que no tenía intención de cumplir con sus deseos.

—Entonces, el encuentro fortuito frente al Banco de Inglaterra no fue casualidad —mencionó Edward, en su tono se evidenciaba su dolor—. Simulaste estar en apuros, porque sabías que te ayudaría.

Ella percibía su desilusión y quiso llorar de impotencia.

—Lo siento, excelencia —se lamentó, su voz se quebró, clavó sus ojos negros en sus manos, que colocó sobre la falda de su vestido—. No tuve alternativa, espero que lo entienda.

—¿Y has estado todas las noches haciendo guardia delante de la taberna tú sola? —inquirió la duquesa.

—Sí —contestó sin levantar la cabeza—. No podía permitir que ese mal hombre se saliera con la suya.

—Hace falta tener valor, querida.

A Kathy le sorprendió el comentario, por lo que alzó la mirada. Esperaba encontrarse con el reproche de una dama que admiraba, pero halló el brillo de la admiración. Alexia podía utilizar sus influencias para hacerle la vida imposible; sin embargo, detectó que estaba lejos de tomar esa decisión. Tal certeza le dio esperanzas de que algún día la perdonaran. Era su mayor deseo, amaba a esa familia y no ansiaba que la vieran como una persona sin escrúpulos. Quería que los recuerdos que dejara en ellos fueran hermosos, sobre todo en Edward. Aunque pedía un imposible, bien lo sabía, así que no le quedaba más remedio que resignarse. Y esperar. Esperar a que la comprendieran.

—¿Valor, madre? —reprendió el duque—. Creo que ha sido una inconsciente, ¿qué hubiera sucedido si Humphrey y yo no hubiéramos aparecido justo en el momento que Will y su compinche estaban a punto de alcanzarlas? Ese engendro del diablo no hubiera tenido compasión.

—¿Crees que no lo sé? —increpó Kathy a voz de grito, lo sensato en esos instantes era guardar silencio y esperar a que pasara el chaparrón, pero no podía. De hecho, no perdería más de lo que había perdido, ya que nunca más recuperaría la confianza de él—. El estado de mi hermana es prueba suficiente para saber que nos hubiera esperado una muerte lenta, no hace falta que me lo recuerdes.

Debido a los nervios lo tuteaba y le gritaba, obviando que no estaban ellos dos solos. Tragó saliva por su atrevimiento, él era un duque y ella no era nadie. Sin embargo, ninguno de los presentes se mostró indignado por la confianza que parecía tenerle a Edward y, aún menos, por su estallido de rabia. Al contrario, la miraban fascinados, y eso la descolocó.

Edward se levantó, y se acercó a ella.

—Nos mentiste a todos —sentenció el duque.

—No pude hacer otra cosa.

—Claro que sí, hubieras podido confiar en mí.

—Tenía miedo de que le hiciera daño a mi hermana.

—¡No eres mejor que Will! —exclamó con las aletas de su nariz dilatadas, evidenciando su furia descontrolada.

Ella se llevó las manos a la cara y empezó a llorar.

—¡Ya basta! —voceó la duquesa.

Marie se levantó y se acercó a Kathy. Se puso en cuclillas frente a ella.

—¿Estás bien, Kathy? —preguntó entregándole su pañuelo. De soslayo fulminó al duque con la mirada.

—Sí, gracias —respondió, tomó el pañuelo, se limpió las lágrimas y se levantó—. Solo quiero que sepan que aceptaré las consecuencias de lo que hecho.

—¿Las consecuencias? —preguntó Marie.

—Entenderé que me lleven presa por esto.

—Jamás haríamos eso. No somos tan crueles, criatura —mencionó la anciana noble ofendida por que la considerara un ser despreciable.

—No quería ofenderla, al contrario —se disculpó Kathy al darse cuenta de que la había molestado.

—No somos como tú de malvados —sentenció el duque, que aprovechaba cualquier circunstancia para atacarla.

—¡Edward! Estás siendo muy desconsiderado, y no es propio de ti, y también es innecesario seguir hurgando en la herida —le regañó su madre.

—No quiero causar problemas —razonó Kathy—, siento mucho lo sucedido. Mañana regresaré a Surrey.

—Sí, es muy buena idea —manifestó Edward, que seguía empleando un tono de censura y rabia.

Humphrey miraba a su hermano y lo desconocía, no era propio en él actuar con esa tiranía, por lo que decidió intervenir. Se levantó y se acercó a Kathy.

—No puedes irte, no tenemos la certeza de que Will Baley y su compinche se hayan ahogado. Si quieren vengarse, se dirigirán a Surrey, saben dónde vives.

El rostro de Kathy se deformó de miedo y a Edward le impresionó, tanto era así que su rabia se desinfló. Dio un paso en su instinto por querer protegerla, deseaba abrazarla para apartar sus temores. Pero se detuvo en el acto al pensar que lo había engañado.

—No podemos dejarte marchar —dijo Alexia—. Ni a tu hermana; además, debe recuperarse antes de partir.

—Pienso lo mismo, no puedes marcharte —corroboró la francesa.

Kathy miraba a Edward, de él dependía que se quedara o no, la duquesa viuda se percató de ello.

—Edward, dile que nos haga caso. No querrás que caiga en manos de Will, ¿verdad, hijo? Ese hombre es muy retorcido.

El duque sintió los colmillos de la desesperación clavarse en un corazón. Solo de imaginar que podría pasarle algo a Kathy su mundo se desvanecía. Pero se obligó a mantener una pose rígida y un semblante duro para que nadie se percatara de su flaqueza.

—Puedes quedarte —dijo al fin, para alivio de los demás.

—Gracias —manifestó ella.

Él miró a su familia.

—Dásela a ellos.

Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó.

Tal como había imaginado Kathy, Edward no la perdonaría nunca y cargaría con ello el resto de su vida. Era normal teniendo en cuenta que lo había traicionado. Intentó sonreír a modo de agradecimiento; sin embargo, sus labios no obedecieron. Entendió que, a partir de ese instante, en su vida no habría luz, solo oscuridad; una oscuridad que la envolvería y la consumiría con lentitud.

***

Pasaron varios días, era media mañana cuando Kathy estaba en la alcoba de su hermana Evie, que tenía cinco años menos que ella. La antigua dama de compañía permanecía sentada sobre mullidos cojines, observando por la ventana mirador cómo los primeros copos de nieve caían con parsimonia sobre un jardín aletargado. Como todas las estancias de Kingeston House, el aposento de su hermana era amplio. El lujo se veía en la calidad de las alfombras, en las cortinas, en los muebles, en los tapizados del *chaise longue* y del sofá neoclásico ubicado frente a la chimenea.

Kathy estaba preocupada, pues acababan de informarle que habían encontrado el cadáver del compinche de Will, pero, en cambio, no habían hallado rastro alguno del detective. Y si seguía con vida, ¿se vengaría de ella y su hermana? ¿Planearía una nueva manera de destruir a Edward y Humphrey? Esas eran preguntas de las que no tenía respuesta, solo esperaba que ese hombre estuviera en el infierno pagando por sus pecados.

—No han encontrado a Will, Evie —informó abrazándose, se restregó los brazos al notar el frío del miedo penetrar en su piel—. Nadie tiene la certeza absoluta de que esté muerto.

—Ese hombre tiene más vidas que un gato —habló Evie con amargura—. Tengo miedo de que nos haga daño —farfulló al borde del llanto.

Kathy se giró, su hermana estaba en el lecho, detrás de su espalda había varias almohadas a fin de que estuviera incorporada. Su aspecto empezaba a mejorar, poco a poco, cierto, pero ya no parecía un cadáver andante como cuando la encontró. Habían tenido que cortarle el pelo oscuro, pues estaba tan enredado que había sido imposible peinárselo. Maldito fuera Will una y mil veces por lo que le había hecho a su hermana, ni tan solo un peine le había proporcionado.

Kathy se acercó a ella y se sentó a su lado, le agarró las manos.

—Aquí estamos seguras, Evie, no debes temer nada —aseguró en un tono positivo que estaba lejos de sentir; lo cierto era que ella también tenía miedo de que ese maldito estuviera vivo, porque si lo estaba no dudaba que intentaría llevar a cabo su venganza.

—¿Tú crees? —preguntó, en sus ojos oscuros brillaba el temor, uno ligeros tembleques sacudieron su cuerpo.

—Claro que sí —afirmó esbozando una sonrisa—. Hay agentes vigilando los alrededores de Kingeston House. Además, Edward y Humphrey han contratado a hombres para que estemos protegidas.

—Cierto, se han tomado muchas molestias —mencionó más tranquila.

—¿Por qué no lees un poco? Siempre te han gustado los poemas, y en la biblioteca tienen una buena colección. Puedo bajar a buscarte un libro.

—No puedo leer, ya lo he intentado... —Miró de soslayo el libro de encima de su mesita, que le había llevado Marie—. Las letras siempre se acaban difuminando y toman la apariencia de Will y de su sonrisa cínica.

Kathy estrechó las manos de su hermana, en un gesto reconfortante.

—¿Y escribir? Se te dan muy bien los versos, siempre me ha gustado mucho tu estilo.

—En mi mente solo hay oscuridad, hambre, miedo, soledad, y mucho mucho frío. No puedo escribir, a mi cabeza solo acuden versos tristes sobre lo que he pasado, sería como revivirlo de nuevo, y yo no quiero eso.

—Supongo que todavía es pronto, todo pasará, ya lo verás.

—A veces pienso que Will se aparecerá como un fantasma solo para hacernos la vida imposible.

—¡Oh, no pienses en esas cosas! No te hacen ningún bien. Sabes, en cuanto te encuentres mejor, viajaremos donde quieras, a un lugar donde haya mucho sol, y pájaros cantando, y aguas y cielos azules. La inspiración regresará a ti.

—Eso espero, Kathy, que la musa de la inspiración regrese y me haga volar. —Suspiró con resignación—. Violet me ha hablado de Grecia, estuvo con su esposo Owen de luna de miel. Sería un lugar a tener en cuenta. De todos modos, estoy bien aquí en Kingeston House, me gusta mucho este lugar. Marie es muy buena conmigo. La duquesa viuda me hace sentir como si fuéramos parte de su familia. Y luego, Violet, Daisy, Lily y Rose, todas vienen cada día a visitarme, y eso que apenas hace unos días que nos conocemos. Están deseando que me mejore para invitarme a sus hogares.

—Es una gran familia, los echaré de menos cuando nos vayamos.

Evie se acomodó entre los cojines y cerró los ojos.

—¿Tienes sueño? ¿Quieres que me vaya? —preguntó Kathy.

—No, solo estoy cansada, nada más. —Suspiró—. Siento mucho que Edward esté enfadado contigo; aunque era pequeña cuando él empezó a bajar a la cocina donde estábamos con mamá, saltaba a la vista que os queríais mucho. Mamá me contaba que nunca había visto a nadie

quererse como a vosotros dos, y que anhelaba que yo también encontrara a alguien igual.

Kathy acarició el brazo de su hermana, esta abrió los ojos.

—Comprendo que esté enfadado, Evie. Le mentí, yo en su lugar no querría verlo más.

—Si te ama se le pasará y os podréis casar. Es lo que siempre habéis querido.

—No es tan fácil, querida, Edward está fuera de mi alcance. Él es el duque de Kingeston; y yo, aunque soy rica, no pertenezco a la aristocracia.

—Cuando os caséis, sí —dijo en un tono pícaro.

Kathy soltó una carcajada, su hermana empezaba a recuperar su sentido del humor, y eso era una buena noticia. No tenía duda de que Evie volvería a ser la misma de siempre, gracias al empeño que estaba poniendo toda la familia Kingeston. Nunca dejaban sola a su hermana, siempre había alguien con ella. Eran conscientes de que la soledad haría revivir la pesadilla por la cual había pasado.

—¡Siempre tienes soluciones para todo! —comentó en un tono jocoso.

En esta ocasión fue Evie la que se rio, de pronto se quedó seria.

—Habla con él, Kathy.

—Me odia.

—Yo no lo creo, está herido, nada más. Debes aclarar las cosas, pedirle disculpas desde el corazón, entonces tal vez haya una oportunidad.

Kathy le sonrió, su hermanita tenía razón, y decidió que buscaría el momento adecuado para pedirle perdón y para que comprendiera por qué había actuado de la manera que lo había hecho. Algo más animada, alargó la mano para coger el libro de la mesita de noche.

—¿Qué te parece si te leo unos cuantos poemas?

—Me gustaría mucho.

Kathy abrió la tapa y pasó las primeras páginas hasta llegar al primer poema. Su ánimo se había renovado. Por una parte, sentía que su hermana solo necesitaba tiempo para asimilar y olvidar lo sucedido. Por otra, tenía la esperanza de que Edward la perdonara; de hecho, habían pasado unos días desde que la verdad saliera a la luz, y los ánimos estaban más calmados. Quizá si tuviera una charla con él lograría que la comprendiera y la perdonara.

Capítulo 11

Edward y Humphrey estaban en el estudio inmersos en el proyecto de Clevedon, sentados alrededor de la mesa ovalada. El duque se levantó y se sirvió un whisky, se acercó a las puertas acristaladas y se bebió el trago de golpe.

—Ha parado de nevar —informó Edward mirando el cielo plomizo.

—No estamos al mediodía y es el segundo trago que te bebes —le recriminó el marqués.

—Lo necesitaba —explicó sin mirarlo.

—Me recuerdas a mí hace unos meses atrás, cuando Marie se fue y por poco me convierto en un ser desquiciado y alcohólico.

Edward giró el rostro y lo fulminó con la mirada.

—Yo no soy tú —recriminó con dureza.

—Lo sé, como también sé que el Edward que conozco jamás me hablaría así.

Las palabras dichas parecieron calar hondo en su hermano, Edward relajó el cuerpo, se acercó a la mesa y se sentó al lado de Humphrey.

—Lo siento, a veces me odio a mí mismo, como en este instante.

—Edward, habla con ella y arregla las cosas.

El duque colocó las manos sobre la mesa, lo miró de soslayo, su semblante tomó un aire divertido que provocó que el marqués arqueara una ceja.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso? —preguntó el marqués.

—Me das un consejo que podrías aplicarte a ti mismo, ¿no crees?

Humphrey no pudo evitar torcer los labios en una mueca divertida.

—Vaya par...

—Lord Breence, acaban de traer una carta —informó el mayordomo desde la puerta, ambos nobles giraron la cabeza en su dirección.

El sirviente hizo una reverencia y entró, llevaba la correspondencia en una bandeja de plata, Humphrey agarró la carta.

—Gracias, puedes retirarte —habló el marqués con los ojos bien abiertos en cuanto vio el remitente—. Es de Wellington.

Humphrey despegó el lacre bermellón y sacó el papel.

—¿Qué te dice de Harris Nicholson? —preguntó impaciente el duque, se levantó y se acercó a su hermano.

Humphrey entregó la carta a Edward.

—Lo hirieron y perdió una pierna. Está en una residencia de recuperación al este de Windsor.

Se sentó en la silla y se acarició la barbilla mientras meditaba.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó el duque una vez que leyó la carta que había escrito Wellington—. Creo que el motivo por el cual no se ha comunicado con Sarah es porque sabe que lo rechazará cuando vea las secuelas que le ha dejado la batalla de Waterloo.

—Pienso lo mismo, aun así, ella debe saberlo.

—Quizá a Sarah no le importa que Harris haya perdido una pierna —manifestó encogiéndose de hombros—. Pero a su padre sí que le importará y no dejará que se case con un tullido que además es pobre y no tiene título nobiliario.

—La acompañaré a hacerle una visita, ellos dos deberán aclarar sus sentimientos antes de tomar decisiones. —Se levantó y se acercó a las puertas acristaladas que daban al exterior, miró el cielo—. No creo que nieve, iré a verla ahora mismo.

Dicho esto, se marchó. Se puso el abrigo, guantes y sombrero de copa, y llegó a casa de Sarah en el landó tapizado en verde agua y dorado, ya que hacía demasiado frío para ir con el faetón. Como el decoro requería, Sarah recibió a su prometido en el salón de invitados, en compañía de su madre y hermana. El marqués le habló de Harris en voz baja, y ella tuvo que contener su alegría cuando supo que estaba vivo, para que su madre no se diera cuenta.

A él no le cupo duda alguna de que a ella le importaba bien poco que su enamorado hubiera perdido una pierna, por lo que decidió que irían a la residencia de recuperación al este de Windsor. Como excusa, informó que quería llevarla a ver unas propiedades que deseaba comprar, los padres de la joven no se opusieron, siempre que fuera acompañada de su dama de compañía y su hermana.

Así que emprendieron el corto viaje hacia Windsor, por suerte no estaba a mucha distancia de Londres. El problema hubiera sido que la residencia se hubiera encontrado en la otra punta del país, pero la fortuna les había sonreído en ese tema.

La residencia se había construido en un edificio antiguo que habían restaurado. Era grande y daba cabida a muchos soldados que habían recibido heridas graves que requerían no solo de recuperación física, sino que debían adaptarse a una nueva vida debido a sus limitaciones. No se sorprendieron de ver militares en sillas de ruedas, algunos sin brazos, otros sin alguna pierna o las dos, otros que caminaban cojos... Sin duda no era un lugar que ayudara a levantar el ánimo, aun así, esa residencia era la última esperanza que tenían para aceptarse y para ayudarlos a tener un buen futuro.

Humphrey y Sarah habían conseguido que su hermana y dama de compañía aguardaran en una sala tomando un té y unas galletas. Ellos estaban en un salón contiguo esperando al soldado,

sentados en un banco con cojines. El sonido de las muletas al golpear en el suelo les indicó que el soldado se acercaba. Y no tardó en aparecer.

Se trataba de un hombre alto, corpulento, de cabello rubio, un rubio muy parecido a la arena, y ojos azules. Cuando Sarah y él cruzaron sus miradas no pudieron esconder el amor que sentían el uno por el otro.

—Sarah... —murmuró él acercándose a ella en muletas, tenía cierta dificultad debido a la poca práctica. Aun así, con el tiempo se movería con más agilidad.

Humphrey se levantó y no pudo evitar sonreír cuando ella se tiró al cuello de su enamorado y lo abrazó, mientras un llanto de felicidad la sacudía de arriba abajo. Cuando las emociones se calmaron, Humphrey se sentó en una silla, ella en el banco. A pie cojo, Harris se acercó a Sarah y tomó asiento a su lado, dejó las muletas apoyadas en la pared, una sirvienta les sirvió un té.

—¿Por qué no me escribiste? —lo regañó ella, con su corazón latiendo con fuerza debido al reencuentro.

El semblante de Harris se entristeció.

—Soy un tullido, no puedo presentarme frente a tu padre, me hubiera negado tu mano y tú mereces ser feliz. No quería complicarte la vida.

—Me da igual que te falte una pierna, yo te amo.

—¿No lo entiendes, Sarah? Jamás podré proporcionarte la misma vida lujosa que llevas ahora. No sirvo para nada, apenas sabré cómo subsistir en cuanto me vaya de aquí.

—Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión, te quiero, y no pienso abandonarte... —farfulló con lágrimas en los ojos.

Sarah lo volvió a abrazar y Harris miró por encima del hombro de ella a Humphrey. Lo recorrió con sus ojos azules, se dio cuenta de que llevaba ropas de excelente calidad.

—¿Quién es usted, señor?

—Soy el marqués de Breence. —Hizo una pausa—. Y el prometido de Sarah.

Harris lo miró estupefacto, su rostro enrojeció fruto de la rabia que empezó a circular por sus venas. No obstante, ella lo calmó y le explicó toda la historia.

—Le debo mucho a Humphrey, Harris, creí que estabas muerto.

—Y así tendría que seguir siendo. —Observó de soslayo a Humphrey—. Él te hará feliz y te dará la vida que yo no puedo.

—¿De verdad que es eso lo que quieres, Harris? —preguntó el marqués—. ¿Podrás soportar que ella se case conmigo y se entregue a mí?

El soldado escondió la mirada.

—La amo, milord. Me destrozará saber que está con otro, pero no puedo hacer otra cosa.

Ella le cogió las manos.

—Juntos podemos salir adelante, yo puedo trabajar de costurera, se me da bien coser.

—Avergonzarías a tus padres, no puedo permitirlo.

—Pero a mí no me importa nada de lo que tengo ahora. Solo te necesito a ti.

Harris le besó las manos.

—Aun así, tu padre no dejará que te cases conmigo.

—Podemos ir a Gretna Green.

El marqués pensó que no era una buena decisión.

—No, no podéis hacer eso —advirtió—. Causarás un dolor demasiado grande a tus padres, Sarah. Y tu hermana quedará mancillada.

Harris negó con la cabeza.

—Tiene razón, no quiero hacer las cosas de esta manera.

La dama se alzó.

—Pero no hay otra forma, mi padre me quiere y creo que, una vez casados, recapacitará y nos dará su bendición.

—O te repudiará para siempre —razonó el soldado—. Para salvar a tu hermana del escándalo y que no le salpique.

Humphrey los observaba, quería de todo corazón ayudar a esa pareja a vivir su historia de amor. De pronto tuvo una idea.

—Creo que sé cómo convencer a tu padre, Sarah.

***

Katherine se miraba en el espejo. Se había puesto un vestido de cintura imperio de color vainilla con bordados florales morados y amarillos. Las mangas eran abombadas en la parte de arriba y se estrechaban hasta llegar a la muñeca. El cabello negro se lo había peinado en un recogido alto de estilo griego y varios rizos sobresalían por los laterales. Lo había adornado con *bandeaux* en tonos blancos, morados y amarillos. Por el bajo del vestido salían las puntas de las balerinas de cuero marrón claro.

Desde que había conocido a Marie veía sus vestidos demasiado sencillos. La francesa destilaba sofisticación con cada prenda que se ponía, o con cada complemento que lucía. Sin duda, le pediría consejo para mejorar sus vestidos y darles un toque más refinado y moderno. Lo cierto era que escondía en ese deseo agradar a Edward. Quería que sus intensos ojos verdes se posaran en ella y que la adoraran con dulzura.

La mujer se pellizcó las mejillas para darles color y, una vez se sintió segura con su aspecto, salió de su alcoba y se dirigió a la biblioteca, donde antes había visto a Edward. A esa hora la duquesa viuda estaba durmiendo una siesta, Marie estaba con Evie, y Humphrey había ido a ver a su prometida. Sin duda ese era un buen momento para hablar con el duque.

La puerta doble de la biblioteca estaba abierta, ella se detuvo en el umbral. Advirtió que sobre la repisa de mármol se hallaba el retrato del anterior duque. Padre e hijo se parecían como dos gotas de agua, nadie pondría en duda que eran parientes.

Miró a Edward, estaba sentado en una butaca celeste que hacía juego con el sofá rococó

ubicado a su costado. La chimenea era enorme, en cuyo interior había varios troncos en llamas. Estas parpadeaban sobre el cuerpo del duque y se quedó embobada contemplándolo. Llevaba unas calzas marrones hasta las rodillas, unas medias blancas, una camisa de muselina con volantes en las muñecas, un chaleco de seda ocre y unas *bluchers* de cuero negro. Tenía un diario en las manos al que no le prestaba atención, ya que permanecía con la mirada perdida. Kathy bien sabía que era por su culpa, pues sus labios apretados y su semblante duro mostraban que la rabia dominaba sus pensamientos.

Meditó que quizá no había escogido el mejor día para tener una conversación seria con él, por lo que quiso darse la vuelta. Suspiró y negó con la cabeza; tal como estaban las cosas entre ellos, reconocía que el momento nunca llegaría porque Edward la odiaba, un odio que aumentaría cada día. Así que se cargó de valor y golpeó una de las batientes abiertas para anunciar su presencia. El duque salió de su ensimismamiento y se levantó.

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó él tenso, agarrando con fuerza el diario en sus manos, tanto era así que lo estaba arrugando.

—Quiero hablar contigo.

Edward dejó el periódico de mala manera en la mesa auxiliar de al lado de la butaca.

—No tengo tiempo.

Katherine se acercó rápido, lo cogió del brazo. No llevaba corbata y la camisa estaba un poco abierta, advirtió su torso ligeramente cubierto por vello, y deseó pasear sus dedos por el lugar. La boca se le secó y desvió la mirada al rostro masculino a fin de recuperar el control.

—Por favor, solo será un momento —pidió ella.

El noble hizo rechinar los dientes.

—Habla.

—Quiero darte las gracias, a ti y a tu familia. Evie saldrá adelante gracias a vuestros cuidados y atención.

Las facciones de Edward se suavizaron.

—Siempre consideré a Evie como una hermana —mencionó con una sonrisa en los labios, producida por los recuerdos en una cocina que ya presentía demasiado lejana por todo lo que había pasado desde entonces.

Kathy casi leyó tales pensamientos y le dio fuerzas para continuar.

—¿Por cuánto tiempo me seguirás odiando?

—¿Odiarte? —mencionó él con burla—. Odiar es una palabra demasiado grave. No, no te odio.

—Y entonces, ¿por qué me evitas? ¿Por qué me miras como si quisieras estrangularme?

—Aún no lo comprendes, ¿verdad? —increpó en un tono glacial, sus ojos eran puñales volando hacia ella.

—¿Qué tengo que comprender? —preguntó con el corazón roto de impotencia, al tiempo que alzaba las manos y las agitaba con fuerza, evidenciando su desespero.

—Has destruido todo lo que fuimos en el pasado, y todo lo que podríamos haber sido en el futuro. —Al observar el semblante de sorpresa de ella, decidió explicarse—: Cada vez que mi madre me sacaba a relucir sus prisas para que encontrara la esposa perfecta, yo solo podía pensar en ti. No dejaba de imaginar que tú eras mi duquesa, la mujer que siempre he amado.

Los ojos pardos de ella se llenaron de lágrimas. Empezaba a darse cuenta de que el abismo que los separaba era demasiado grande.

—No pude hacer otra cosa, Edward, tuve que claudicar frente a Will.

—¡Claro que hubieras podido hacer otra cosa! —soltó a voz en grito—. ¿Decir la verdad, por ejemplo? Entre todos hubiéramos encontrado una solución, pero preferiste mentir desde el primer momento que nos vimos en el Banco de Inglaterra.

Ella agachó la cabeza.

—Lo siento, lo siento. Dime qué puedo hacer para arreglarlo.

—Nada. Sabes, ahora no me casaría contigo aunque fueras la única mujer del mundo.

Las palabras pronunciadas con extrema dureza provocaron que ella reculara un paso. Él estaba tan dolido que no había calculado la agresividad de sus dichos y se arrepintió de inmediato. No estaba acostumbrado a comportarse de manera tan visceral, en realidad nunca se había mostrado con ese talante ante nadie, y estaba sorprendido. Aun así, no le pediría perdón. Se limitó a darse la vuelta y a marcharse.

La mujer se quedó allí de pie, bufando en busca de un aire que se negaba a entrar en sus pulmones. Notaba como un frío glacial subía por sus piernas y conquistaba su cuerpo. Por unos minutos fue incapaz de moverse debido a la impresión.

Cuando consiguió controlar su respiración, empezó a caminar, al principio con lentitud; después, algo más ágil, logró llegar a su alcoba. Abrió la puerta y se acercó al lecho. Se sentó, su cuerpo temblaba de arriba abajo. Se tumbó y se encogió, como si un dolor agudo la sacudiera por completo.

Y entonces empezó a llorar de desconsuelo.

Capítulo 12

La mueca furibunda y las arrugas tensas del rostro de George, el padre de Sarah, conde de Walber, evidenciaban que lo que le acababa de explicar Humphrey sobre su hija y el soldado Harris Nicholson no le gustaba nada de nada.

Estaban en el salón principal de la mansión de los Walber. El marqués y el conde, un hombre corpulento, con barriga prominente, de estatura media y un tanto calvo, estaban sentados en el sofá neoclásico, y George se había levantado con síntomas claros de nerviosismo. Se paseaba delante de la ventana con desespero mientras su mente asimilaba la información. De pronto, se detuvo y se acercó a Humphrey.

—¿Acaso intenta romper su compromiso con mi hija y ha sido usted el que ha urdido todo este despropósito? —le soltó el conde en un tono que sonaba a amenaza.

El marqués se alzó y cuadró los hombros.

—Haré como que no lo he escuchado, milord.

Por unos segundos se desafiaron con la mirada, pero la coherencia y el sentido común no tardaron en aparecer en la mente de George.

—Discúlpeme, estoy nervioso, todo esto me ha cogido desprevenido. Va a ser la ruina de la familia y mi otra hija quedará marcada y nadie la querrá como esposa. —Se llevó una mano a la frente y se restregó la zona, como si le aquejara un dolor allí.

—No tiene que ser así, milord.

—¿Quiere decir que se casará con Sarah a pesar de ese soldado?

—Milord, usted quiere a sus hijas, ¿de verdad desea convertirla en una desdichada para el resto de su vida?

La mirada del conde se entristeció, emitió un suspiro pesaroso.

—Pero Sarah está acostumbrada a un estilo de vida que Harris Nicholson no puede darle.

—No tiene por qué ser así, conde.

—Si sabe usted cómo arreglar este asunto sin que nadie salga perjudicado, lo escucho.

—Como todo Londres sabe, la familia Kingeston va a fundar una ciudad balneario en Clevedon. Necesito a un hombre de confianza, Harris tiene buen corazón, aprenderá rápido y con

el tiempo ganará mucho dinero que puede utilizar para invertir, por ejemplo, en la ciudad y puede convertirse en un socio de la familia. Sé que mi hermano y mis primos no pondrán ningún impedimento, ellos confían en mi criterio, y mi instinto me dice que ese soldado va a ser importante para el negocio.

A George se le iluminaron los ojos, lo cierto era que la idea le encantaba. Sabía que eran muchos los aristócratas de Londres que querían invertir en ese proyecto de los Kingeston, pero la familia no quería socios, por lo que que aceptaran al futuro esposo de su hija lo convertiría en un hombre respetado y envidiado. Era otra manera de estar unido a tan poderosa familia, serían la envidia de los demás aristócratas y a su otra hija le lloverían pretendientes.

—Pero usted, milord, está prometido con mi hija, ¿qué excusa daremos para romper el compromiso?

—Bueno, eso tiene fácil solución, puede argumentar que usted ya había cedido la mano de su hija a Harris, pero que creyeron que había muerto en la batalla de Waterloo.

El conde asintió.

—Es perfecto, desde luego, nadie criticará a mi hija y a la familia; de hecho, alabarán que hayamos mantenido el primer compromiso, y nos dignificará.

—Hará muy feliz a Sarah y a Harris en cuanto sepan que tienen su aprobación.

—Gracias a usted, milord. Le estaré eternamente agradecido. Cualquier otro, en su lugar, no hubiera reaccionado con tanta nobleza. Le debo mucho, y espero que, si algún día me necesita, no dude en hacérmelo saber.

—Voy a buscar a Sarah y a Harris, y les explica usted los planes.

—Desde luego.

La pareja estaba afuera esperando, cuando él salió lo miraron conteniendo la respiración.

—Está todo arreglado, el conde os lo explicará todo.

Tanto Harris como Sarah sonrieron al tiempo que sus ojos se abrían de emoción. El soldado, ayudado por sus muletas entró al salón, ella se detuvo frente a Humphrey.

—Gracias, te debo mi felicidad. Busca la tuya junto a Marie.

Él se limitó a darle un beso en la frente como despedida; no era tan fácil, su corazón seguía herido.

Después se marchó, con la satisfacción interior de que había hecho lo correcto.

***

La cena transcurrió tranquila; y teniendo en cuenta que solo estaban Marie, Alexia y Edward, no tenía nada de extraño. La duquesa viuda preguntó a su hijo por la ausencia de Humphrey, el duque dijo que cuando llegara, explicaría los motivos.

Se habían levantado de la mesa y estaban en el salón familiar tomando un té antes de retirarse a sus alcobas.

—Creo que antes de irme a dormir, iré a ver cómo se encuentra Katherine —dijo Alexia.

—Estaba un poco indispuesta, por eso no ha bajado a cenar —informó la francesa.

Tanto Alexia como Marie estaban sentadas en uno de los sofás, Edward permanecía de pie frente a la chimenea, tenía las manos en la repisa y miraba las llamas del hogar.

—Esa indisposición supongo que no tiene relación contigo, ¿verdad, Edward? No le habrás dicho nada que la moleste —inquirió la noble.

El duque se dio la vuelta, miró a su madre.

—¿Por qué tengo que tener la culpa? —Entornó los ojos—. Qué bajo concepto tienes de mí, madre.

—Porque te conozco, hijo, y esa rabia que llevas dentro te hace decir sandeces.

Edward suspiró sonoramente, su madre lo observaba mientras daba un sorbo de té.

—Está bien, confieso que Kathy y yo hemos tenido una conversación tensa. —Rememoró el momento en el que habían hablado, o, mejor dicho: discutido, hasta el punto de descontrolarse y haberle dicho cosas de las que se arrepentía—. Tal vez he sido un poco duro, lo reconozco, y no se ha tomado muy bien mis palabras.

En ese instante apareció Humphrey, se restregaba las manos.

—Buenas noches, qué frío hace fuera —dijo acercándose a la chimenea, extendió las palmas para calentarse—. Ha empezado a nevar con fuerza apenas hace unos minutos.

—Buenas noches, hijo, te echamos de menos en la cena. ¿Has comido?

—No, he pedido al mayordomo que me traiga un té y unos sándwiches, no tengo mucha hambre.

Miró a Marie, estaba hermosa con su vestido elegante en blanco y negro; sin embargo, retiró los ojos de inmediato antes de que ella se diera cuenta.

—¿Y nos vas a explicar el motivo de tu ausencia? —requirió su madre.

—Se trata de Sarah.

—¿Sarah? No le habrá pasado nada, es una muchacha muy buena —comentó Marie.

—No, está perfectamente de salud —informó el marqués—. Solo que el compromiso entre nosotros se ha anulado.

En ese instante la duquesa viuda daba un sorbo a su té y la noticia la cogió desprevenida. El líquido caliente se atascó en su garganta y empezó a toser. Marie agarró la taza de la anciana noble y la depositó en la mesita, mientras Alexia tosía.

—Madre... —dijo Humphrey acercándose a ella, se sentó a su costado—. ¿Te encuentras bien?

—¿Quieres que vaya a buscar al doctor? —preguntó el duque.

Alexia respiró a bocanadas cortas durante unos segundos, alzó la mano y la agitó.

—No... no ha... hace falta ningún doctor —mencionó ella casi sin aliento—. Ya va pasando. —Miró a Humphrey, que seguía sentado a su lado—. Explica qué ha sucedido.

Al tiempo que el marqués comentaba con todo detalle lo que había transcurrido desde que Sarah le confesara que amaba a otro, a Marie se le intensificaba la respiración. Por su parte,

Alexia miraba a su hijo con adoración. Saber que había ayudado a una pareja a reencontrarse y que había solucionado el asunto con tanta inteligencia la llenaba de mucha satisfacción. Humphrey seguía siendo una buena persona a pesar de haber sufrido en el pasado el abandono, era más de lo que podía pedirle a la vida. Ni el dinero ni la posición social que ostentaba habían logrado hacerlo cambiar. Sus ojos se le llenaron de lágrimas.

Marie contemplaba a Humphrey con admiración, a la vez su corazón latía con fuerza a la espera de que la perdonara y le diera una oportunidad a su amor.

—Oh, madre, lo siento si te he decepcionado, no llores, por favor —clamó con tristeza el marqués, deslizando su brazo por los hombros de su madre.

—Estoy lejos de sentirme decepcionada, hijo —mencionó sacándose el pañuelo de la manga de su vestido, se limpió las lágrimas—. Eres un regalo del cielo. —Miró a Edward—. Sois mis mayores tesoros, hijos.

Ambos nobles se miraron y sonrieron.

—Sarah y Harris serán felices, hermano, y será gracias a ti.

—Ahora tendrás que buscar otra esposa, Humphrey. —Carraspeó y miró de soslayo a Marie, que se había sonrojado.

El semblante de Humphrey se endureció. No quiso mirar a la francesa por temor y por rabia. Ella despertaba demasiadas emociones en su interior, pero cuando se acordaba de lo desolado que lo había dejado cuando se fue sin ni siquiera despedirse de él, como si no fuera nadie, el dolor afloraba como el primer día. No tuvo en cuenta su sufrimiento, ni la soledad en que lo sumiría. Además, había tomado la decisión de apartarla de su vida y buscar una buena esposa, y pensaba mantenerse fiel a sus promesas.

—Desde luego, madre. En unos tres meses empieza una nueva temporada, haz una lista de las debutantes, y procederemos a escoger una siguiendo el ritual familiar del cáliz.

—Buena decisión —apuntó Edward—. Yo también me apunto a escoger esposa con ese método, que tan bien ha funcionado con las primas.

Marie sentía que las lágrimas se agolpaban en su garganta, Humphrey no estaba dispuesto a darle ninguna oportunidad, y se lo estaba dejando claro en ese instante. Antes de romper a llorar, decidió marcharse, por lo que se levantó y con voz temblorosa, dijo:

—Yo... yo me retiro a descansar. Buenas noches.

Dicho esto, salió rápido de la estancia. Cuando ya no estuvo en el campo visual de los presentes, echó a correr para refugiarse en su aposento al tiempo que lloraba a lágrima viva.

Mientras, Alexia sentía pena por Marie y se compadeció de ella. Miró alternativamente a Edward y a Humphrey, como si quisiera arrancarles la cabeza, se levantó y alzó la barbilla en una actitud desafiante, al tiempo que sus hijos la contemplaban anonadados.

—Yo también me retiro —dijo con severidad—. No quiero permanecer en la misma estancia junto a unos necios insensibles.

Y se fue dejando a sus hijos con la boca abierta.

—Creo que madre nos acaba de insultar —soltó Edward.

—A mí también me ha dado esa impresión —corroboró Humphrey.

Entonces, entró el mayordomo y un lacayo que portaban bandejas de sándwiches y el té.

Entretanto, Alexia subía por la enorme escalinata, y se adentró en el amplio pasillo que daba a las alcobas. Sus pasos eran lentos, pero no tardó en llegar frente a la alcoba de Kathy. Golpeó la puerta una vez, no obtuvo resultado y lo hizo una segunda. Quizá estaba durmiendo, por lo que se dio media vuelta. Sin embargo, la puerta se abrió.

—Oh, excelencia, es usted —dijo la mujer, ataviada con un camisón blanco y una bata satinada en tono salmón. El cabello oscuro lo llevaba suelto y peinado, y caía en armonía por los hombros y espalda.

—Sí, solo quería saber cómo estabas y hacerte compañía un rato antes de meterme en el lecho.

Los ojos negros de Kathy irradiaron de complacencia; que la duquesa viuda se preocupara por ella la conmovía y la hacía sentirse especial.

—Por favor, pase —pidió la joven, se apartó para dejarle paso.

Alexia entró y Katherine cerró la puerta. Ambas mujeres se sentaron frente a la chimenea.

—¿Y cómo te encuentras? —preguntó la duquesa viuda.

—Bien, algo más animada.

—Puedo ordenar que te suban algo de comer.

—Oh, por favor, no se moleste. No tengo apetito.

La mirada de Kathy hablaba por sí sola, tenía un brillo apagado, y en el fondo de las pupilas, la duquesa apreciaba demasiado dolor.

—Mi hijo es un insensible, lo sé, y me disculpo por si te ha ofendido.

Kathy se esforzó en sonreír, pero no podía, pues su alma estaba rota.

—Edward, quiero decir, su excelencia, el duque, siempre ha tenido las cosas claras. Yo lo veo como una virtud, no como un defecto.

—Esta vez, Edward se está equivocando. Tomaste decisiones difíciles, creíste que eran las correctas y nadie puede juzgarte por ello.

A Kathy se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No sabe lo que significa para mí que piense eso, excelencia. Gracias.

Hasta ese momento ella se había mantenido rígida y se obligó a relajar la musculatura. Alexia era una dama que imponía y tenía un halo poderoso a su alrededor. Pero eso no había impedido que fuera bondadosa y considerada.

—Digo la verdad —mencionó la noble—. Aunque reconozco que no me caíste bien al principio.

Katherine apretó los labios.

—Siempre fui consciente de ello, pero lo comprendía.

—Entiéndeme, soy mayor y detecté que escondías cosas, y yo me debo a mi familia.

—No tiene por qué disculparse, es comprensible, y eso la honora.

La duquesa viuda cabeceó con vehemencia.

—Pamplinas, querida. Me avergüenza haber pensado eso de ti. En el fondo te admiro.

—¿Admirarme? Créame que no soy digna de admiración.

—No te subestimes, querida, y no dejes que nadie lo haga. Y por favor, deja la cordialidad a un lado, trátame como si fuera tu amiga.

Kathy abrió los ojos, era muy agradable saber que Alexia la trataba con afabilidad a pesar de haberle mentido desde el primer día.

—Nunca he tenido muchas amigas. —Su humor mejoraba a cada minuto y se encontró sonriendo—. Y en esta familia, tanto mi hermana como yo estamos encontrando a muchas, es algo que no olvidaré.

—Me alegro saberlo.

—Entonces, si somos amigas, me gustaría que utilizara mi diminutivo, Kathy.

La duquesa viuda sonrió.

—Está bien, lo haré. Sabes, me alegra tenerte en Kingeston House. Estoy harta de esas muchachas bobas de la alta sociedad, que no saben pensar ni hablar por sí solas. Necesitan que alguien les diga lo que tienen que pensar, aunque no las culpo, desde luego, son víctimas de unas normas que todos los que pertenecemos a la nobleza seguimos a rajatabla; así que cuando veo un espíritu libre como el tuyo, que piensa y actúa como le dicta su corazón, lo único que puedo hacer es admirar a ese tipo de mujeres, y tú eres una de ellas. Y si mi hijo es incapaz de verlo, habla mucho de su poco acierto.

—Supongo que con el tiempo me perdonará. Nunca ha sido una persona rencorosa. Tengo fe de que recapacite.

—Eso espero —declaró cabeceando—, y que tarde poco en ver lo que yo veo en ti, porque perderá la oportunidad de casarse con una mujer que estará a su altura. —Alexia se levantó—. Bueno, me voy a mi alcoba, empiezo a tener sueño.

Kathy tenía la mandíbula desencajada y casi no parpadeaba. Que Alexia la quisiera como su nuera era un regalo que nunca hubiera imaginado. Estaba tan sorprendida que tardó un buen rato en reaccionar. Se levantó y se acercó a la puerta para abrírsela.

—Excelencia...

—Llámame Alexia —la regañó.

—Alexia, ¿puedo pedirte una cosa?

—Claro que sí, Kathy. Lo que sea.

La mirada de la noble era cálida y eso le dio valor a Katherine.

—¿Me permites que te abrace?

—Oh, querida, me harías muy feliz.

Ambas mujeres se fundieron en un abrazo, esta vez a Kathy no le costó sonreír. No escondió su gran felicidad porque esa gran dama la hubiera perdonado y la viera como una amiga. Ojalá Edward se pareciera a ella.

Capítulo 13

Al día siguiente todo Londres se levantó cubierta por un manto blanco. El cielo permanecía nublado, y hacía mucho frío. Las chimeneas de Kingeston House funcionaban a toda potencia, a fin de caldear el ambiente interior para que sus habitantes no pasaran frío.

Edward y Humphrey habían citado en el estudio a los maridos de sus primas para hablar de un tema —al cual le habían dado vueltas la noche anterior— relacionado con Clevedon y su futuro. Fue el marqués el encargado de hablar, explicó los últimos acontecimientos sucedidos con su exprometida y su enamorado, y los planes que tenía para la pareja.

Siguió comentando que, si bien el proyecto de la ciudad balneario había sido creado para ganar dinero, después de lo acontecido con Sarah y Harris, él y Edward le habían estado dando vueltas a la idea de ir más allá. Deseaban implicar a gente buena que había recibido un revés en la vida. Por eso habían planeado hacer una visita a la residencia de recuperación al este de Windsor, con el propósito de ofrecerles a esos valientes hombres, heridos en batalla, una oportunidad en la vida.

La idea fue muy bien recibida por los primos políticos y mostraron su entusiasmo aportando más ideas sobre el asunto. Sin duda, todos coincidieron en que a las mujeres de la familia les encantaría esa iniciativa; de hecho, todas ellas estaban comprometidas en muchas obras de caridad y estaban muy sensibilizadas con esos temas. Estuvieron de acuerdo en que las damas podrían aportar ideas, por lo que decidieron implicarlas también. Si era un negocio familiar debía serlo a todos sus efectos.

En eso estuvo inmersa toda la familia las próximas jornadas, incluidas Lousia, Kathy, Marie y Evie. Y los días fueron pasando, uno detrás de otro, en Kingeston House. Quedaban apenas dos semanas para Navidad. Edward, Humphrey, Alexia, Marie, Evie y Kathy estaban en el comedor familiar, que utilizaban para las cenas, sentados en la mesa rectangular. La duquesa viuda y el duque se hallaban en los extremos, las hermanas en un lateral y la francesa y el marqués en el contrario.

En la chimenea ardía un buen fuego, un indispensable amigo en esos días de diciembre tan fríos, cuyas noches eran más largas y heladas. En el exterior, la nieve cubría el paisaje; en ese

instante, algún diminuto copo de nieve caía de un cielo nublado.

En el centro de la mesa había bandejas con verduras bañadas en salsa de mantequilla, salmón ahumado, ganso al horno, tarta de manzana y una gran variedad de mermeladas y jaleas, todo regado con un buen vino. Por supuesto, en la mesa de los Kingeston no podía faltar el queso de Stilton, que traían expresamente, pues era el preferido de la duquesa viuda. Cada cual se servía lo que más le apetecía; y, entre bocado y bocado, conversaban de muchas cosas.

—¿Ya habéis escogido el nombre para la ciudad balneario? —preguntó Alexia, después de dar un pequeño sorbo a su copa de vino.

Edward y Humphrey se miraron.

—Sí —afirmó el marqués.

—La bautizaremos como Kingeston.

Todos los presentes sonrieron.

—¡Me encanta! —exclamó Evie.

—Qué alegría, me siento eufórica con la decisión —alabó la duquesa viuda.

—Desde luego que sí —corroboró Marie.

—Lo cierto es que no se podía nombrar de otra manera —habló Kathy.

La mujer y el duque se miraron, pero él cortó todo contacto visual con ella; esta, desilusionada, suspiró. Todos los intentos de acercamiento que había realizado días atrás para que, al menos, la tolerara habían resultado infructuosos. A pesar de que le encantaba vivir en Kingeston House, cada día que pasaba era un puñal clavado en su corazón, cuando veía en la mirada verde de Edward su desprecio. De hecho, la evitaba a toda costa, como si tuviera la lepra. Y ya no podía más, se había rendido. Por ello, esa misma tarde, ella y su hermana Evie habían tomado una decisión.

—Yo también tengo una noticia que dar —comunicó Kathy.

—Somos todos oídos, querida —habló Alexia en un tono cariñoso.

—Evie y yo nos marchamos este fin de semana. —Miró a su hermana, la tenía a su lado, y la agarró de la mano—. Queremos hacer un viaje largo y hemos decidido ir una temporada a Grecia.

—No puedes irte —intervino un ofuscado Edward, la noticia lo había cogido desprevenido, sus facciones se tensaron.

—¿Por qué? —preguntó Kathy.

—No sabemos si Will Baley sigue vivo. No dejaré que te arriesgues. —Miró a Evie—. No puedes arriesgar la vida de tu hermana.

Kathy alzó la barbilla en un gesto desafiante.

—No lo hago —increpó con los ojos entornados—. Dudo mucho que Will me siga hasta Grecia, si sigue vivo, claro está. No es de mí de quien quiere vengarse.

Las aletas de la nariz del duque se dilataron debido al enfado, miró a la duquesa viuda.

—Madre, dile que está cometiendo un error, que todavía no es seguro que se marche. A ti te

hará caso.

Alexia se limpió las comisuras de los labios con su servilleta.

—Hijo, opino que Kathy es libre para hacer lo que cree correcto. Y no seré yo quien le diga lo contrario.

El rostro de Edward empezó a quedarse rojo de rabia.

—¿Hay sitio para mí en ese viaje? —intervino Marie mirando a las hermanas.

A Humphrey se le cayó el tenedor en el plato, que emitió un sordo y corto sonido, pero nadie le dio importancia. Miró a Marie como si hubiera perdido la cabeza.

—¡Claro que sí! —exclamó de felicidad Kathy.

—¿De verdad quieres venir con nosotras? —preguntó una emocionada Evie—. Me encantaría muchísimo.

—Y a mí también —corroboró Marie, miró de soslayo a Humphrey—. No hay nada que me retenga. Además, siempre he querido visitar Grecia, ¡Violet no para de hablar de su maravillosa luna de miel!

El resto de la cena, las mujeres hablaron de los preparativos del viaje, mientras Edward y Humphrey callaban y escuchaban con la mandíbula apretada, en tanto cortaban la carne de su plato como si no hubiera un mañana. Alexia tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no carcajearse, sus hijos estaban recibiendo una dosis de realidad que necesitaban con urgencia. Los contempló a ellos primero, y a ellas después. Por un lado, estaban Marie y Humphrey, su amor fue un flechazo a primera vista. Por el otro, en cambio, estaban Kathy y Edward, un amor que se había cocinado a fuego lento desde la infancia, en una cocina llena de aromas y sabores.

La noble cabeceó, una mueca de tristeza se cinceló en sus labios delgados. Solo ansiaba que sus hijos reaccionaran antes de que lamentaran para siempre haberlas apartado de sus vidas.

***

Edward estaba en su lecho con las manos unidas detrás de la cabeza, estaba desnudo y la gruesa colcha lo cubría hasta la cintura. Los tafetanes que rodeaban la cama estaban corridos y miraba abstraído las sombras que creaban las llamas danzarinas del interior de la chimenea, que estaba enfrente. No podía dejar de pensar en Kathy y en que pronto se marcharía. En realidad, no quería que se fuera, una parte de él quería abrazarla, confesarle que la amaba y que la amaría toda la vida. Y entonces, le pediría que se quedara y que se casara con él, porque solo con ella podía imaginar un futuro juntos, con muchos hijos pululando a su alrededor.

Pero cada vez que se acordaba de que le había mentido, su rabia renovaba su intensidad y sus pensamientos se volvían oscuros, su corazón cerraba las puertas y se sumía en su soledad, como una manera de protegerse. Porque lo que más temía era que lo engañara de nuevo.

El sonido de la puerta abriéndose lo sacó de sus pensamientos, se sentó en el lecho, y en la penumbra anaranjada, por efecto de las llamas del hogar, vio la silueta de Kathy. Sus ojos se

abrieron como platos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

Los ojos oscuros de ella se encontraron con los verdes de él. La mujer se acercó al hombre, llevaba una bata de seda blanca y su cabello oscuro, ondulado por las puntas, caía por su espalda y hombros. Ella miró el torso descubierto del duque, y un hormigueo sacudió su bajo vientre. De inmediato, se llevó las manos al cinturón de la bata, que deshizo.

—Mañana me voy, dudo que nos volvamos a ver más, y quiero saber qué se siente al estar en tus brazos.

La prenda de seda cayó por sus hombros y se precipitó al suelo. La luz de las llamas la alcanzaba y cubría su piel blanca de un halo anaranjado casi místico. La respiración de él se intensificó al tiempo que sus pupilas se dilataban; y con sus ojos recorrió las curvas, los recovecos, las sombras... de un cuerpo que lo volvía loco.

Edward se destapó, la prueba de su deseo estaba erecta, dispuesta a coger lo que ella le daba; Kathy parpadeó la ver las dimensiones de la erección y la boca se le hizo agua.

El noble se acercó a ella, Kathy estaba tensa como la cuerda de un arco, aun así, rodeó el cuello de él con sus manos y enredó sus dedos en el cabello negro liso. Edward la besó con el hambre de una fiera, dejando los labios femeninos rojos de pasión. Se separó de golpe.

—Esta noche serás mía, pero mañana nada habrá cambiado entre nosotros —soltó él con una mezcla de dureza y pasión.

—No esperaba otra cosa —musitó, no quería pensar en el mañana, sino en el ahora, en las caricias, en los besos...

Ella deslizó su mano por el torso masculino, las yemas recorrieron los pezones y continuó hacia abajo, no se detuvo hasta llegar al miembro masculino. Con el índice resiguió el glande, era suave y pronto se humedeció de gloria al tiempo que él gemía a bocanadas cortas.

Edward la besó de nuevo, en esta ocasión sin la exigencia de antes, sus labios reclamaban los suyos con ternura y la mujer se rindió a sus demandas. La sensación de tenerla pegada a su cuerpo era agradable y tentadora. Se separó de la boca y besó la mandíbula, Kathy echó la cabeza hacia atrás para que sus tibios labios dejaran un rastro de pasión en el cuello.

El duque la agarró de las nalgas, la alzó ligeramente y la condujo hasta el lecho. Kathy se tumbó, se incorporó y se apoyó por los codos, sus miradas se encontraron, ambas atrevidas y anhelantes. Ella ya había yacido con su esposo antes, de modo que había superado la vergüenza de una doncella. Abrió los muslos y expuso su sexo húmedo ante la mirada verde de Edward.

La luz de las llamas fue suficiente para que él apreciara el monte de Venus cubierto por un vello suave y oscuro. Los rebordes carnosos estaban inflamados debido al deseo que empezaba a conquistar el cuerpo femenino. Toda ella era un jardín delicioso del que él nunca podría saciarse.

Los ojos de Edward eran dos carbones abrasando la piel de la mujer. Era tanta la necesidad de que la penetrara que desvió su mirada a la erección masculina y gimió desesperada. Él fue consciente y sonrió, se llevó una mano a su virilidad y empezó a moverla de arriba abajo. Kathy

jadeó desesperada, el hombre volvió a repetir el movimiento y ella se dejó caer en el lecho, al tiempo que arqueaba su espalda y abría más sus muslos.

—Edward... —musitó, llevándose una mano a su sexo.

La mujer se acarició la zona, la notaba ardiente y rebosaba miel. Su cuerpo se tensó, buscaba desesperado una liberación que nunca había experimentado y que solo él podía darle. Edward se acercó a ella y masajeó el sexo femenino, fue una caricia tan potente que Kathy gritó desesperada, un grito que se extendió por la alcoba.

El hombre no salía de su asombro. Kathy era fuego líquido. Era sol quemando sus entrañas. Era placer desenfrenado. No pudo aguantar más y se encajó entre los muslos femeninos. La penetró de un empellón, y siseó al notar su virilidad resbalar por las paredes cálidas del interior de ella. Quiso ser suave, pero cuando la mujer rodeó sus muslos en sus caderas y clavó sus uñas en sus hombros, toda delicadeza fue sustituida por la ferocidad de un lobo copulando con su loba. Entró y salió, volvió a entrar y a salir. Una vez, dos, tres, cuatro...

Los cuerpos vibraban presos de un frenesí que cada vez se hacía más grande. No hubo descanso y llegaron a la cumbre unidos en la misma desesperación placentera. Y después de la tormenta pasional, llegó la calma, una calma que duró poco, pues Edward volvió a reclamar el cuerpo de Kathy, y ella el de él.

Estuvieron toda la noche haciendo el amor, se rindieron a la pasión, y a un amor que ambos llevaban en sus entrañas desde hacía años. Finalmente, sus cuerpos quedaron agotados y se abandonaron al descanso.

Ella se despertó antes del amanecer, miró a Edward y las lágrimas brotaron solas. Alargó una mano para despertarlo, pero en el último momento decidió que era mejor marcharse antes de que se derrumbara. Notaba una presión en su pecho que le imposibilitaba respirar con normalidad. Sabía que nunca más nadie le haría sentir lo que había experimentado esa noche junto a él.

Cuando salió, cerró la puerta con cuidado, aun así, ella en su interior escuchó un portazo, el portazo de un futuro juntos que nunca tendrían.

***

Lousia y Alexia estaban desayunando en el comedor de desayuno, en una mesa redonda. La estancia era muy acogedora, paneles de madera en las paredes, y suntuosas alfombras cubrían el suelo.

El sol entraba en todo su esplendor por la puerta acristalada que daba al exterior, pero era un sol de invierno, incapaz de caldear el ambiente, y mucho menos de derretir la nieve helada y las estalactitas que colgaban de los bordes de los tejados.

La marquesa de Wendy se había presentado a primera hora para saludar a Marie, Kathy y Evie. Para disgusto de la duquesa viuda, solo su hijo Humphrey había hecho acto de presencia y se había despedido de ellas de la manera más sosa posible, sobre todo de Marie. Edward seguía

durmiendo, por lo que el mal humor de Alexia crecía por momentos.

—Estoy tan enfadada que no tengo apetito —repuso apartando su plato con un bollo caliente y una porción de su queso preferido.

—Desde luego que Edward ha sido un grosero al no bajar para despedirse.

—¿Un grosero? Creo que estás siendo demasiado indulgente, querida. Me pregunto por qué las mentes de los hombres son tan simples.

—Sin duda, una ardilla tiene más luces —mencionó Lousia asintiendo—. Creo que Dios dotó al hombre con un cerebro de la medida de una nuez.

—Pienso que tu razonamiento es de lo más coherente. Lástima que no tengamos a Dios aquí delante para preguntárselo.

Unos pasos las alertaron y guardaron silencio.

—Buenos días —saludó Edward mirando la estancia, se había quedado dormido; teniendo en cuenta lo agotado que se había quedado, no le extrañaba, su corazón se encogió al temer lo peor, tragó saliva—. ¿Ya se han marchado? —preguntó casi en un susurro.

—Claro, se han ido temprano —informó su madre—. Su barco no tardará en zarpar. Aún estás a tiempo de buscarla y decirle lo que realmente sientes por ella. Sabes, tanto Kathy como Evie y Marie son mujeres hermosas, dudo que estén mucho tiempo solteras. Si regresan a Londres lo harán con un esposo cada una.

Las facciones del duque se tensaron, su mirada se tornó pensativa, todavía sus manos guardaban el calor del cuerpo de Kathy, abrió las palmas y las cerró varias veces para que el hormigueo que sentía desapareciera. Empezaba a pensar que quedarse dormido había sido una bendición, pues no sabía cómo hubiera reaccionado al verla partir. Reconocía que no la hubiera dejado marchar, después de la noche que habían pasado, dudaba mucho que pudiera encontrar el mismo deseo en otra mujer que no fuera ella. Porque la amaba, esa era la verdad. Aun así, tenía miedo de que lo engañara de nuevo, no podía confiar en Kathy. ¿Qué clase de matrimonio tendrían si él dudaba de todo lo relacionado con ella?

Mientras, Alexia contuvo la respiración y rezó en silencio para que su hijo reaccionara antes de que la mujer que amaba marchara para siempre.

—Mejor así, madre. De hecho, prefiero no haber pasado por el mal trago de una despedida.

Su madre boqueó, antes de hablar. Si bien lo quería insultar hasta quedarse ronca, se controló y optó por ser más suave.

—Te estás equivocando, y Humphrey también. Sois unos bobos insensatos.

—No sufras, madre —le recriminó enfadado el duque—, la próxima temporada tanto mi hermano como yo encontraremos esposa y te daremos tantos nietos que no tendrás tiempo para insultarnos.

—Eres un impertinente, hijo.

Él se acercó, se agachó y besó su mejilla.

—Yo también te quiero mucho, madre. ¿Y mi hermano?

—No ha querido desayunar, está por ahí, en el estudio o la biblioteca, dijo que tenía correspondencia que contestar.

Edward se marchó.

—No hay manera de hacerlos recapacitar —se quejó Alexia—. ¿Sabes alguna forma para que lo hagan?

Lousia tragó el trozo de bollo que acababa de masticar.

—Como si fueran niños, dándoles un tirón de orejas y arrastrándolos hasta el puerto.

La duquesa viuda sonrió de una manera traviesa.

—Me acabas de dar una idea. Mis hijos necesitan unos buenos tirones de orejas y me dispongo a dárselos. Ahora vengo.

Se levantó y salió de la estancia. Fue al estudio, pero los hermanos no estaban allí, de modo que enfiló hacia la biblioteca.

Se quedó bajo el marco de la puerta abierta, ambos estaban observando el retrato del esposo de Alexia, que colgaba sobre la repisa de la chimenea.

—Nunca perdonaré a Will, me privó de mi padre, me arrebató mi infancia —sentenció el duque; cada vez que miraba ese cuadro su corazón agonizaba de dolor.

—Que la rabia no te pudra, Edward. De todos modos, ese malnacido recibió su merecido, debe ser pasto de los peces en el fondo del mar.

—Ha hecho daño a toda la gente que amo. A madre, a ti, a Evie... —Gimió con desesperación —. Y sobre todo a Kathy, ella no lo merecía, tiene un corazón bondadoso y la amaré siempre.

—¿Y por qué no se lo dices? —preguntó su madre acercándose a ellos. Sus hijos se dieron la vuelta; al ver que ninguno decía nada, continuó—: Tu orgullo lastimado por las mentiras no te deja ver más allá, hijo.

—¿No lo entiendes, madre? ¿Cómo podré fiarme de ella si ya me ha mentido?

—Bien que te fiaste de Humphrey cuando aún nadie sabía la verdad.

El marqués asintió.

—Madre tiene razón, yo mentí, pero nunca me lo tuviste en cuenta. ¿Por qué a Kathy no la perdonas? En el fondo sabes que no tuvo alternativa.

En los enormes ojos verdes de Edward, la duquesa apreció cómo el muro de hielo empezaba a deshacerse. Se centró en su otro hijo.

—¿Y tú, Humphrey?

—¿Yo?

—Sí, tú; imagina que yo no te hubiera dado una segunda oportunidad cuando la verdad salió a la luz, toda tu vida ahora mismo sería diferente. ¿Acaso eres incapaz de darle una segunda oportunidad a Marie? ¿Acaso ella no lo merece como lo merecías tú?

Humphrey empezó a respirar a bocanadas largas. Miró a su hermano, este lo miró a él. En el rostro de ambos se apreciaba la culpabilidad. De pronto, como si se leyeran la mente, asintieron.

—¡Nos vamos volando al puerto! —exclamó Edward.

—¡Ya estamos tardando! —clamó Humphrey mientras ambos corrían en busca de un carruaje.

—¡Por fin! —gritó de alegría la noble con las manos alzadas.

La duquesa viuda miró el reloj que había en una repisa. Su corazón dio un vuelco cuando se percató de que quizá no llegarían a tiempo.

Capítulo 14

Edward y Humphrey llegaron al puerto, era tanta la precipitación que llevaban encima que saltaron del carruaje cuando todavía no se había detenido del todo.

A pesar del sol que lucía en el cielo azul, soplaba un ligero viento frío que cortaba como afilados cuchillos. Las gentes encogidas dentro de sus abrigos y un aire que se clavaba en las mejillas, como si fueran alfileres, daban fe de ello. Algunos incluso llevaban las manos bajo las axilas a fin de que los dedos no se les congelaran. Otros ahuecaban las palmas frente a la boca y soltaban el aliento para que se calentaran los dedos congelados.

Sin embargo, ellos estaban demasiado nerviosos y apenas tenían frío. Dejaron a un lado las formas y corrieron de aquí para allá buscando a las mujeres. Pero había mucha gente a esa hora en el puerto, parecía un hormiguero, pues varios barcos habían acabado de llegar y tuvieron que abrirse paso entre el gentío casi a empujones.

—¡No las veo! —exclamó frustrado Edward, girando sobre sí mismo para mirar todo a su alrededor.

Humphrey movía la cabeza a un lado y a otro.

—Yo tampoco —mencionó tan abatido que hundió los hombros en un gesto de impotencia.

—Allí hay varias embarcaciones que están a punto de salir —dijo señalando al fondo.

No terminó la frase cuando ambos se dirigieron hacia allí corriendo, tal como si los persiguieran una manada de perros salvajes. Por suerte, en aquella zona no había tanta gente acumulada y pudieron avanzar con más premura.

Mientras, Marie, Kathy y Evie subían a su navío. Ninguna de las tres se dio vuelta para mirar Londres por última vez, conscientes de que la tristeza podía minar sus fuerzas, y ninguna quería echarse a llorar; por lo que decidieron ir a sus camarotes, ya que quedarse en la cubierta significaba morirse de frío.

Kathy tenía un nudo en la garganta; después de la noche que había pasado junto a Edward, le dolía que no hubiera aparecido para despedirse. Desde luego que no tenía esperanza de que la perdonara; aun así, había esperado que se despidiera de ella como si fueran dos buenos amigos, y llevarse un recuerdo cordial. Pedía un imposible, bien lo sabía, por lo que no le quedaba más

remedio que aceptar la realidad de un hombre que nunca más la vería con buenos ojos.

Las mujeres empezaron a caminar cuando escucharon alguien que gritaba sus nombres. Se dieron la vuelta y desde su altura vieron a Edward y a Humphrey que corrían hacia ellas y les hacían señas para que desembarcaran. A las tres se les iluminaron los ojos, se miraron entre ellas y sonrieron.

—Edward debe tener remordimientos de conciencia por no haberse despedido —expresó Marie.

—Al menos dejaré Londres con un buen recuerdo —comentó Kathy.

Las jóvenes fueron hacia la rampa y descendieron mientras ellos seguían corriendo hacia ellas. Sin embargo, los rostros femeninos se desencajaron cuando detrás de unas cajas de madera que esperaban para ser embarcadas en un barco de mercancías, apareció Will Baley empuñando un cuchillo.

Y entonces, la venganza de un hombre malvado solo necesitó de un par de segundos para desplegarse en toda su magnitud.

Edward sintió un punzante dolor en su costado que lo dejó paralizado y vació sus pulmones de aire. Notó como su rostro quedaba lívido, era incapaz de gritar, el dolor impedía que lo hiciera. Solo el gélido aire golpeando su rostro logró que no se desplomara al suelo y giró la cabeza a la presencia que descubrió a su lado. Observó la mirada de un monstruo que sonreía mientras sacaba el cuchillo de sus carnes y lo intentaba apuñalar una segunda vez, pero la reacción rápida de Humphrey evitó que lo hiciera.

Edward escuchó los gritos desesperados de Kathy, que vociferaba su nombre una y otra vez, giró la cabeza y le sonrió al tiempo que se tambaleaba. Algo caliente y pegajoso empapaba su costado y no le cupo duda de que se trataba de su sangre. Después, advirtió que Humphrey le daba un puñetazo a Will, que cayó al suelo. Empezó a verlo todo borroso, entonces su hermano lo miró con ojos de preocupación y, en vez de agarrar al detective para que no escapara, lo sostuvo para que no se desplomara al gélido suelo. Esos segundos le sirvieron a Will para levantarse y escapar de Humphrey.

—Edward, Edward, ¿estás bien? —exclamó el marqués en un tono angustioso.

El duque sacó fuerzas de dónde no tenía y asintió a duras penas, mientras recuperaba el aliento.

—No te preocupes... —declaró llevándose la mano a su costado, enseguida notó la sangre empapar su palma—. Coge a Will antes de que se escape de nuevo, rápido...

No terminó de pronunciar la frase cuando un grito seco femenino congeló los corazones de los nobles. Giraron la cabeza y vieron a Kathy con el cuchillo manchado de la sangre de Edward posado en la garganta femenina. Will le había rodeado el cuello con el brazo y la mantenía inmovilizada, mientras en la otra mano empuñaba la navaja y mantenía el filo pegado en la delicada piel femenina. Entretanto, Marie abrazaba a una Evie desesperada a unos metros.

La gente que había en el puerto no era ajena a lo que sucedía en esa parte del muelle y los

gritos se sucedieron uno detrás de otro, al tiempo que muchos corrían para alejarse del peligro. Por suerte no tardaron en aparecer agentes del Bow Street, dispuesto a hacerse cargo.

—Por favor, dejen que hable con él —pidió Edward, resollando debido al dolor.

Los policías asintieron.

El marqués y el duque se acercaron poco a poco.

—No hagas nada de lo que te arrepentirás más tarde —dijo el duque.

El detective sonrió histriónicamente.

—¿Arrepentirme? —clamó, apretó el cuchillo en la garganta de Kathy y un hilo de sangre brotó en la zona—. Sé muy bien que soy hombre muerto, pero no moriré solo, me la llevaré por delante.

Edward y Kathy cruzaron sus miradas. Esta le sonrió, como diciéndole sin palabras que no se preocupara, y el hombre la amó más que nunca. En el fondo seguía siendo la niña y la muchacha que creció junto a él en la cocina, confiaban tanto el uno en el otro que dejaron de necesitar palabras, solo bastaba una mirada para saber lo que le decía el otro. Su amor no había cambiado con el paso del tiempo, y se sintió un necio por dejar que la rabia por el engaño hubiera nublado su buen juicio. Ella estaba intentando calmarlo con esa sonrisa que se ensanchó aún más cuando logró ver las lágrimas nacer en sus ojos, porque sí, porque estaba a un suspiro de echarse a llorar solo de pensar que la podía perder. Sin embargo, él la conocía demasiado bien, y las nubes de condensación que se formaban debido a la respiración agitada mostraban que estaba muy nerviosa, tanto como él mismo.

—Podemos darte dinero, todo el que quieres —intervino Humphrey.

Will desvió la mirada de Edward al marqués.

—Tendría que haberte matado cuando tuve oportunidad —dijo con rabia entre dientes—. Por tu culpa estoy así. —Volvió a mirar a Edward—. Y a ti, ojalá te hubiera tirado al mar cuando eras un bebé, traidor.

—Pudiste hacer el bien y decidiste abrazar el mal —increpó el duque—, todo lo que te ocurre es culpa tuya, no nuestra.

Will estaba desquiciado, además lucía una mirada con un brillo de locura peligrosa. Tenía las pupilas dilatadas, y aunque hacía frío, su cara estaba sudada. A pesar del dolor que sentía en el costado, Edward era consciente de ello, por lo que intentó mediar para que no perdiera la cordura y terminara lastimando a Kathy. Si le sucedía algo a la mujer que amaba más que a su vida, no lo soportaría. Prefería perderlo todo a perderla a ella. Así que lo tuvo claro.

—Te daré dinero, todo el que necesites para vivir una vida de excesos, tal como te gusta. —Echó un vistazo a los agentes, estaban a ambos lados—. No dejaré que te detengan. Solo pongo una condición: que dejes libre a Kathy, te vayas de Londres para siempre y desaparezcas de nuestras vidas.

El rostro de Will estaba demacrado y mostraba más arrugas de lo habitual debido a la vida precaria que había tenido que llevar desde que descubrieron su corrupción y sus malas artes.

Echaba de menos su vida lujosa, la mesa llena de buena comida, los habanos de calidad, los mejores licores y las mujeres jóvenes. Arrugó el entrecejo y el marqués y el duque suspiraron aliviados, que lo meditara ya era todo un logro.

Sin embargo, los nobles no eran conscientes de que la furia de Kathy crecía como un manantial que se convertía en un río peligroso a causa de la ira de una tormenta. Will había arruinado su vida, había lastimado a la gente que amaba y había destrozado la posibilidad de ser feliz junto al hombre que siempre había amado. No pudo evitarlo, no pensó, no meditó, solo era consciente de su necesidad de acabar con ese monstruo, por lo que sus músculos se cargaron de vitalidad, y en un gesto que cogió a todos por sorpresa, mordió la muñeca de Will. Este lanzó un aullido, ese par de segundos los aprovechó ella para darle un pisotón, se dio la vuelta y le dio un puñetazo tan fuerte que logró derribarlo al suelo.

Marie y Evie no estaban a muchos metros de distancia, salieron corriendo hacia Kathy y empezaron a patear a Will, este se encogió para evitar los golpes. Al momento, Humphrey y Edward se acercaron, el primero a la carrera, el segundo caminaba a trompicones debido a la puñalada en el costado.

El marqués, con un brazo, agarró por la cintura a Marie; y con el otro, a Evie; las alzó y se apartó de Will al tiempo que los agentes lo agarraban para detenerlo.

—¡Suéltame, quería matar a mi hermana, aún no he terminado con él! —voceó Evie.

—¡Te ordeno que me bajes! —mandó la francesa—, merece que le arranque los ojos.

Humphrey acercó su boca a la oreja de Marie.

—Guarda esa furia para nuestra noche de bodas, querida.

Ella giró la cabeza y lo miró con la cara roja como cerezas, quiso preguntar, pero Edward se desplomó en el suelo en cuanto alcanzó a Kathy.

—Edward... —musitó la mujer arrodillándose a su lado.

—Mi bella Kathy, nos están mirando —mencionó en un tono divertido—, cuidado con lo que dices, la duquesa de Kingeston debe guardar las formas.

Ella miró a su alrededor mientras las lágrimas rodaban mejilla abajo.

—Me importa poco lo que piensen de mí. —Humphrey, Marie y Evie se acercaron, ella miró al marqués—. Ve a buscar el carruaje, hay que llevarlo a Kingeston House y avisar al doctor.

Humphrey asintió y salió corriendo. Entre tanto, Edward notaba como las fuerzas lo abandonaban, le costaba horrores mantener los ojos abiertos, su mente estaba aturdida y su musculatura se empezaba a agarrotar por efecto del frío extremo. A duras penas podía mover las manos, pero se obligó a hacerlo mientras jadeaba, entrelazó los dedos con los de la mujer.

—Kathy, no me sueltes. —Respiró con agonía, debido al esfuerzo que le suponía hablar—. No me sueltes nunca...

—No te soltaré jamás —prometió ella, percibió la mano fría y la apretó contra su pecho.

Acercó los labios para darle un casto beso y se dio cuenta de que no solo era la mano, sino que todo él estaba helado. Pero Edward no reaccionó a su contacto y se dio cuenta de que se había

desmayado. Deslizó un brazo por debajo de la nuca y lo incorporó para abrazarlo y darle calor. Trató en todo momento de no perder la esperanza, amaba a Edward; la vida no podía arrebatárselo de esa manera. No cuando tenían todo un futuro para ser felices.

Entre tanto, los agentes de Bow Street llevaban a Will a la prisión Fleet. Mientras pasaban por las calles, la gente, que conocía demasiado bien la historia del corrupto detective, le tiró verduras podridas, alguna que otra piedra y lo insultaban sin parar. El hombre sonreía con impertinencia, incluso se atrevió a levantar la barbilla en un gesto desafiante; en realidad reaccionaba de esa manera para esconder su miedo. Era preferible que se acostumbrara, ya que en prisión no recibiría mejor trato. Muchos de los que estaban en Fleet era porque los había encerrado él, a bastantes con pruebas falsas. Era consciente de que lo matarían en cuanto pusiera un pie en prisión. Miró el cielo azul pensando que, quizá, ya no lo volvería a ver más.

Capítulo 15

La noche llegó oscura y fría. Los sucesos acontecidos durante esa jornada aún retumbaban en los corazones de los Kingeston. Las sobrinas de Alexia y sus respectivos esposos no se fueron hasta que el doctor aseguró que el duque saldría adelante. Por suerte, la puñalada no había afectado a ningún órgano vital, y se había desmayado a causa de la pérdida de sangre. El médico limpió el corte y se lo cosió, y dio instrucciones para cuando se despertara. Era sumamente importante que descansara un par de días, pues necesitaba recuperar fuerzas para que la herida curara lo más rápido posible.

Cabe decir que Kathy no se separó ni un segundo de él. El duque estaba inconsciente, y ella se mantuvo a su lado, agarrándole la mano; tal como le había prometido antes de desmayarse, no pensaba soltarlo jamás. En ese instante estaba tumbada a su costado, el sueño la había alcanzado y se había quedado dormida con los dedos de él y los suyos entrelazados, que mantenía apretados en su corazón.

Edward sintió como una enorme piedra salía de encima de su cuerpo y su alivio fue enorme. Quiso abrir los párpados, pero le pesaban más de la cuenta, y tuvo que esperar unos segundos para volverlo a intentar. Notaba una presencia cálida pegada a su cuerpo, intentó moverse, pero un dolor que quemaba en su costado lo obligó a permanecer quieto.

Por fin, abrió los párpados, se dio cuenta de que estaba en su alcoba, escuchó los troncos de la chimenea chispear y apreció la oscuridad de la noche a través de una ventana que tenía corridas las cortinas. Giró la cabeza para ver quién había a su lado y sonrió ante el rostro de Kathy, que dormía profundamente. En ese momento se dio cuenta de que su mano estaba unida a la de ella. Con esfuerzo, y haciendo muecas de dolor, alargó los dedos de la mano libre a la mejilla femenina, acarició la suave piel, ella se encogió y con lentitud abrió los ojos. Se miraron fijo, a él le dio la impresión de que en su interior amanecía.

—Hola... —susurró Edward.

—¿Cómo estás?

—Me duele el costado.

—El doctor ha estado aquí, te ha cosido la herida. Te molestará unos días.

Kathy llevó a su boca la mano que tenía agarrada y besó el dorso.

—No me has soltado —repuso el duque con sus ojos brillantes.

—Te prometí que jamás lo haría.

Edward deslizó la mano libre por la nuca de la mujer y atrajo su boca a la de él. Se besaron con lentitud, un beso que saborearon y del cual disfrutaron.

—Perdóname, Kathy, he sido un necio —confesó él.

Ella asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo, te has comportado como un auténtico necio —manifestó con retintín.

Él soltó una carcajada.

—Entonces, ¿me perdonas? —preguntó utilizando el mismo tonillo.

Kathy paseó un dedo por el torso desnudo del duque.

—Bueno, eso depende.

Edward arrugó el entrecejo.

—¿De qué depende?

—De que no te olvides de decirme cada día lo mucho que me amas.

—Eso está hecho —afirmó, la agarró de la cintura y la atrajo a su cuerpo—. Te amo, Kathy Dean, futura duquesa de Kingeston.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rio, él aprovechó para mordisquear la fina piel del cuello, Kathy no pudo evitar carcajearse. La futura lady acunó sus manos en las mejillas masculinas, se miraron con intensidad.

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

—Sí, cásate conmigo, cumplamos nuestros sueños juntos, Kathy. ¿Me aceptas a pesar de no ser perfecto?

—Milord, yo tampoco soy perfecta, ¡y sí, acepto! —exclamó abrazándolo fuerte, tuvo cuidado de no tocar la herida.

Ambos se fundieron en un profundo beso, las lenguas se unieron en una danza sensual, estuvieron unos segundos sellando la promesa de un futuro juntos, hasta que tuvieron que separarse para recuperar el aliento.

—Por cierto, ¿cómo es posible que mi madre te dejara a solas conmigo?

—Nadie me hubiera arrancado de tu lado, no lo hubiera permitido, y tu madre lo sabía, así que no dijo nada.

—Siempre ha sido una mujer inteligente.

—Me esforzaré por aprender de ella, quiero ser una gran duquesa.

—Eres la esposa perfecta para mí, por tanto, también serás una gran duquesa como mi madre.

Edward deslizó su mano por la cadera femenina, descendió un poco más y tiró de la falda de su vestido hasta tener el muslo descubierto. Ella le dio una palmadita a modo de advertencia.

—Excelencia, no está en condiciones de...

—¡Te demostraré que estás equivocada! —la retó él.

Edward se destapó dejando su erección a la vista, la herida estaba cubierta con vendas. Ella se desvistió y se encargó de darle placer con sus manos y su boca. Cada lamida arrancaba un gemido a Edward; y cuando no pudo soportarlo más, instó a la mujer a que se colocara a horcajadas sobre su erección.

El pene entró resbalando entre mieles de placer; y mientras ella subía y bajaba, él acariciaba el capullito rosado del sexo femenino al tiempo que con la otra mano pellizcaba los pezones. Llegaron a la cumbre juntos, y cuando los jadeos placenteros menguaron, se confesaron lo mucho que se amaban.

***

Al día siguiente, mientras desayunaban, la familia recibió la noticia del fallecimiento de Will Baley. Lo encontraron muerto en su celda, con marcas evidentes en el cuello de haber sido estrangulado. Si bien la muerte de alguien no era para sentir alegría, lo cierto era que todos coincidieron en que había sido un justo castigo para un hombre que había sembrado dolor e injusticia toda su vida. Sin duda, la familia dormiría más tranquila a partir de ese día, al saber que Will no podría lastimar a ninguno de ellos a traición.

Edward se enteró del final del detective en su alcoba, junto a Kathy, que velaba por él a todas horas. Sintieron una mezcla de tristeza y alivio; aun así, no hablaron mucho de él, conscientes de que debían centrarse en el futuro y no en el pasado.

Y las horas fueron transcurriendo. El día daba sus últimos coletazos, en el exterior caía una ligera nevada y los copos se posaban con parsimonia en un paisaje ya de por sí nevado. Humphrey estaba en el estudio y fue interrumpido por Marie.

—¿Te molesto? —preguntó ella en un acento francés muy sensual.

Él estaba sentado mirando los libros de cuentas, se alzó.

—Tú nunca me molestas, querida —mencionó acercándose a ella, la tomó de la mano, lucía el anillo de compromiso que le había comprado hacía mucho tiempo, miró el brillo de la joya y creyó que resplandecía más que nunca.

—Acabo de hablar con Kathy y me ha pedido que nos quedemos a vivir aquí cuando nos casemos, en Kingeston House. —Miró a su alrededor, ese hogar despertaba en ella un arraigo familiar intenso, como si hubiera nacido y vivido toda su vida allí—. Lo cierto es que me entusiasma la propuesta, nos hemos hecho muy amigas con ella y con su hermana, me siento muy a gusto aquí, y muy feliz, ¿a ti qué te parece?

El marqués acunó en su mano la mejilla femenina, acercó su boca a la de ella y la besó.

—Me encanta la idea, y a mi madre le va a agradar más; de hecho, me lo insinuó ayer.

—Entonces, está decidido, y podemos pasar los veranos en la mansión señorial de Surrey en cuanto esté reformada.

Él sonrió, se sentía muy emocionado por el futuro que le esperaba junto a Marie.

—Estoy ansioso por casarme.

—¡Y yo! —exclamó con las pupilas dilatadas de dicha.

El marqués la tomó de la muñeca y la arrinconó entre su cuerpo y la pared, cerca de la puerta doble abierta, para que nadie los viera. La besó con frenesí. Acarició sus pechos mientras su lengua se enredaba con la de ella. Le levantó la falda del elegante vestido malva que llevaba e introdujo la mano dentro de los pantaloncillos. Acarició su sexo. De arriba abajo. De abajo arriba. Una y otra vez. Ella enredaba los dedos en los cabellos rizados del hombre, y lo mantenía pegado a su boca mientras las yemas masculinas acariciaban su punto más sensible. Ella abrió las piernas y dejó que esa mano la torturara sin piedad.

No tardó en gemir desesperada cuando el placer más exquisito le hizo encoger los dedos de los pies, de tal manera que se tambaleó presa del goce más grande, y él la sujetó para que no se cayera.

—Milord... —musitó la francesa a bocanadas largas, luchó contra los botones de la camisa masculina—, te amo, y te necesito, te necesito dentro de mí —pidió en un tono profundo, como si estuviera muerta de sed y solo él pudiera saciar esa necesidad.

Humphrey le sonrió al tiempo que la tomaba por las muñecas para que dejara de forcejear con sus prendas.

—Yo también te amo, Marie, y tú mereces lo mejor, no te haré el amor hasta nuestra noche de bodas.

Ella se encogió de hombros, abatida, al comprender que no cambiaría de opinión.

—Está bien, pero yo también quiero jugar, querido.

El marqués alzó las cejas. Dejó que ella le desabrochara los botones delanteros e introdujera su pequeña mano. En cuanto sus dedos alcanzaron su miembro erecto siseó de placer. La atrevida francesa sacó su pene del interior de las calzas, se deslizó hacia abajo y con la lengua resiguió la punta. Humphrey tuvo que apoyar las manos en la pared para sostenerse de pie. Sentir esa lengua deslizándose por toda la dimensión de su erección fue embriagador. No contenta con eso, se introdujo su miembro en la boca, lo aferró con la mano, sus dedos subían y bajaban al tiempo que su boca entraba y salía.

Tuvo que agarrarla por lo hombros y obligarla a alzarse para no eyacular en su boca.

—Dios santo, ¿dónde has aprendido todo esto?

Ella se relamió los labios mientras su mirada gris plomo lucía la sensualidad más atrevida que él había visto jamás. Humphrey tragó saliva, incapaz de resistir tanta tentación.

—Entre las pertenencias de mi madre encontré un libro... muy ilustrativo. Incluso había anotaciones muy explicitas de cómo proceder.

Las pupilas del marqués se dilataron.

—Y supongo que te lo has leído.

Ella torció los labios en una mueca pícara.

—Enterito, milord. Y necesito practicar.

Esa mujer lo iba a matar de placer, estaba seguro de ello. ¡Y todavía no estaban casados!

—Solo espero estar a la altura.

—Lo estarás, querido. —Miró hacia abajo, él continuaba erecto, y sonrió, alzó la mirada y parpadeó con coquetería—. Tu herramienta tiene las dimensiones correctas para que cumplan todas mis expectativas, milord.

Humphrey echó la cabeza hacia atrás y se desternilló de risa. Se sentía el hombre más feliz del mundo.

***

Edward y Kathy, y Humphrey y Marie se casaron en año nuevo. Fue un acontecimiento del que se habló durante décadas. Tal como prometieron los hermanos a su madre Alexia, le llenaron Kingeston House de muchos nietos. Los duques de Kingeston tuvieron tres hijos y dos hijas, y los marqueses de Breence fueron padres de dos niños y dos niñas. La ciudad balneario de Kingeston, en Clevedon, fue un gran éxito que hizo a la familia más grande, si cabe.

La duquesa viuda agradeció al cielo, cada día del resto de su vida, haberla hecho tan feliz; había conocido el amor en todos sus matices, el mayor tesoro del que podía disfrutar un mortal. La primavera en su vida brotó el día en que decidió ir a buscar a sus sobrinas para hacerse cargo de ellas. Y se moriría con la tranquilidad de que Kingeston House seguiría siendo, durante generaciones, de una familia poderosa y admirada.

Fin

Si te ha gustado

El duque busca una esposa perfecta

puedes disfrutar de estas

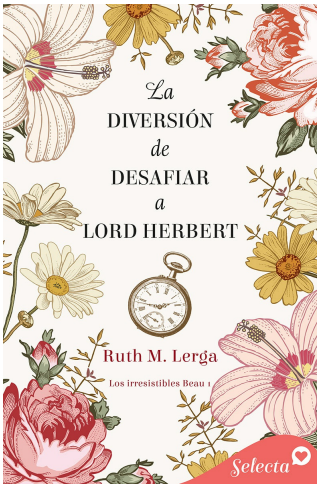


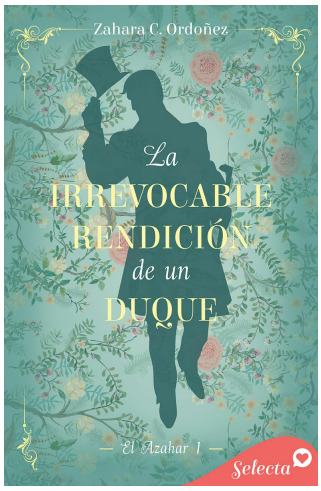


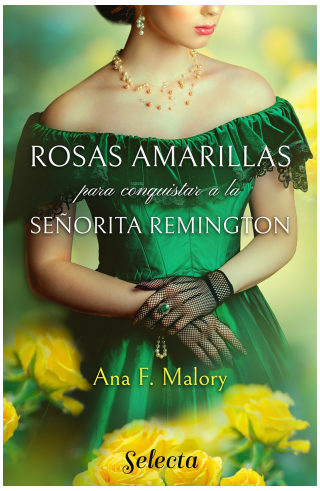





NIEVES HIDALGO
Serie Un romance en Londres
EDICIÓN LIMITADA
Rivales de día, amantes de noche
Ódiame de día, ámame de noche
Días de ira, noches de pasión
Lili, la intrépida hija del duque
Alex, la indómita sobrina del conde
Selecta


La DIVERSIÓN de DESAFIAR a LORD HERBERT
Ruth M. Lerga
Los irresistibles Beau 1
Selecta


Zahara C. Ordoñez
La IRREVOCABLE BENDICIÓN de un DUQUE
El Azahar 1
Selecta


ROSAS AMARILLAS
para conquistar a la
SEÑORITA REMINGTON
Ana F. Malory
Selecta

Un amor cocinado a fuego lento que un engaño podría romper en mil pedazos.



No es fácil para Edward acostumbrarse a su nueva vida: ha pasado de viajar de un lado a otro a convertirse en **el nuevo duque de Kingeston**. Su primer cometido es buscar la esposa perfecta entre la nobleza londinense. El problema es que nadie cumple sus expectativas y solo puede pensar en la mujer que creció junto a él, en la cocina de su casa, y con la que tanto había compartido. Sin embargo, un duque no puede casarse con alguien que no pertenezca a la nobleza… ¿o sí?

Katherine Dean debe salvar a su hermana de las garras **del cruel Will Baley** y para ello debe engañar, no solo a Edward, sino a toda la familia Kingeston. Pero no es fácil cuando el amor que siente por el duque no se ha apagado en los años que han estado separados. Un amor que sigue vibrando en su interior con la misma intensidad del pasado, por lo que desafiará al corrupto detective y se verá obligada a tomar decisiones que podrían poner en peligro a todos.

Edward y Kathy nacieron para estar juntos, sin embargo, las pruebas por las que tienen que atravesar, tal vez haga imposible que ese amor sea para siempre.

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.



Edición en formato digital: abril de 2024

© 2024, Encarna Magín
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-87-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El duque busca una esposa perfecta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Encarna Magín
Créditos